

Año XI Tomo XXVI Núm. 107

Atenea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

E. R. Curtius	<i>La restauración de la razón</i>
Enrique Molina	<i>Complejidades del alma rusa</i>
Félix Armando Núñez	<i>Claves de asombro</i>
Domingo Melfi	<i>En las riberas del Paraná-Guazú (III)</i>
Francisco Hederra C.	<i>Un hombre</i>
Luis A. Sánchez	<i>Esquema de la cultura indo-americana</i>
Enrique Azcoaga	<i>Ese ir y volver...</i>
Carlos Prendez Saldías	<i>Alamos nuevos</i>
Enrique Bunster	<i>Historias para una tertulia de personas escépticas</i>
Juan Uribe Echevarría	<i>Políticos y filósofos</i>
José M. Souviron	<i>¿Quiere ser Ud. escritor?</i>

PREMIOS LITERARIOS—LOS LIBROS—LIBROS RECIBIDOS

Precio \$ 2.50

Mayo de 1934

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA. LUIS D. CRUZ OCAMPO
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que edita desde este año, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaria de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Mayo de 1934

Núm. 107

E. R. Curtius

La restauración de la razón

¿**QUE** es lo que me descompone esta tarde de verano? Hay en ella cuánto pudieran exigir el corazón y los sentidos, todo lo que debiera incitarme, lo que a mí, otras veces, en parecidos días, me colmaba de un hondo sentimiento de la vida y una clara energía mental. El sol se cierne sobre el monte y el río; el aire se estremece con el perfume de las rosas; el cielo está alto y azul. Y, entonces, ¿cómo esta postración del pulso? ¿Cómo este tardo arrastrarse de las horas? ¿Hay algo corrompido en el mundo? El bochorno de los lentos instantes encharcados parece anunciar el desconcierto de los elementos y despedir un hálito de ponzoña. En horas parecidas, se abandonaban los poetas románticos a la seducción de la decadencia. Tal debieron de haber estado los astros cuando Coleridge escribió: «Dejection: an Ode»; cuando Brentano cantó: «De un corazón enfermo» y «Quiero perecer solitario».

Nosotros conocemos estas tentaciones, que rondan con

halagos nuestra carne y ejecutan, sobre las tensas cuerdas de nuestra alma, las fascinantes figuras sonoras que Chopin sorprendió en el aire.

Pero el núcleo espiritual de nuestro ser no sucumbirá a estos riesgos. No queremos perecer en soledad. Se arriesga en ello mucho; más que en el tiempo de nuestros románticos abuelos. Tales horas de gravitante y humosa tristeza estival nos descubren el abismo, pero a la vez producen en nosotros la purificación, la catarsis. Debemos aprender nuevamente el arte de gobernar nuestros estados emocionales con una voluntad espiritual. Antes se llamaba esto: dominio de los afectos por la razón.

¿No podría estar encomendada a nuestra época la tarea de reintegrar la razón en su puesto y devolverle las prerrogativas de nobleza, dignidad, autoridad y austeridad? Nuestra necesidad más urgente es recobrar esta fuerza de orden y edificación. Sólo ella puede darnos un asiento firme en la anarquía espiritual de la época y ofrecernos una lengua que sea entendida dondequiera.

Oigo mucho hablar de un retorno al clasicismo. En Francia, emite Cocteau la consigna: «retour a l'orde», y Massis quisiera salvarnos por una combinación de latinismo y tomismo. En Inglaterra, el «Monthly Criterion» labora por una restauración de la inteligencia. Pero hemos de formar un frente único europeo en el que puedan participar todos los grandes poderes de nuestra cultura. Ha de ser posible elaborar un programa

de salubricación espiritual que abarque todas las energías constructivas de Europa. ¿Por qué no tratar de hacerlo?

Construcción, y aun mejor reconstrucción: tal es en todo caso la finalidad a que deben ajustarse todos los esfuerzos. No queremos concebir nuestra época como «transición»; queremos—con clara conciencia—convertirla de «age critique» en «age organique». Poseemos demasiados juguetes, golosinas y explosivos. Nuestra actual manera de producción y consumo espirituales carece de selección y es, por tanto, signo de debilidad. Durante decenios nos hemos ejercitado en sentir todos los estímulos y ceder a todos ellos. Pero ahora debemos educarnos en lo contrario, es decir, en volver a perfeccionar la casi perdida capacidad de resistir a los estímulos, graduar las sensaciones según su valor y no derramar a borbotones nuestras energías espirituales sin sentido. Hemos de ejercer un autocontrol «también» sobre nuestra alimentación espiritual: en lo que tomamos y en lo que creemos. Con una expresión económica, diríamos: debemos racionalizar la producción. Esta comparación no es caprichosa. Los técnicos de la economía están acordes en que la crisis mundial económica sólo puede superarse regulando y condicionando la producción de bienes. El sistema del individualismo económico y de la producción ilimitada de mercancías, está condenado por la evolución. La situación espiritual ofrece una imagen que corresponde, punto por punto, a la econó-

mica. También aquí ha de ponerse dique a la producción hipertrófica y dirigir por sanos derroteros.

¡Se escribe demasiado!

¡Vosotros, críticos, debéis combatir la desmesurada vanidad del escritor! Una ley de moral pública debiera decir: el mero talento literario no habilita para escribir. La dispersión y disipación de la substancia espiritual ha alcanzado un grado que equivale a un peligro para la cultura. La sabiduría de las élites europeas debe inventar un remedio antes de que un Moloch revolucionario ponga fuego a nuestras bibliotecas, o un nuevo Atila asole nuestros campos. ¡Impedid que vuestros jóvenes y talentados amigos escriban o, por lo menos, impriman!... ¡Comprometed y dad vuestra palabra de ahogar lo mediocre e insignificante por la conjuración del silencio! Durante diez años hemos oído con simpatía todo lo que las diez últimas generaciones tuvieron que decir. Acaso sea llegada ya la hora de volver a la áspera verdad de que la juventud es sólo una promesa y, en cambio, la madurez es una realización. El concepto de generación es el último refugio de la insignificancia y de la impotencia espiritual. Cuando se carece de finalidad, de genio, de voluntad e íntima necesidad, siempre cabe invocar que se pertenece a un cierto año. De esta suerte se salva uno en el anónimo azar del calendario. Era muy natural que la juventud se revolviere mientras estaba sometida o, al menos, mientras pudo creer — ¿cuándo lo estuvo realmente? — que se encontraba oprimida. Pero esos tiempos han pasado y

es necesario, hoy, restablecer el equilibrio de las generaciones, el rango y orden natural de las edades, y la conexión de sus funciones. Es un sistema peligroso que toda una época esté dispuesta a honrar el balbuceo de la juventud como si fuése un oráculo. Ello es abdicar voluntariamente el espíritu y la virilidad. Yo espero muy poco de una joven generación que celebra este estado de relajación como si se tratase de una adquisición o ganancia. La auténtica juventud reclama de la edad madura una dirección consciente y vigorosa. Pero esta verdadera juventud está hoy suplantada por una floración agraz harto satisfecha de sí misma, y que ni siquiera advierte que también habrá de desalojar muy pronto el campo, porque los aun más jóvenes vienen ya atropellándola. Vosotros, jóvenes, que nos calentáis la cabeza con Grecia, observad que el Sócrates platónico recibía a los jóvenes con ironía, y que el profundo y sonriente sentido de su sabiduría iba guiado por un Eros que gustaba de jugar y burlarse.

También la ironía es uno de los métodos que debieran servir a purificar nuestro caos espiritual. La ironía disipa las turbias nieblas del «pathos» y de las devociones falaces. Es también un aspecto de la razón: restablece el cielo sereno del pensamiento. Y es la mejor arma contra la inmensidad de lo inconsciente y contra los hierofantes de los oscuros misterios, que analizan el alma en el sistema genital.

Todas las formas del análisis han encontrado actualmente su libertad. ¡Estudien cuanto quieran las secre-

ciones del cuerpo y del alma! ¡Hagan fermentar complejos con esquizofrenias y salpimenten las representaciones coercitivas de la locura con los mesianismos comunistas! Pero concedido todo esto, debe estar permitido también someter la psicología, la sociología, la antropología y toda clase de «logías» a la ponderación racional.

La razón ha de restablecer la jerarquía de las esferas del alma. El espíritu no es nada si no es la fuerza suprema del hombre. Únicamente cuando él domina puede afirmarse y cumplirse. Espiritualidad y aristocratismo se condicionan mutuamente. El estado anárquico de la inteligencia europea es, simplemente, la irrupción de la democracia en el imperio de lo espiritual. Nuestra situación cultural es parlamentarismo aplicado. Dos docenas o dos centenares de filosofías, de estéticas, de higienes, se combaten en la palestra de la opinión pública. El que grita más alto, es el más escuchado. Los extremistas se dan importancia y acoquinan a los partidos medios. La sesión termina en un alboroto, dejando una estela de asco e indiferencia. Entre tanto, en alguna parte remota, se está preparando el poder elemental que lo destruirá todo entre risas de mofa.

No se puede dar un paso más. ¡Comprendámonos bien! Ni podemos suprimir la democracia, ni querríamos suprimirla aún cuando estuviera en nuestras manos. La democracia es una necesidad técnica. Se perfeccionará como las locomotoras. Pero sentimos por ambas cosas un interés meramente técnico. Queremos buenas

redes ferroviarias y líneas electrificadas. Necesitamos una técnica democrática que trabaje con el rozamiento más pequeño. Pues únicamente cuando la democracia quede reducida a técnica perfecta, podrá la aristocracia espiritualizarse. El problema espiritual de la aristocracia sólo se planteará y quedará maduro para la solución cuando la democracia haya alcanzado su máximo y óptimo resultado en la esfera política y social.

Si el espíritu percibe y utiliza este momento, incluso puede llegar a ser eficaz en lo político, sencillamente por esta razón: porque es imprescindible y porque debe ser apetecido allí donde actúa con la forma más pura y la fuerza más pujante. Pero aun no podemos considerar esta perspectiva; primero tiene el espíritu que poner orden dentro de sí mismo, en su propia casa. Primero tiene que reconocer que está amenazado, o más bien (y esto es peor) infeccionado por un principio extraño a su esencia e incluso antitético: el de la democracia. Esta infección se manifiesta en el hecho de haberse borrado todas las diferencias de valor y de haberse el espíritu allanado a ello. El mal está precisamente en eso: en acceder, en dejarse hipnotizar por esta igualdad, en llegar hasta el punto de exigirla en nombre del propio espíritu. Aquí ha de intervenir la cura: una cura con bisturí y cauterio.

Hay en Europa una aristocracia espiritual, recóndita. Pero se ignora a sí misma. ¡Ojalá llegue a reconocerse y a unirse! Llegaría rápidamente a la unanimidad sobre un par de puntos especiales. Empezaría atrave-

sando la disolvente crítica de Neitzsche y la etérea serenidad de Goethe, que empezó por pertenecer al «Sturm und Drang», para terminar y perfeccionarse en la contemplación de lo eternamente valedero.

Nuestra literatura se enfanga en publicidad, nuestro saber en historismo, nuestras alegrías declinan en polvo de placer, nuestras pasiones en choques nerviosos, nuestras cuestiones vitales en discursos polémicos. Pero si nos conociésemos, formaríamos una falange que salvaría las reliquias del pasado, como Eneas a los penates de Troya, para erigirlos y honrarlos sobre un nuevo solar nimbado con el signo de la grandeza.

No busquemos más en torno a la literatura. Ni tampoco en las peculiaridades nacionales. Ni Tomás de Aquino, ni Boileau, ni Dryden, pueden darnos lo que necesitamos. La tradición libresca no nos sirve ya. Pero nosotros reunimos todas las tradiciones que viven aún en el cuerpo, en el espíritu, en la voluntad. ¿Ha de ser vano el sacrificio de tanta sangre derramada en la guerra mundial? ¿Cómo olvidar que esa sangre fué entregada en pro de nuestra madre Europa? No sería ya tiempo, tras diez años de paz enferma, de volver a la conciencia y reconocernos y unirnos en una misma obra, como los constructores de las catedrales de la Edad Media? La razón es más vieja que Descartes. Ya actuaba en los maestros arquitectos del tiempo gótico. Gracias a ella han cristalizado la materia. ¡Imprimamos su secreto canon numérico a la materia de nuestra época!

En estos decenios de la anarquía analítica hemos

aprendido mucho. Pero ¿de qué vale todo ello, si los elementos y métodos recién descubiertos no se ponen al servicio del hombre? Nuestro saber acerca del alma acusa, respecto al de La Rochefoucauld, el mismo progreso que la actual física del átomo respecto a la Cosmología de Galileo. Conocemos la fina estructura de la conciencia. Pero ¿hemos aprendido acaso, a aplicar tanto saber, a valorarlo para una forma más delicada y cuerda de humanidad, para una dirección superior de la vida, para formas más elevadas del amor y la amistad? ¿No estamos todavía dominados por reacciones hereditarias que debieran haber sido superadas y que, por tanto, resultan hoy sencillamente estúpidas, bestiales. Nosotros comprendemos procesos de la naturaleza y de la sociedad que nuestros antepasados no percibían siquiera. Pero a este aumento de la comprensión, corresponde un progreso de la mutua inteligencia? Los métodos prácticos que Europa utiliza para sus necesidades, ¿son dignos, acaso, del tipo y medida espiritual realizado en dos centenares de cabezas?

Nuestra anarquía es, en buena parte, la penitencia impuesta por nuestra apatía; nuestra democracia es la consecuencia de nuestra indiferencia; nuestro desamparo es el castigo por la rutina y el especialismo. El especialismo, no sólo en la ciencia cunde y se enseña. También infesta el arte, la literatura. En esta esfera del espíritu creador, se han avecindado muchísimos, incontables, que no hacen otra cosa que tornear aros de servilleteros, como M. Binet, el recaudador de contribu-

ciones en el pueblo de madame Bovary. Fabrican novelas provincianas o crónicas literarias o estatuas de animales; hacen odas u oratorios, sistemas o dibujos en linoleo. ¡Y quieren que se les tome en serio! Pues el artista, el pensador es, tradicionalmente, una persona respetable. Acaso anteayer fuera todavía esto verdad. Pero seguramente ya hoy no ocurre lo mismo. La mera función de crear ya no es sagrada. Únicamente lo es cuando se somete a un orden.


El especialista es indispensable. Mas, debe contentarse con una posición subalterna. Necesitamos gentes dotadas de una conciencia sintética. No me refiero a metafísicos confusos, sino a cabezas claras que posean, en algún aspecto de la actividad humana, conocimientos positivos y especiales, y con ello concilien una visión de conjunto sobre la situación o la época. Dicho de otra manera: especialistas con una actitud espiritual universalista. Pueden proceder de la política, de la finanza, de la ciencia o del arte; ellos se entenderán y sabrán hablar, por virtud del coeficiente de universalidad común a todos ellos. En manos de estos hombres está la conservación, el saneamiento y la renovación de Europa.

Asuntos como el neoclasicismo o el neotomismo, son desde este punto de vista, simplemente especialidades, obras de tornero. No tienen más que un interés particular, una importancia puramente local. Son deportes provincianos de los latinos, si es que aun hay latinos. (Tal vez «latinidad» sea sólo una bella palabra, en la que se cobijan europeos inadaptados). Pero—para de-

tenernos un instante en este ejemplo—ambas cosas, neoclasicismo y neotomismo, se hacen actuales y de valor general si se elimina su peculiar forma histórica y se deja al descubierto su núcleo esencial: organización del reino de los hombres por la razón que valora, diferencia y guía. Esta razón ha creado en el siglo XIII y en el XVII sus formas eficaces. Lo que nos importa es, no galvanizar artificialmente estas formas, sino despertar nuevamente el espíritu que las creó, y de esta suerte producir una reforma de la razón propia del siglo XX. Sólo así superaremos los radicalismos, (que, por definición, son infecundos) y alcanzaremos el fin más importante actualmente: la reconstrucción del hombre europeo.

En esta labor deben participar todos los que no quieran entregarse al americanismo ni al bolchevismo. Los artistas tendrán que colaborar como los políticos, los filósofos como los arquitectos. A decir verdad, todos habrán de convertirse en arquitectos; arquitectos menores, calculadores, ordenadores de Europa.

Complejidades del alma rusa *

— ¿  ON qué rasgos se describe generalmente a este pueblo ruso a quien el destino preparaba los más tremendos azotes de la descomposición civil y política y de una guerra desastrosa?

En la base de la sociedad rusa se encuentra el océano de los mujics, campesinos y pastores, que pueblan las aldeas y las estepas y llanuras interminables del país semi-asiático. Han pasado por él como piratas y se han establecido en él como tiranos los jinetes mongoles, viniendo del oriente, y los aventureros nórdicos y germanos que descendieron del oeste. Por esto el régimen zarista fué una mezcla mal avenida de barbarie tartárica y de disciplina prusiana. De los mujics transplantados a las ciudades ha salido principalmente el pequeño proletariado industrial de principios del siglo.

El mujic es conocido por su fatalismo y su capacidad mansa y pasiva de trabajo y de sufrimiento. Puede

* Capítulo de un libro en prensa, titulado «La Revolución Rusa y la dictadura bolchevista».

mostrarse sublime de paciencia, dulzura y resignación, lo que no quita que a la vez sea perezoso y sensual. Luego, de repente, protesta, se rebela y se torna brutal. Su furor lo lleva a cometer crímenes espantosos, venganzas feroces, al paroxismo de la maldad y de la barbarie. Es propio de su psicología pasar de un estado de alma a otro: de la sumisión a la revuelta, de la inercia al furor, del ascetismo a la lujuria, de la dulzura a la ferocidad. «Imaginaos una selva en invierno, se dice en *Los Hermanos Karamazov*, en medio de la cual se halla un mujic vestido de un caftán andrajoso. Parece reflexionar, pero no reflexiona; se halla perdido en un sueño obscuro. Si se le tocara, se sobresaltaría y miraría a su alrededor sin comprender, como quien se despierta bruscamente de un dormir profundo. Volverá tal vez rápidamente en sí, pero si se le pregunta cuál ha sido su sueño, no sabrá decirlo, porque no se acordará de nada. Sin embargo, conserva de este sopor impresiones profundas que le deleitan y que se van acumulando en él inconscientemente. Un día, quizás un año después de tales ensueños, partirá, abandonará todo y se irá a Jerusalem para asegurar la salvación de su alma, o bien... incendiará su aldea, o aun... cometerá primero el crimen y luego emprenderá la peregrinación santa. Hay muchos tipos semejantes en nuestro pueblo».

Generalizando la pintura anterior, dice M. Paleologue: «No conozco ningún país en que el pacto social se halle más impregnado del espíritu tradicional y re-

ligioso; en que la vida doméstica sea más seria, más patriarcal, más llena de dulzura y de afección, más envuelta de poesía íntima y de respeto; en que los deberes y las cargas de la familia sean aceptados más generosamente; en que se soporten con más paciencia las contrariedades y las privaciones, las miserias y las mezquindades de la vida cotidiana. Al revés, en ningún país tampoco las rebeliones individuales son tan frecuentes como en Rusia ni estallan con tanta resonancia y brusquedad. A este respecto, la crónica de los crímenes pasionales y de los escándalos mundanos abundan en ejemplos que sobrecogen. No hay exceso de que el hombre y la mujer rusa no sean capaces cuando han decidido manifestarse como seres libres».

En la última visita que Turguenief hizo a Yasnaia Poliana, dijo a Tolstoi las siguientes palabras, casi proféticas:

«Dentro de diez años, León Nicolaievitch, si aun vivimos, estaremos sentados tranquilamente en la galería, aquí o en mi casa de Spasskoe, y veremos de pronto que por la puerta de la hacienda se dirige hacia nosotros un grupo de campesinos. Se nos acercarán, y cuando les preguntemos: ¿Qué es lo que deseáis, amigos?, responderán con cierta vacilación, balanceándose y rascándose el cogote: «La asamblea de campesinos ha decidido ahorcarte, Juan Sevgueievitch, lo mismo que a estos señores. No creas que somos unos herejes; recita tus oraciones y luego te colgaremos, como está decidido».

Concuerta con la anterior anécdota, una relación que

sir Jorge Buchanan hace en su obra *My Mission to Russia*:

«Es preciso recordar, dice, un suceso que explica en cierto modo el estado mental del campesino ruso. Me fué contado por un amigo que me juró por su honor la verdad del hecho. Ultimamente, un propietario rural fué condenado a muerte por los bolcheviques. Se dijo a los campesinos que a ellos incumbía ejecutar la sentencia. Fueron en demanda del propietario por la mañana, cayeron de rodillas ante él y le dieron las gracias por haber sido siempre un buen amo. Pero habían recibido una orden que debían ejecutar a toda costa, y a causa de ello le suplicaron que les siguiera. Lo llevaron a un bosque cercano y ahí le mataron tranquilamente».

No hay país civilizado, expresa M. Paleologue, en que la condición social de la mujer sea tan miserable, se encuentre tan atrasada como entre los campesinos rusos. Todos los novelistas que han descrito las costumbres rurales, se hallan de acuerdo para representarnos habitualmente a la campesina como abrumada por los más rudos trabajos, reducida a la servidumbre en su hogar, agotada por los embarazos y las enfermedades, teniendo que sufrir los peores asaltos de la lujuria, las querellas incesantes y viéndose arrollada a golpes por el menor pretexto. Confirman esta descripción los frecuentes casos de violencia y de lubricidad que registran las crónicas judiciales. La moralidad sexual descende a un nivel muy bajo en las aldeas. El jefe de familia se arroga privilegios sobre todas las mujeres que viven

bajo su techo. Lo largo de las noches invernales, la falta de luz, la estrechez de las habitaciones, la promiscuidad de los habitantes favorecen las cópulas más vergonzosas. Nada más frecuente que el incesto entre el suegro y la nuera cuando el joven esposo hace su servicio militar en un regimiento o trabaja en la ciudad. Los campos son los que principalmente surten de prostitutas a las ciudades. Tal era el caso antes de la revolución. Ahora la prostitución ha desaparecido en gran parte. Waldo Frank dice que en las calles de Leningrado no encontró sino una sola cortesana y que le pareció un ser extraño en esas arterias llenas de obreros.

El pueblo ruso muestra siempre simpatía por los borrachos, dice Dostoyewsky, y no reprocha jamás al criminal el delito que ha cometido. Se lo perdona por el castigo que pueda venirle encima. Llama al crimen una desgracia y al criminal un desgraciado.

Se manifiesta de esta suerte el hombre ruso compasivo y sentimental. Hay fatalismo y piedad en el fondo de su alma. Lo cual no quita que por alguna de esas reacciones caprichosas y violentas a que está sujeto, pueda a la vez ser cruel. Se revela en todo esto falta del sentimiento de responsabilidad, resignación, pasivo avenimiento con el desorden. N i t c h e v o es seguramente la palabra que se oye más a menudo en boca de los rusos. A cada momento, con cualquier motivo, se les oye decir, n i t c h e v o , n i t c h e v o : eso no es nada, eso no tiene ninguna importancia.

Waldo Frank, el conocido escritor norteamericano, ha hecho un relato interesantísimo de un viaje que efectuó recientemente por el Volga. Iba a tomar en Nijni un vaporcito que se le dijo que saldría a las once de la mañana, con lo cual se podía dar ya por descontado que no zarparía antes de las tres de la tarde. Como aun después de esta hora no se divisara el vapor, a una pregunta de Frank se le contestó que llegaría pronto. Este «pronto» en Rusia puede ser un minuto, una hora, un día. «Este es un trozo de la Rusia viva, dice Frank, la Rusia que espera». El ruso no cuenta el tiempo. Sus unidades son tan indeterminadas como un grado de circunferencia, que puede medir ya un milímetro, ya un millar de kilómetros.

Detrás de una palizada esperan centenares de hombres, mujeres y niños la llegada del vapor, en medio de sacos de ropa, canastos y cajas de su equipaje. Transcurre el día y esa multitud pasa la noche muerta de hambre y frío bajo las estrellas. No hay protestas y dormitan sobre sus bultos. Cuando llega el vapor al día siguiente, lo asaltan como ganado. Unos a otros se empujan. Los de más atrás quieren subir por las espaldas de los de más adelante. Las mujeres son pisoteadas; los hijos separados de sus madres llenan el aire de gritos clamorosos. Los bultos caen al agua. La escena se va a repetir más o menos en cada puerto en que recale el vapor.

Al fin todos los pasajeros se hallan a bordo. Esta gente ha pasado, probablemente, más de veinte horas sin comer. En tierra no han encontrado cómo aplacar su hambre. Tampoco lo encontrarán en el vapor. Más vale dormir. Después de unas cuantas horas de sueño, Frank se levanta con el estómago en ascuas. Pregunta por la hora del desayuno. Es a las nueve, le contesta un mecánico.—Pero son las nueve y media y no puedo conseguir nada, observa Frank.—¿Y qué mayor importancia tiene eso?, le responde el mecánico visiblemente molesto de encontrarse con un hombre que se detiene en semejantes pequñeces. En Rusia no se come a sus horas sino cuando se puede.

Frank va a ver a los pasajeros del pueblo. Ocupan las cubiertas o puentes del vapor. Tendidos sobre las tablas manchadas de petróleo duermen plácidamente, no teniendo muchos otra almohada que una barra de fierro. Una mujer está comiendo manzanas podridas; hiende con deleite sus dientes blancos en la pulpa blanda y negruzca. Frank la envidia, porque siente tanta hambre, que quisiera poder comer de esas manzanas. Al fin se resuelve a ello, le compra un rublo y llena de manzanas su sombrero, su abrigo, sus manos. Con esta fruta podrida devuelve cierta tranquilidad a su estómago desesperado. Hay en el vapor una muchacha que es como una *bonne a tout faire*: atiende a los camarotes, al comedor y a la cantina. De ella obtuvo a la postre Frank un poco de té y se repuso.

Nuestro viajero y su compañero de viaje, que le sirve

de intérprete, ha observado la falta de capitán en el vapor. Debe ir de paisano, dice el intérprete, porque como los víveres se han agotado totalmente puede temer, con razón, que lo echen al agua.

Los pasajeros que han ido subiendo han llenado todas las cubiertas, escaleras y pasillos de la embarcación. No se puede andar sin atropellar o pisar a alguien. Una mujercita ha tendido una pequeña alfombra delante de la puerta misma del camarote de Frank y se ha establecido ahí con sus tres chiquillos. De día y de noche se mueven, gritan y lloran.

Reflexionemos. Solemos quejarnos, con razón, de la falta de confort de los vapores que hacen el tráfico por nuestros canales. Convengamos en que, comparados con el vaporcito descrito por Frank, serían dignos, por su relativa comodidad y su orden, de ser ofrecidos a Cleopatra, a la reina de Sabá o a un lord inglés.



Las noticias de todos los observadores y escritores concuerdan en que el pueblo ruso es, o si queréis, ha sido profundamente religioso. Substraído en gran parte a la influencia de las culturas griega y latina, recibió más plenamente que el Occidente el sello del cristianismo. El Occidente, saturado de helenismo y latinismo, ha tenido que aliar su espíritu cristiano con elementos paganos, mientras que los rusos han llegado a ser más cristianos en un sentido primitivo. La piedad del mujic

es ingenua y simple, impregnada de misticismo o sujeta a supersticiones. Aunque lo considera raro, no rechaza el milagro.

El Sermón de la Montaña resume casi toda la religión del pueblo ruso. De la revelación cristiana lo que toma vida en su alma es principalmente el misterio de la caridad. Es infinita la compasión del mujic por los pobres, los humildes, los ofendidos, los desgraciados de toda especie. La resonancia de estos sentimientos es, dice Paleologue, lo que imprime a la obra de Dostoyewsky un acento tan vivo de verdad nacional. El pueblo ha sido más creyente o, por lo menos, más cristiano que su Iglesia. Hay en la piedad de las masas más espiritualismo, más inspiración evangélica que en la teología y en las prescripciones ortodoxas. Dejándose dominar por la autocracia, convirtiéndose en una institución administrativa y policial, la Iglesia oficial fué perdiendo día a día su imperio sobre las almas. El clero, por su lado, pasó a ser una casta cerrada, sin dignidad, sin instrucción, sin contacto con las grandes corrientes del siglo.

El cura de aldea es casi siempre hijo de pope y pertenece, por consiguiente, desde su nacimiento a la casta sacerdotal. Luego se casa con la hija de un clérigo, lo que concluye de encerrarlo dentro de su casta. Su obra espiritual se reduce a practicar algunos ritos litúrgicos, a enseñar el catecismo y a administrar los sacramentos. No dispone de libros, ni de diarios, ni revistas, y carece de los medios para procurárselos. Su

principal ocupación consiste en cultivar la parcela de tierra que le ha adjudicado la comuna. De otra manera no podría vivir. Los mujics son duros para soltar los *kopecs*. Regatean mucho antes de pagar la bendición de un matrimonio, un bautismo, una extremaunción o la bendición de un campo o de una *isba*; y no pocas veces en la discusión se ven los popes tratados de pillos, ladrones, borrachos y crápulas, y hasta son apaleados.

Lo que no obsta a que el campesino reconozca la necesidad del ministerio eclesiástico. El novelista Ouspensky pone en boca de uno de sus personajes las siguientes sabrosas palabras: «El mujic comete pecados por los cuales ni el tabernero, ni el prefecto de policía, ni aun el gobernador pueden darle la absolución. Un pope es, pues, necesario para el caso. Lo mismo si el Señor concede una buena cosecha y el campesino quiere darle las gracias encendiendo un cirio. Para esto necesita también un sacerdote. Porque ¿dónde iría a colocar un cirio? ¿En el correo, en la alcaldía? No, en la iglesia. Seguramente nuestro pope no vale gran cosa: está siempre ebrio. Pero ¿qué importa? El administrador de correos es también un borracho y, sin embargo, despacha perfectamente las cartas».

El desprestigio de la Iglesia trajo consigo la indiferencia de las clases superiores y que grandes sectores de la población, almas animadas de espíritu místico y a veces ascético, cayeran en las aberraciones de las sectas. Las ha habido de una variedad enorme, conmovedoras y aterradoras. La de los «bebedores de leche»,

que han aspirado a realizar la vida galilea en su pureza integral. La de los «errantes», que para escaparse del reino del Anticristo viajan incansablemente a través de las estepas y de las selvas heladas de Siberia. La de los *Khlysts*, que se entregan a éxtasis eróticos y dicen que en esos momentos Cristo se encarna en ellos. Rasputín fué el más caracterizado de sus adeptos. La de los *Skoptzy*, que se mutilan y se convierten en eunucos voluntarios para librarse de las tentaciones y de los pecados de la carne. La de «la muerte roja», en que centenares de personas se suicidaban por el fuego, se quemaban vivas para purificarse y ganar el cielo. Pobladores de aldeas enteras fanatizadas se negaban a pagar contribuciones, por ser éstas cosas del Anticristo, y ante la amenaza de que los cobradores vendrían con la policía preferían enterrarse vivos para no pagar e irse al cielo.

En reuniones mundanas se habla de espiritismo, de apariciones, de quiromancia, de presentimientos, de telepatía, de metempsicosis, de embrujamientos. Los rusos tienen la pasión de lo maravilloso y parece que su pensamiento no se interesa verdaderamente sino por lo sobrenatural y lo invisible, lo irreal y lo absurdo.



Extraño pueblo en verdad. La mayor parte de los personajes de las novelas de Dostoyewsky son violentos, fácilmente irritables, inconsecuentes en sus actitudes

e incoherentes en sus expresiones. Con frecuencia, a la vez, borrachos; abundan entre ellos los tísicos, epilépticos y neurasténicos. Obran predominantemente, movidos por impulsos momentáneos, como sujetos al capricho de vientos mudables o de fuerzas extrañas que ellos no pueden controlar. Parecen marionetes o sonámbulos. Rara vez se encuentran en ellos esas cualidades que más estimamos en los seres normales: la serenidad, la voluntad, la razón. Las reacciones de su alma no se pueden prever. Son caprichosos. Parecen no perseguir jamás propósitos definidos salvo cuando quieren satisfacer sus pasiones o ejecutar un crimen. Tienen los más de estos personajes una característica de los animales silvestres: comen y duermen en el mayor desorden, cuando pueden y donde les toca.

Cuando el propio Dostoyewsky ha querido condensar en una sola silueta los rasgos distintivos del hombre de su raza ha dicho en su «Diario de un escritor» lo siguiente:

«El ruso tiene siempre necesidad de sobrepasar la medida, de llegar al precipicio, de inclinarse sobre él para explorar su fondo y aun de arrojarse en él como un loco. Es la necesidad de la negación del hombre de parte del hombre más creyente, la negación de todo, la negación de los sentimientos más sagrados, del ideal más elevado, de las cosas más santas y de la patria. En las horas críticas de su vida personal o de su vida nacional el ruso se declara con una precipitación pavorosa por el bien o por el mal. Bajo la influencia del furor, del al-

cohol, del amor, del erotismo, del orgullo, de la envidia, se muestra súbitamente dispuesto a romperlo todo, familia, tradición, creencias. El mejor de los hombres se transforma así en un malvado, que no quiere más que renegar de sí mismo, aniquilarse en una convulsión brusca. Despliega, por lo demás, la misma impetuosidad, para salvar su alma cuando ha llegado el último límite de todo. . . . El nihilismo no se ha producido entre nosotros sino porque todos somos nihilistas».

Coincide con los anteriores juicios, de una manera notable, la opinión de Turgueniev, que dice que «los rusos despliegan una extraordinaria maestría para hacer fracasar todas sus empresas. Parten para escalar el cielo; pero, a poco de haber partido, notan que el cielo se halla muy alto. Entonces no piensan más que en caer lo más pronto que se pueda y haciéndose el mayor daño posible».

M. Paleologue, dice que en la mayor parte de los rusos la inestabilidad moral es tal que jamás se hallan contentos donde están y que no pueden gozar de nada hasta el fin. Necesitan, sin cesar, algo nuevo, algo imprevisto, emociones más intensas, sacudidas más fuertes, alegrías más salpimentadas. De aquí la busca continua de los excitantes y de los narcóticos, un insaciable apetito de aventuras y el gusto apasionado por los deslices. Una heroína de Turgueniev preguntaba a su interlocutor: ¿Por qué será que cuando gozamos de una audición musical, de una bella soirée, de una conversación íntima con alguien que nos es simpático, éste goce nos parece

como una alusión a una felicidad desconocida y lejana, más bien que una felicidad real de que estuviéramos disfrutando positivamente?—Y él responde: —Uno no está bien sino donde no está».

Por la condición anotada tal vez ninguna sociedad es más accesible al fastidio que la sociedad rusa. Ninguna paga un tributo más pesado a esta plaga moral. Indolencia, atonía, torpor, desorientación; gestos de fatiga y bostezos; despertares sobresaltados e impresiones bruscas; prontitud para cansarse de todo; apetito insaciable de cambio; necesidad perpetua de distraerse y de aturdirse; prodigalidades locas; gusto por las extravagancias; por el libertinaje ruidoso y desatentado; horror de la soledad; cambio continuo de visitas sin motivo y de telefonazos inútiles; complacencia para con los ensueños mórbidos y presentimientos sombríos; todos estos rasgos de carácter y de conducta que se observan en los rusos no son más que la manifestación multiforme del tedio.

No deja de tener relación con lo anterior lo que dice todavía el mismo embajador francés antes citado.

«Después de vivir dos años en Petrograd, expresa M. Paleologue, el rasgo que más me ha llamado la atención en mis conversaciones con los políticos, militares, hombres de mundo, funcionarios, periodistas, financieros, industriales y profesores es el carácter vago, movible, inconsistente de sus concepciones y de sus proyectos. Hay siempre en ellos alguna falta de coordinación y de continuidad. La relación de los hechos y de

las ideas es incierta, los cálculos son aproximativos, las perspectivas confusas e indeterminadas. Qué de accidentes y fracasos se explican en esta guerra (la de 1914-1918) por el hecho de que los rusos no perciben la realidad sino a través de una bruma de ensueños, y no tienen la noción exacta ni del tiempo ni del espacio. Su imaginación es eminentemente dispersiva: no se complace sino con las representaciones vaporosas y flúidas, en las construcciones imprecisas e inorgánicas. Quizás por tal motivo son tan sensibles a la música». Esto dicho en sentido recto; pero se cuentan también manifestaciones viciosas de esta sensibilidad. Una dama hacía venir una orquesta de tziganos a tocar al lado de la alcoba en que estaba con su amante.

Un escritor ha dicho que el ruso es tal vez el más idealista de los hombres. Pero su idealismo se complace en lo vago y en lo quimérico y lo hace entusiasmarse por las empresas más utópicas. Un rasgo del idealismo ruso es querer proyectar sus quimeras en un radio de acción mundial. El novelista Goncharov ridiculiza a su héroe Omoblov haciéndole decir que las ideas que va a aplicar en la administración de su finca son tan perfectas que ofrecerán nuevos modelos a su país, a la Europa y a la humanidad. Pero ese idealismo capaz de suma exaltación en un principio, suele caer fácilmente en el desengaño, y carecer de perseverancia para persistir en la acción. Todo el vago idealismo y melancolía de un alma femenina rusa están expresados en las siguientes palabras: «Las novelas de nuestra vida, sin excepción,

se terminan en un fracaso, dice una mujer. Ningún hombre podría darnos lo que esperamos, porque no sabemos lo que esperamos y, probablemente, lo que esperamos no existe».

La larga enumeración de rasgos característicos del pueblo ruso que acabamos de hacer, puede parecer confusa. No habría sido difícil tal vez delinear un esbozo más simétrico, pero habría resultado caprichoso y menos congruente con la compleja y misteriosa realidad del modelo. ¿No ha dicho Dostoyewsky que el alma rusa es llena de tinieblas, y Turgueniev que el alma eslava es una selva obscura?



Cabría preguntarse qué correlación habrá habido entre las cualidades del pueblo ruso y la tiranía y la servidumbre seculares que ha sufrido. La psicología de una raza no es una cosa inmutable. No ha faltado quien diga, refiriéndose sobre todo a los rusos del siglo XIX, simpatizantes con la anarquía y con cuanto tuviera sabor a licencia, que ellos hicieron del estado zarista despótico una necesidad histórica. Pero sería más acertado pensar que las cargas de un destino adverso impidieron el conveniente desarrollo de las facultades del alma rusa. Un pueblo que no recibió la sólida armazón de la cultura jurídica romana, que no gozó de la espléndida influencia del Renacimiento, y para el cual casi no han existido las revoluciones inglesas y francesas, educadoras

de pueblos, ha tenido que afrontar los problemas de su vida nacional con un gran vacío en su concepto del derecho, con desconocimiento del respeto debido a la individualidad humana y con carencia poco menos que absoluta de educación política. «Si se encuentran tres alemanes, se dice en Rusia, forman Un Verein y eligen un presidente. Si se encuentran dos rusos forman tres partidos».

Ignorando las prácticas de la ciudadanía, no siendo posible su desarrollo bajo la opresión del despotismo de los zares, el pueblo ruso, en busca de satisfacción para las necesidades de su alma, experimentó la desviación de las fuerzas de su idealismo y tuvo que dar en soñador quimérico, tuvo que entregarse a las tentativas de revoluciones histéricas y a los azares del terrorismo.

Félix Armando Núñez

Claves de asombro

I

VENUS EN EL MEDIODIA DE LA ONDA

Vi en el azul perfecto de la onda y su alegría de espumas.
El olor de las manzanas dilataba tu cuerpo
y un pasmo de sol, una humedad de gruta voluptuosa
y un bienestar de burbujas entre las algas.

Golpe de ráfaga deslumbrante y tentación súbita
como un pez de plata sucedía a tu presencia
y el muslo de seda y caracol de rosada mejilla
y tu mirada permanecía en mi piel como una brasa lenta.

Delicia de lo imprevisto e infancia superada
el nacimiento de tu cuello iniciaba la curva de las rosas,
una atmósfera frutal ardía en torno a tu busto
y una paloma se inquietaba en tu seno sin historia.

El viento luminoso lamía tu vello de durazno,
tu calidad de perla no desprendida todavía
y la hoguera del sol en mi meridiano preciso
incendiaba tu escultura movable que se rompía en un fragor de aguas.

Toda de racimos de oro y exquisitos jugos
 los colibríes se irisaron junto a tu albor de bananas
 y un sabor de moluscos se pegó a mi lengua ávida
 donde se agitaron las palabras como gaviotas en fuga.

II

NOCTURNO EN EL MAR DE LOS TRÓPICOS

No obstante el mar, se oye profundo el ruido de los motores.
 Cielo, mar y mi corazón solos en la proa y por todas partes.
 A esta hora en la tierra cantan los gallos
 y se celebran nupcias en el barco mismo.
 Disminuye el pulso del tiempo en los puentes abandonados.
 Disminuye el pulso de la ola hasta la seda.
 El viento denso hecho de potencia y germinaciones
 reina en su imperio preciso
 donde lo único plástico es la distancia
 y el sentido total de la vida el silencio.
 Símbolo desvanecido de otras realidades,
 rumor apagado y confuso de misteriosos caracoles,
 la brisa levanta lamiendo mi piel de líquenes
 sus muchedumbres de pausas
 que recobran definitivamente su perdido reino.
 Siento una fuerza de anclas, una altura de cielo,
 un equilibrio de ser y de venir y permanecer como un número.
 Entre la cópula eterna que es la vida y el acto puro que es la muerte,
 mi sangre y su luz —mi cuerpo y su memoria irradiante—
 está mi monumento perfecto, situación de dominio
 ni alegre ni triste, donde resido sin violencia ni abandono.

El buque, esbozado de aristas de fuego,
 eleva con la comba del mar su mole negra

como para un viaje lento y maravilloso
hacia las constelaciones. ¿De dónde viene este barco?
En sus mástiles hay harina de la Vía Láctea,
en su organismo de dimensiones sin materia
una estructura de incomprensible razón
como la de todas las cosas cuando uno vive dentro de ellas.
Algo luminosamente fantasmal lo envuelve, lo protege
como el alma, si existe, al cuerpo dormido.
Alma, luz, éter, la Cruz del Sur acostada en el horizonte
y la mirada infatigable, autónoma y exclusiva,
tratando de fijar en un minuto de memoria
la innumerable fecundidad de la duración.
Voluptuosidad de la piel desnuda,
delicia justa del olfato por la ola y sus algas,
seducción del oído que escucha el nacimiento de la vida
entre los cuatro elementos, aquí sin cantidad ni límite,
un tiempo abolido recuerda apenas la razón y sus obstáculos.
En los mástiles negros, inmensamente alargados,
un temblor sideral se propaga,
una líquida refulgencia
que se confunde con el silencio y sus claves de oro.

III

GANIMEDES

Potencia de águila que a lo divino elevas
esta carne madura de inconsciente
alegría de luz y de vertientes
y de inocentes juegos voluptuosos:
¿qué me has dado en lugar de la granada
de risa fresca y la rosada boca?

*Una fuerza fatal de arduo dominio
está en el puño que apretó el cayado
y en la frente de Jove miro el cambio
que hace al nacer la rosa y la serpiente
la araña monstruosa y la paloma.*

*No es el beso de Juno en mi mejilla
el aguijón de sol que las pastoras
dejaban en mi cuerpo ¡oh Ida alegre!
El sino distribuye la energía
en extraña razón inexplicable,
y en el sacro banquete la ambrosía
hace olvidar el armonioso número.*

*¡Hermosa tentación, labio sediento,
incontenible impulso! Nada turba
la ordenación divina. Sin quererlo
sirvo en las copas el licor olímpico
y la esencia que nutre el Pensamiento.*

*Mas ¡ay! escancio el néctar, que no bebo,
y un sabor de cicuta aun conserva
la lengua que gustó de la manzana.*

IV

P A N

S*e me vino a los labios el temor del conjuro,
el estupor del árbol en el Otoño quieto,
la mágica sintaxis, el son sacro y oscuro
con que suele el Enigma sugerir su secreto.*

*Desde la selva vienen —de simbólico modo—
juntándose las sílabas en extrañas prosodias
y aun hoy sólo traducen el misterio del Todo
oráculos ambiguos e incoherentes salmodias.*

*Al final del camino la Esfinge está en acecho.
La fronda estupefacta devuelve al sol su oro
y yo siento prendida de la garganta al pecho
en un divino asombro la voz que me une al coro.*

En las riberas del Paraná-Guazú

(Pequeñas notas de viaje)

III



En la ciudad parte un día la racha civilizadora. Al fin, la ciudad va a ser la dueña del vasto desierto pastoril. No lo ha vencido ni por la fuerza ni por la persuasión. Ha empleado los elementos sutiles de la penetración europeizante. Aprovechará, sí, la campaña para extraer de ella los impulsos dominadores con los cuales derribará los antiguos señoríos gauchescos. Es la historia sin rectificaciones con que América deshace los viejos amos nativos de la tierra. No bien la civilización se encamina hacia el interior del territorio en donde impera el sentido de la vida libre e indómita, comienza también a desvanecerse la hosca existencia aventurera del señor de la pampa. El gaucho se aleja, huye, se esconde entre los breñales del norte o se somete al imperio de la fuerza que junto con el de la ciudad, emana de Europa. Todo el siglo XIX es la expresión de esta lucha, y el co-

mienzo del XX no hace sino dar el golpe de gracia al bagual moribundo.

Sólo que la campaña infiltra en el alma del cortesano o en el alma del político, la crueldad para con el adversario. El hombre de la ciudad encuentra en la campaña los elementos sanguinarios de la lucha. Mientras la ciudad es exótica, amanerada, europea, la campaña conserva los lineamientos rudos de la barbarie. Para combatir la arrogancia de los caudillos el señor de la ciudad se interna en la pampa y busca en los nativos los elementos destructores de la lucha. Cuando el cadáver del Presidente Berro es arrastrado por la Avenida 18 de Julio, con su cabeza colgante en la trasera del carro, no hace sino recordar los brutales ensañamientos del gaucho en el libre dominio de sus llanos. La lanza partiendo el corazón y el cuerpo del vencido acribillado a puntazos. Las luchas de blancos y colorados encienden una rojez turbulenta en la pampa. Toda la pampa está roja de sangre. Así pudo un novelista o viajero anglo argentino llamarla «la tierra purpúrea».

La pampa ha creado el valor temerario y la conciencia de la fuerza en el caudillo. Pero cuando la ciudad desconoce el señorío del caudillo y aspira a eliminarlo, la masa se levanta para combatir contra los doctores y cortesanos de la ciudad. El duelo a muerte se enciende frenético. El emponchado penetra de noche a la ciudad y la asalta. Todas las puertas están cerradas. El pampero humano sopla como una exhalación caliente y recorre bramando las residencias de los enemi-

gos de la campaña. Así se abate luego la soberbia bizantina, la retórica del jurista que hace caso omiso del caudillo, del general, de la masa rural que cree en sus hombres providenciales. A tal punto llega la violencia entre los amos de la ciudad y los amos de la campaña, que no hay posibilidad sino de una tiranía para terminar con el doble caudillismo que aplasta toda la anchura del territorio. Y así surge Latorre, imponiendo la fuerza ciega del mando, absorbiendo todos los elementos de la lucha, aplastando y erigiendo en su persona el mando único. Blancos y colorados se inclinan ante su poder. La masa rural se siente amparada, la ciudad quiere el reposo y Latorre se lo da. Latorre coarta todas las libertades y el pueblo se somete sin réplica. Ha surgido lo que todos en la inconsciencia deseaban, para acabar de una vez con las violencias desencadenadas de la guerra civil. Ni un solo tiro ha necesitado Latorre para someter al gobierno de los juristas. La retórica los había debilitado. El ejército de los bandoleros, es decir, de los gauchos y semigauchos, está entero a las órdenes del dictador. La tiranía está, pues, acordada por todo el país. El país está sometido y las fuerzas agrícolas como las guerreras de la ciudad se entregan por cansancio a la voluntad del general omnímodo.



Así surgen en América los caudillos de potencia. No los elige nadie. Los eligen las circunstancias. Son reflejos de infinitos caudillos menores, sombras de los ge-

nerales vencedores en las guerras, que en la paz se convierten, por ambición, en amos y señores de las regiones. Cuando uno solo concentra por la sumisión de todos, el poder central, abatiendo tanto al caudillo de la pampa como al caudillo de la ciudad, se produce el fenómeno del tirano. Pero a este fenómeno se añade la soberbia natural del militar que está sostenido por la fuerza de sus legiones. El militarismo, en el cual descansa la suerte del país, se erige insensiblemente en árbitro de todas las voluntades. Para neutralizarlo es preciso que a su vez surja un caudillo civil que lo destruya. La campaña, vencida por Latorre en la derrota de los caudillejos menores y la ciudad, vencida en el gobierno de los juristas, termina con la contienda entre la ciudad y la campaña.

El político, a su vez, sin olvidar las sutilezas del cambulloneo, infiltra lentamente en el militarismo la sombra venenosa de la descomposición. Triunfa más tarde el caudillo jurista, por eliminación del militar estólido, a quien confunde y arroja en el ridículo. Tal fué el caso de Tajés, soldado inepto, sucesor de Latorre. Entonces surge en Uruguay el presidencialismo, al cual la Constitución otorga un poder omnímodo. Tal fué el caso del civil Herrera y Obes, sometiendo todas las fuerzas en su mano. Va a la campaña y la domina. Domina en la ciudad, pero es al fin la ciudad la que se impone sobre la campaña, y esta vez para siempre.

Toda esta lucha entre los doctores y los caudillos, entre las fuerzas tradicionales y las fuerzas nuevas, entre la liberalidad y el conservadurismo, tiene un sello de ceñida vehemencia. El escenario gigantesco de la pampa le presta una alucinante emoción. Da margen para las hazañas y las aventuras, para que los caudillos impongan la sugestión de su fuerza y de su astucia, de su valor y de su temeridad. La tierra rica, las manadas de vacunos que ondulan sobre las llanuras verdes, el encanto de una existencia preñada de sensación y de vértigo, la posesión de la vastedad sin fronteras, el poder discurrir sin amos de un pago a otro, levantando masas de gauchos para arrojarlas en la vorágine sangrienta de la lucha, la salvaje emoción de la muerte lograda en la punta de la lanza o en el torbellino estrecho de la boleadora, el devorar en un día distancias casi fantásticas en el lomo febril del bagual, todo infunde en los episodios pamperos, en los hombres criados en la soledad y en el peligro una feroz seguridad en el propio valor.

En cambio, en la tierra nuestra de los cerros, esta grandeza se contiene y se ciñe en la sobriedad y en el dolor de la fatalidad. Hay una como voluntad de silencio, una como afanosa búsqueda de abrigo en la escarpa filuda y en la ribera del río cantarino. El hombre está en asecho de posibilidades. El mar está más allá de las estrechas cadenas de montañas. Se diría que una raza distinta crece en los valles verdes y otra en los costados del mar hirsuto. Una va sobre las arrugas de

las cordilleras pastoreando las ovejas y las cabras, bajándolas en invierno al llano abrigado, y la otra se extiende por los desiertos, en los cerrillajes crispados que guardan en su vientre obscuro las vivas láminas de oro y plata. La tierra entrega al hombre una epopeya ceñida en ásperos terronales de sudor. Pero al mismo tiempo debilita la cohesión y el envión colectivo. Como si el paisaje le diera encanto sólo para cruzarlo bajo la sombra crespada de sus árboles, se encamina abandonándolo todo, hasta las gargantas oprimidas en donde se esconde el codiciado tesoro. El hombre se entrega a la errancia, vagabundea de un extremo a otro, echa pequeñas raíces, y un día las rompe y se abandona otra vez al caprichoso azar de la fortuna.

La ciudad no le infunde pánico ni una sola vez. No la odia, porque sienta el dominio de los doctores diabólicos. La persigue en su fantasía. Hasta ha crecido en la leyenda la ciudad áurea que guarda tesoros fabulosos y mujeres como ángeles. La ciudad atrae al vagabundo. La penetra por el suburbio con temor, y de ordinario sólo el suburbio le vale. Allí está la peonada que viene del campo; allí los soldados con los que se siente hermano, porque nacieron de su misma entraña; allí las mujeres que le mienten o le entregan una untada de miel, hecha de las peras del huerto, en sus labios gruesos y sabrosos.

Vuelve después al campo sin angustia. Encorvado bajo su apero, con su poncho desteñido y desflecado, encima del caballo que trota levantando nubes de

polvo, por la orilla de las alamedas frondosas, va como un arriero sin fortuna, resignado y fatalista. Lleva la tez morena y el ojo avisor sólo para las pequeñas realidades de la vida. Qué obscuro y resignado heroísmo hay, sin embargo, debajo de esa piel curtida, debajo de esa mirada movible y cazurra.

Brota de una raza de andariegos, belicosa y violenta para defender su pedazo de tierra. Tan aventurera como la que vino a conquistarla. En los días de sol, en los estíos, bajo la fresca sombra de las higueras, se encoge en su perfil de estatua de greda y allí permanece mientras pasa el hervor del sol. Seguramente ha estado en el norte, en el sur, en el mar, en el cuartel. ¿Qué más da? Conoce ya la existencia aventurera, en las minas, desventrando cerros, o en los mares surcando en lanchones que causan risa, los oleajes espesos y gruesos, con los cuales lucha día y noche sin arredrar. Se ha formado a la sombra del cerro y en la orilla del mar. Por lo mismo tiene su consistencia y su voluntad, sus recursos y sus senderos, sus agrias resacas y sus acogedores encalmamientos. Está abrigado de todos los maleficios de la ciudad, de todos los vientos calientes de la civilización, y no entrega tan fácilmente a la voluntad de los extranjeros su corazón desconfiado.



Un día, Sarmiento, le escribe desde Montevideo al doctor Fidel López, que se encuentra en Chile: «La historia entera de estos bloqueos y de estas interven-

ciones en el Río de la Plata, que traen exasperados los ánimos hispanoamericanos por todas partes, las leo escritas sobre el río mismo, en las calles y alrededores de Montevideo. Cubren la bahía un sinnúmero de bajeles extranjeros; navegan las aguas del Plata los genoveses como patrones y tripulantes del cabotaje; hacen servicio de changadores, robustos vascos y gallegos; las boticas las tienen los italianos; franceses son la mayor parte de los comerciantes al detalle. París ha mandado sus representantes en modistas, tapiceros, doradores y peluqueros; ingleses dominan en el comercio de consignaciones y almacenes; alemanes, ingleses y franceses, en las artes manuales; los vascos, con sus anchas espaldas y sus nervios de hierro explotan por millares las canteras de piedras; los españoles ocupan en el mercado la plaza de revendedores de comestibles; los italianos cultivan la tierra bajo el fuego de las baterías, fuera de las murallas, en una zona de hortalizas, cruzada todo el día por las balas de ambos ejércitos; los canarios, en fin, siguiendo la costa, se han extendido en torno de Montevideo en una franja de varias leguas y cultivan cereales, planta exótica, no hace diez años en aquellas praderas en que pacían los ganados hasta las goteras de la ciudad. Todos los idiomas viven, todos los trajes se perpetúan. No son argentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo, son los europeos que han tomado posesión de una punta del suelo americano».

Esa punta del suelo americano es la que permanece en guerra contra la campaña gaucha y la que al fin

domina al caudillo, imponiendo la voluntad del recinto amurallado en que se encerró el espíritu jurista europeo. Hacia la segunda mitad del siglo XIX comienza en intensidad la inmigración italiana. Ese sobrio caudal humano complica enteramente la vida pampeana y la desvirtúa en su composición primitiva, formándole una fisonomía diversa a la que tuvo en la primera mitad del siglo, cuando el caudillo Rivera personificaba el idealismo romántico de la libertad frente a la ciudad que concentraba la voluntad bizantina del doctor español.

Pero para vencer en definitiva, la ciudad se vale de todos los elementos de la civilización, con los cuales la población pampera no puede competir. La barbarie se estrangula con los rieles de acero. La máquina lleva hasta el interior la chispería de la modernidad. Penetra en las haciendas, extiende sus cables dominadores, limpia de aventuras el territorio, y va dejando en cada pago o en cada estancia, otros elementos de trabajo. Hombres venidos de otra tierra, laboriosos y con un agudo sentido de la realidad. Esta realidad es la que modela un nuevo tipo humano, la que subdivide la hacienda, la que aparta el ganado y da al vacuno un verdadero objetivo comercial. Perdida o limitada la extensión en que el aventurero era dueño y señor, y en ella podía dar libre curso a su libertad y a su arrogancia, el gaucho primitivo, va a inclinarse ante los representantes de la ley, los comisarios o ante los nuevos amos. Una hacienda ya no es la síntesis del valor individual, el refugio de las masas para los grandes días de las hazañas gue-

rreras. Es una comunidad reducida, en la que los hombres están contados como los animales, con su marca y su destino. La civilización que la ciudad echa sobre la pampa, por medio del ferrocarril y los agentes directos del gobierno acaba por reducir a las proporciones de un fenómeno natural la antigua y desorbitada vida de la libertad y del señorío dominador. Europa penetra por la ancha boca del «río como mar» hasta el corazón de la tierra; y junto con sus costumbres e instituciones, arroja el germen fecundo de una sangre emprendedora y ágil, llena de tradición y de vitalidad creadora. Infiltra sus nódulos y se impregna, a su vez, del virginal sentido de la vida americana.

Así se forma en la pampa la raza nueva. Desvanecido el prestigio del viejo dominador de todos los pagos—el gaucho de bota de potro, vincha, melena y lanza—se disgrega la tribu poderosa que en otro tiempo fuera la dueña de la vasta extensión esteparia. La política de la ciudad que logra acumular en una sola mano su robusto poder, domina el campo y lo somete a policía. Los representantes de la ley de la ciudad están en todas partes. El gaucho siente que la pampa se le va de los pies. Ya no hay extensiones que dominar. Las alambradas interrumpen con pinchos de acero la veloz arremetida del bagual, y el jinete, maldiciendo de los doctores, vuelve su brida para ir a ocultar su desmedrada humanidad en el rincón de la tapera, hecha despojo y ceniza. La tierra es ahora de todos.



Del lado del Pacífico la tierra encierra, como en un embudo, a sus habitantes. El hombre del cerro está sometido de antemano. Puede dar vueltas por entre sus breñales y encontrará siempre la muralla abrupta cortándole el paso. El extranjero entra sin recelo, pero no se funde fácilmente con la raza, como en el lado del Atlántico. Parece que la misma expresión adusta del paisaje, contiene el ímpetu del dominador rubio. Son otras razas, las que hicieron la nacionalidad o las que tienen similitud con ella, las que trenzan su existencia con la del aborígen. Pero no es la ley. La pampa tiene algo de la amplitud de la tierra prometida, especie de Canaan, en la cual los hombres llegados de otras regiones se incorporan rápidamente a su levadura. La pampa corrige al europeo y le infiltra los gérmenes de su avidez y de su fecundidad. Lo envuelve en su hábito. Lo hace suyo. Le entregó una fertilidad prodigiosa, una remuneración instantánea, casi fantástica que desconocía en Europa, y siente que del vaho que echan las llanuras verdes brota también esta sugestión silenciosa que lo transforma en un hombre de la tierra. La tierra pródiga chupa la sangre del que sobre ella vive inclinado. Ahora, esa raza cantora, errante, taciturna, romántica, es capaz de rápidas asimilaciones. Sin duda el germen musical, la nota entre angustiosa y sensual, algo áspera y solitaria, constituye un nuevo estímulo para aprisionar al europeo.

Ninguna región podía fascinar tanto como esa extensión sin riberas. La psicología del europeo, se asomó

como contenida por la tierra domesticada y subdividida de Europa. Había en las regiones del Plata una llanura fecunda, un pastizal milagroso, una región en que las vacadas crecían sin cuidado y se multiplicaban como por la acción de una fuerza invisible y prodigiosa. Con ser la tierra ancha, aplastante en su melancolía, en su taciturnidad, en su chatez, surgía de ella no sólo el germen rico, sino la melodía insistente, la bravura del habitante, su coraje y también su inmóvil silencio, sin espíritu, tan parecido al silencio hondo de la llanura.

Pero la tierra de las rinconadas y del repecho no fué tierra pródiga para las masas de europeos. Además, la propia tierra se negó en la voluntad de su habitante a mezclarse con el extranjero. Lo tenía siempre en la vera y aun cuando comprendía que su esfuerzo y su sobriedad eran superiores a sus condiciones, no lo toleraba sino porque en el trabajo se demostraba implacable, tenaz y lleno de recursos. El poblador de las regiones más fértiles vivía en colonias separadas del aborigen. Se negaba a los cruzamientos. No llegaba con la idea de fundir las sangres sino con la idea de hacer fortuna. No como en el lado del Atlántico para echar las raíces definitivas, sino con la transitoriedad que supone siempre un regreso de antemano establecido.

El italiano fué siempre dócil a la fusión en la pampa. Lo fué también en el lado del Pacífico. Es raza que sabe adaptarse y que, a su vez, modela. Pero otras razas buscaron los elementos afines para la unión. Algo había en la tierra y en el hombre que hacía difícil la

absorción, tan necesaria para la creación de grandes núcleos de población, renovados por la acción de la sangre nueva. El sur fecundo y el norte propicio a la aventura y a la riqueza fácil, acumularon inmigrantes. El centro era el valle fértil, que no sufrió sino pocas modificaciones al pasar de una etapa colonial de encomienda a una etapa de libertad política con el fundo o la hacienda que se traspasa como herencia en sólo algunas familias poderosas. El Sur generó grandes fortunas. Las hizo el norte también, en el horrible drama de la salitrera. Una región hostil como Magallanes, concentró, sin embargo, grandes núcleos de pobladores extranjeros que aprovecharon el nativo para las labores de la esquila o del pastoreo. Al norte, el caliche sacudió como una piltrafa a ese hombre aborigen que iba de todas las regiones de Chile a tentar fortuna en los desiertos del oro blanco. Regresaba, sin embargo, al centro o al sur de donde procedía, tan pobre como se había ido. La gran riqueza continuaba siendo la obra de los extranjeros capaces que dirigen o de los picapleitos que se pusieron al servicio de los poderosos.

Por esto, el embudo continuó en su celoso individualismo ajeno a la voluntad de otras razas. Había cierta soberbia pueril en proclamarse hombre de un país sin mezcla de sangres. Fatalmente se habían infiltrado algunas sangres desconocidas, pero la gran masa de población permanecía como un siglo atrás. Las primeras colonias de inmigrantes fueron recibidas con despego, casi con ira. Para la explotación de la tierra ha

bastado el nativo. Para las empresas industriales se han reclutado hombres nativos y este país del Pacífico es de los pocos que en su política no ha renovado sino tardíamente a sus conductores.

Sólo las grandes crisis económicas han hecho posible la entrada de elementos extranjeros, enriquecidos en el recinto amurallado de la familia. Quizá elementos de conformación y adaptación a las costumbres chilenas, han permitido que algunos extranjeros pobres se fundan con clases sociales más ricas. El extranjero ha sido siempre amigo de las clases poderosas, de las clases que gobernaron con un sentido duro y fuerte de la realidad, pero sólo para poder disfrutar ellos de la paz y del orden.



Así buscábamos, en la constante evocación, el espíritu de la tierra. No sentíamos la soledad cada vez que volvíamos los ojos y el pensamiento al rincón montañés, adusto y sobrio, del cual habíamos salido cruzando los ásperos cajones cordilleranos. Como los cerros, erguían sus perfiles enhiestos las pasiones y los sentimientos que informaban un país de tan singular expresión espiritual, acostado en el bajío, que se extiende entre un macizo bastión de montañas dentadas y un mar tormentoso que labra en el corazón, como en los acantilados, una perpetua huella de taciturnidad. En medio de los valles frescos y verdes, mirábamos extenderse la ancha ciudad capital, que parece brotar de la base misma de los primeros contrafuertes. Allí estaba asilado, como reco-

gido en una concha, el espíritu de la nación. Allí se encontraba la huella de la historia, más que en el campo cruzado por los caminos y los ríos. Como si el país no fuera más que esa ciudad que estrechan los cerros, y que se sale de madre en los valles que se extienden hacia el sur, todo gira en torno al recinto opulento, en el cual levantan su vuelo los edificios modernos.

Norte y Sur están como a la expectación de esa capital. Como en los días más ásperos de su historia, de allí surgen todas las voces airadas o todos los recios empellones para arrojar sangre a las arterias silenciosas del territorio. La gran cabeza oscila entre las montañas. El mar bate lejos y los puertos están distantes de su influencia. Fué edificada en un valle, entre un río y unos cerros. Quedó así a cubierto de las invasiones del indio. Tierra fértil, tierra de vallados, todo lo tiene al alcance de la mano. Hacia el oriente se levantaba la mole gigantesca de nieve, que cerraba como una muralla, la ciudad fortificada. Hacia el poniente otra cordillera la defendía de los piratas. En un nido reposaba, como un guerrero de las fatigas de la jornada. Creció en áspera humildad, como un campamento. Fué apenas de madera. Trazó sus vías en cubos regulares y fué trepando y extendiéndose, a pesar de la inminencia de las invasiones y de los asaltos. Cuando pudo recuperar su ritmo la echó por tierra la naturaleza en un violento impulso de tragedia. Qué bien sentía entonces la serenidad del cielo, la parlera voz de las aves, el dulce son de los cantos monjiles.

Sus calles polvorientas se veían siempre cruzadas de soldados, de monjes y de magistrados. El monje estaba como en una casa. El soldado también. De allí salían unos fieros escuadrones hacia las tierras del sur, en cuya frontera rondaba y rugía la barbarie, el aborigen indómito.

La ciudad estaba lejos de todos sus dominios, pero era la ciudad ordenadora. Sobre todo lo largo del estrecho valle que corría entre dos cadenas de cerros, hacía sentir la fuerza de su señorío. Podían todas las regiones alzarse en armas, podían el norte y el sur, mover guerra a la ciudad devoradora; ella acabaría por rendir todas las arrogancias. No vivió aislada ni encerrada en sus bastiones y amparada por la seguridad de sus peñas hostiles. Cada vez que las necesidades de la guerra o del tributo se imponían para su seguridad y su subsistencia, la ciudad se movía como un carro de guerra, bien hacia las riberas del río sureño, que era frontera y término de la incipiente civilización, o bien hacia las tierras hoscas y desérticas, metálicas y duras del norte minero.

Un hilo firme de autoridad se tendía como un nervio entre una y otra zona. Así creció el espíritu unitario, la férrea ley de la ciudad jurista, guerrera y monacal, asiento de jueces, de capitanes, de obispos y de monjes. Nada inquietaba su escondido amor de intrigas, nadie osaba conmover el arbolado en donde se asilaba la paciencia del arácnido que hila su tela y la ensancha por encima de la ramazón. Los caminos seculares le traían del norte los perfumes letárgicos de la ciudad virreinal,

y los caminos del sur, el fiero rezongo de las tribus rebeldes que el arcabuz acorralaba en los bosques y en las laderas de las cordilleras.

En el atardecer, brillaba sobre la ciudad el rosa diafanizado de la montaña nevada. Fluían de los huertos los aromas sutiles de las flores. Todos los cerros cercanos se obscurecían contra un cielo de maravillosa frescura. En las noches, la cordillera echaba sobre el campamento la blancura helada de sus neveras. Por las mañanas, la niebla envolvía los caserones y las puntas de las torres de donde caían como amortiguadas en el blando ensueño de la niebla, las gotas metálicas de las campanas. Los niños salían a veces a la calzada, negra de humedad, llena de trozos de espejos opacos, y quebraban entre gritos alegres, los cristales endurecidos por el hielo de la noche. La noche era soberana en la ciudad. Comenzaba con el toque de queda y nadie salía ya de su vivienda. Todas las calles morían de tedio y de terror.



Por el lado del Atlántico, Montevideo moderna, se envolvía en el atardecer en una luminosidad dorada. La luz llenaba todo el horizonte líquido y un cielo azul ceñía, como un cinturón, la ciudad radiada, cuyas avenidas verdes se encendían con el oro del sol. Tenía la aspiración de una ciudad europea. Vivía en plenitud comercial y en ansia de volcar sobre el río todo el prestigio que la rival había ensanchado como un pandemonio

en el interior del estuario. La ancha boca del puerto que fué sede del virreinato, se abría para devorar, como una ventosa, todo lo que Europa quería enviar, en hombres, en pasiones y en ideas. Buenos Aires pareció llenar con su influencia el río grande como mar.

En ocasiones, el viento del estuario hacía de la ciudad un torbellino. Abierta por todos lados, carecía de las defensas naturales con que las ciudades del Pacífico encajonan los ventarrones airados. La pampa arremetía, violenta, por sus calles y avenidas. Vencida en la voluntad de los caudillos doctores, le quedaba el espesor de sus ventadas calientes, como emanación del espíritu de la llanura, y con ellas penetraba en el recinto que nunca pudo dominar. Quería recordar a los hombres europeizados y europeizantes que ella aun vivía, aunque aprisionada por la alambrada de la civilización, en el estertor ululante de la protesta. Aquel viento arrastraba desde los antiguos pagos, desde las cuchillas que atravesaron las huestes del gauchaje o desde los breñales del norte, el alma indómita, bárbara y romántica que tembló en la lanza roja de sangre y en el lamento melódico de la vihuela.

A veces sobre la ciudad se desplomaba la tormenta inesperada. Chubascos espesos de ceñida urdimbre caían con estrépito sobre las calles. Lluvias tibias, pasajeras, que recordaban el trópico. Por la noche el viento persistente arremolinaba las pasiones en los sitios de placer. Se erguía como una flecha la voluntad del goce. Y sin embargo, no se sentía el tumulto como en la ciudad

rival. Las calles se veían a menudo solitarias después de la media noche, y sólo en los lugares en que alumbraban o hacían señas los anuncios luminosos de los cabarets, bullía un poco de muchedumbre. Quedaba en la ciudad algo de la vieja ciudad militar, áspera y recogida en sus casernas, como en la espera de algún ataque sorpresivo de las tribus.

En algunas barriadas cercanas al puerto, mostraban su perfil fugitivo e inquisidor, algunos rostros africanos. Mulatos de tibio andar felino cruzaban sus calles. Signaban con una línea cobriza, como una rúbrica de canela, el esplendor blanco de Europa vencedora. En los rostros de algunas mujeres blancas abrían su cálida expresión de pampa o de huerta, los ojos apasionados de las criollas. Cuerpos robustos, de opulentas caderas que recordaban la tierra fértil, pródiga y acogedora.

En las playas no había más ondulación que las de los cuerpos de las mujeres que mostraban la viva belleza de sus líneas desnudas. La piel del color aceitunado, tostada por el viento y el sol, brillaba dorada y pulida. Había en ellas una nota jocunda, flexible, que cantaba bajo la luz. Una nota de felicidad sana y deleitosa como las frutas. El oleaje era apenas un encarrujamiento. La ribera no hervía y toda la playa semejaba un lago en calma. Agua tibia, agua sin gritos ni estremecimientos. Las caletas se sucedían unas a otras a lo largo de la ribera. Mostraban la maravilla de sus chalets y bungalows elegantes. La cinta del camino las

unía como un hilo, y a lo largo de ellas bullía la muchedumbre ávida de goce.

Arrastrados por la pasión del recuerdo, evocábamos la playas del Pacífico, en la ruda franqueza jadeante de un mar en perpetua ebullición.

Volvíamos a sentir aquel oleaje fantástico, aquel azul ceñido y profundo de los estíos, aquella golpada dura y espesa de sal contra el cuerpo, aquel lomo de la ola que se retorció sobre sí mismo antes de echarse sobre la arena y se embriagaba de sol, haciendo traslúcido su seno verde igual que una lámina vetada de ónice. Y siempre aquel extraño mar cejijunto y alborozado a un tiempo que se precipitaba como un animal herido contra los acantilados, deshaciendo y perforando las rocas, ennobleciéndolas con el paciente recamado de un orfebre. Evocábamos los ásperos caminos cercanos al mar, labrados en las faldas de los cerros, en los cuales en una época distante, el mar cantó y taladró con la feroz paciencia de un titán esas grietas profundas que se internan bajo los cerros, obscuras y medrosas. Del hondor brota hacia afuera un hálito negro y salvaje que parece arrancar todo el misterioso soplo de dormidas leyendas aborígenes. Las rocas se ven hendidas por tajos formidables. Sus aristas duras y dentadas parecen vacilar bajo el peso de la montaña. El mar de otros días las hizo duras y graníticas y estampó en ellas la soberbia de sus gritos y el temblor de sus victorias secretas. Dejó en ellas, en sus altas paredes oblicuas, en sus hendeduras dantescas, en sus arrugas teñidas con la herrumbre sangrienta

de los musgos, en sus arquerías repujadas, el eco dormido de los rezongos que la voz humana despierta con un murmullo sordo y casi irónico...

Pero ya en pleno aire libre, fuera de las grutas con que el Pacífico ha decorado sus riberas, volvíamos a ver, en la evocación, las caletas luminosas que se abrían en estrechas herraduras. Sobre ellas caía como una fulguración cegadora la luz cruda del mar del sur. Unas lejanas puntas cerraban el horizonte y las rocas brillaban al sol internándose en lo más profundo del mar como si fueran los espolones de barcos gigantes. Otras puntas más lejanas cubiertas de suave neblina, idealizadas por la lejanía, mostraban en la base una fimbria de inmóvil espuma. En la orilla desplomaban su cólera unas olas poderosas e hirvientes que rompían en sordos retumbos cubriendo de movientes neveras el flanco carcomido de las rocas... Al sol estaban tendidas como monstruosas telas de arañas las redes de los pescadores. Lanchones podridos cabeceaban en la orilla, mostrando sus vientres agrietados por las marejadas y contaban en sus cuadernas roídas la historia breve y brutal de la lucha contra un mar sañudo y violento.

Aquella raza pampera había formado en el interior del territorio la sed romántica de la aventura. Esta raza de pescadores se había formado a la orilla del mar, en el jadeo continuo y la arrogancia tenaz y anónima, sin hazañas, sin caudillos, con la sola voluntad paciente de la lucha contra la naturaleza.

En aquellas playas serenas, playas de río y de mar,

quietas y dormidas, podía sentirse la conmovedora belleza de la vida que juega con su destino limpio, entrecruzada por los vientos de la civilización europea, siempre presente. En las riberas del Pacífico, del sur, una raza sobria y resistente, se impregnaba con el agrio jadeo del mar y sobre él buscaba la vida y la muerte. Para alcanzar la vida civilizada, el pescador debía traspasar la cordillera que le cerraba el paso hacia el valle, hacia las ciudades dormidas entre las rinconadas. Sus marinos improvisados habían recorrido la costa hasta los mares calientes del trópico y regresado con las velas sucias y desgarradas al seguro abrigo de sus puertos primitivos. Volvían sin dar importancia a su hazaña, sombríos como siempre y resignados con la suerte. Muchos no volvían jamás. Un golpe traidor, una ventada sorpresiva o un espolonazo en la noche insegura al penetrar a puerto, destruía las vidas de los anónimos aventureros... y al fondo del mar iba a dar la embarcación que habían construido pacientemente con la madera perfumada de sus bosques aborígenes.

Así era la gente de este país tan pegado al mar, tan estrechado contra la cordillera, tan oprimido por la doble presión de las cadenas de cerros, por entre las cuales discurría una casta vigorosa, paciente, pronta para la pelea, ávida de subir la sinuosa montaña...

En ambas orillas la concepción casera de la política, formó los caudillajes. En ambas, un sentido humano sin historia, hizo de la vida una historia sin sentido. En una, el pueblo se formó en la llanura libre, y fué luego dominado por el poder de la ciudad, hasta tumbarlo vencido sobre su propia heredad. En la otra, la capital dominó sobre un pueblo vago e informe, como que desde los orígenes fué condenado a la servidumbre y sólo creció en la voluntad de los caciques que lo ordeñaron en los comicios electorales preparados todos en la capital. Cuando la capital que era europea en ambos, por lo menos por el espíritu, necesitaba de la campaña, iba hacia ella y reclutaba a los hombres necesarios. La tradición del hombre del campo se ahincó en su propia tierra. No tenía otra, puesto que no le habían dado otra. Sentía su tierra, a la cual estaba adherido por la fertilidad o por el sacrificio que costaba vencerla. Su tierra era el trozo reducido en el cual crecía la siembra. La tierra del otro era la vastedad alucinante y libre en la cual se movía la inmensa población vacuna. Uno lo tenía todo al alcance de su mano. El otro debía trabajarlo denodadamente. En ambos pueblos pastoriles, la ciudad ordenaba. Todo el caudal del pueblo era la llanada o la extensión arrugada de las sierras. Vivían en un nido, sin saber qué vientos corrían entre los doctores. A veces vivían, penaban y morían sin haber comprendido por qué tanto sacrificio. Pero les bastaba a unos, el bagual y la corambre, la lanza para defender la tierra y la vihuela para llorar al cielo una quejumbre impregnada

de amor y de esperanza. Al otro, el caballejo vivo y nervioso, la cantimplora de harina de trigo, el saco henchido con sus pilchas, el corvo filudo para la defensa, la cuadra de terrenito y una guitarra para que en ella punteara la hembra sus versainas de amor. Debajo del poncho temblaba el rudo corazón dominado por la ciudad a la cual llegaba de vez en cuando, sin miedo, sin temor y se acorralaba en el suburbio, junto con el guaina y la prostituta, el soldado franco y el patrón de la cantina, viejo cuatrero a veces, que había venido del campo a convertirse en caballero.

Un hombre



TENIA sobrados motivos para sentirme satisfecho y hasta alegre. Había ganado el diploma que me titulaba de abogado y autorizaba para ejercer como tal; empeño al que había vinculado esperanzas y alegrías y, sin embargo, no sentía ni satisfacción, ni contento, ni aquella sensación de libertad, desenredo, que ha de sentir una crisálida cuando se rompe la última envoltura que le impedía abrir las alas, agitar los élitros y torzos y lucir a la luz sus brillantes colores de Imago. ¡Vaya uno a saber el secreto de nuestras voliciones, el porqué a veces una realidad largamente buscada y difícilmente obtenida nos deja casi indiferentes o sin las satisfacciones o alegrías que esperábamos, y una simple ilusión nos da todo aquéllo!

Un diploma ¿qué más da? Es como un carnet que acredita identidad universitaria y no buenos o malos antecedentes; como la espada y el galón que recibe el cadete y le hace oficial. Falta saber cómo se servirán el uno de su diploma y el otro de sus armas. Así pensaba, leyendo y volviendo a leer mi flamante diploma, sin-

tiéndome ahora más ligado que antes y más perplejo, ante el problema de mis futuras actividades y su determinación. ¿Ejercería la profesión de abogado libremente o asociado a otro u otros, como es frecuente hacerlo, o me dedicaría a la carrera judicial que es honorable y asegura un buen retiro?

Creí resolver mi problema optando por la carrera judicial; empezaría por ser secretario en un juzgado, si no en la capital, en provincia. Es mejor aprender a obedecer para saber mandar, y pisando los primeros escalones se llega con más seguridad y aplomo a los últimos, me dije pensando en perogrullo.

Cuando estudiante había servido de amanuense a un distinguido abogado, y encargándome de los trajines menudos me hice familiar en los estrados judiciales, conocedor de métodos y procedimientos, argucias, macuquerías, subterfugios, triquiñuelas que fueron formándose mala idea de la abogacía. Vi que en el fondo de cada abogado hay, quiéralo o no, un tinterillo alerta y hasta un posible malvado futuro, ya que el propósito abogacil es torcer la ley en su favor o interés, y por este camino puede irse muy lejos. Pensé, entonces, que más valía evitar las tinterilladas ajenas que ejercitar las propias, desembrollar la justicia que embrollarla, y me decidí por la carrera judicial.

Me fué relativamente fácil, gracias a mis influencias de familia, obtener el puesto de secretario en un juzgado de provincia, y no vacilé en ir allá, a pesar del sacrificio que significaba abandonar mis hábitos y cariños

santiaguinos, y a sabiendas que iba a encontrar gentes nada cordiales en un medio y ambiente inferiores. No me recibirían con buena voluntad, porque llevaba una mala acción adelantada: haber atropellado derechos ajenos, no válidos ni revalizados en ejercicio, pero siempre respetables. Algunas caras agrias, descomedidas; ademanes de enojo, comentarios biliosos y siúticos, siu-tiquerías y pelambres por mayor y menor era el panorama que había resuelto encarar. Era necesario pagar el noviciado y el salto sobre muchos, y golpearme un poco para hacerme más duro, sufrido y adaptable.

Un día me dirigí a la ciudad de U, capital de provincia, con asiento de corte, con mi nombramiento de secretario en el primer juzgado. El juez me recibió indiferente y desgano; pero noté que me examinaba a hurtadillas, como examina un ser débil y marchito a otro fuerte y floreciente, sin poder disimular un rencor instintivo. Me dió la impresión de un hombre cansado antes de tiempo, de salud precaria, posiblemente un gran mañoso.

Los empleados me acogieron con reservas y tuvieron largas miradas para mi bien cortado traje y mi postura nada vulgar. Debe haberles hecho buena impresión mi modo franco y sencillo, mi andar firme y decidido como de hombre que ha practicado foot-ball, box, natación, y a quien no se puede atropellar así no más, porque se le adivina el puño recio y ágil.

Como ya tenía conocimientos de los tejes y manejes judiciales, muy luego estuve al corriente de lo que había

que hacer, y, según me pareció, mi jefe empezó a formarse buena idea de mí, desanudando un poco su reserva.

—¿Ud. ya tenía práctica de estrados? me preguntó en una ocasión; y como a mi respuesta afirmativa agregué noticias y di el nombre del abogado con quien había hecho práctica, dijo: un gran abogado es fulano.

—Tiene Ud. gran entusiasmo y voluntad por el trabajo, me dijo otra vez.

—Sí, señor.

—Es Ud. muy joven y vigoroso.

—Veinticuatro años, señor, y mi salud es desvergonzadamente buena y he practicado todos los deportes.

Poco a poco me fué abandonando algunos de sus quehaceres diarios y llegué a hacer parte de su trabajo.

—¿Ud. pertenece a la familia V?

—Sí, señor, por mi padre, y a la de H por mi madre.

—¿Qué es de Ud. el ex ministro del interior V?

—Tío.

—¿Y el juez de la suprema, H?

—Primo de mi madre.

Una mañana me mandó decir que no podría ir al juzgado, que actuara por él en lo que fuera permitido y que le hiciera el favor de llevarle personalmente el despacho a su casa, para la firma.

Fuí. Su esposa, una mujer espléndida, en cuyos ojos asomaba un temperamento apasionado, acostumbrado a dominar, me introdujo hasta el dormitorio donde estaba

mi jefe arrebuñado en un grueso pañolón. Leyó y firmó sin observaciones ni reparo.

—Muy bien, señor secretario, gracias.

—Y como hiciera yo ademán de salir, me dijo:

—No se vaya.

Y alzando la voz:

—¡Anita, venga!

Entró la señora.

—¿Ud. no conocía al señor secretario?

—A penas de vista y a la distancia.

—Salgo muy poco, señora.

Ella estuvo amabilísima, expresiva y llena de gracia. Me interrogó con curiosidad sobre mis impresiones de recién llegado, y me pareció perfectamente informada de mi procedencia familiar y hasta me pidió noticias de algunos de mis parientes.

—Comprendo que se aburrirá a morir, aquí.

—No tanto, señora, lo no conocido tiene atractivo de novedad.

—Cuando se sienta aburrido venga a visitarnos.

—Sí, venga a ésta, su casa, dijo él.

Salí de allí llevando una impresión amable. Ella era francamente codiciable y no lo ignoraba.

Les encontré en la función vermout de un biógrafo y me acerqué a saludarlos.

—No tiene por qué dejar la butaca, no está ocupada, me dijo ella una vez.

Y me quedé a su lado. Y fué para mí una sorpresa cómo vibraba, se estremecía cuando las escenas de amor

en la pantalla; cuando encendieron la luz vi sus ojos chispeantes con alza de temperatura.

Un sábado, me dijo el juez:

—Hoy es nuestro aniversario de matrimonio y tendremos invitados a comer en casa. Anita y yo contamos con que Ud. nos hará el honor de acompañarnos.

Eramos doce los comensales. Tres ministros de la corte y sus esposas, el otro juez y esposa, los dueños de casa, una hija de uno de los ministros y yo.

Comimos bien, bebimos bueno, charlamos alegremente.

Se hizo un rato de música, cantaba agradablemente la esposa del juez colega, aunque su voz no era de volumen, y bailamos al son de una victrola.

—¿Baila Ud. tango? me dijo Anita.

—Sí, un poco.

—Yo también.

Colocó un disco y empezamos. Bailaba ella muy bien, con mucha expresión y contacto felino, disimulado en elegancia y novedad, y yo me esmeré en no quedar mal.

—Es Ud. maestra, le dije.

—Con un compañero como Ud. resulta fácil... Oiga: los sábados de seis a nueve tiene mi marido un partido de bridge aquí en casa... Venga Ud. y mientras ellos juegan ejercitamos el tango.

Y me miró de un modo intencionado.

—No sé si debo.

—Sí, venga, lo espero.

Fuí. La sentía vibrante, cálida, abandonada en mis

brazos y cada vez fué más expresiva su actitud. No podía engañarme en una ilusión de mi amor propio y vanidad de hombre; aquella espléndida mujer se me ofrecía, se me daba... ¿Y el marido? Noté, a veces, que nos seguía con la mirada y el gesto resignado.

Aquéllo era para reflexionar y ponerse en guardia; pero todas mis reflexiones y propósitos quedaban en nada ante la tentación tan viva y repetida. No se podría, impunemente, seguir aquel juego peligroso y agradable, y traté de reprimirme, pero me resultó contraproducente, porque Anita, exasperada, hizo más claros sus propósitos y mayor el peligro de ser notado.

¿Qué clase de mujer era aquélla? No me importaba saberlo, ni lo necesitaba ante la realidad de sus atractivos. Sabía ya demasiado para el deseo joven, viril, imperativo, para mi tentación viva y alerta y hasta para mi vanidad de macho.

El sábado, en la hora crepuscular, llegué hasta su casa, y antes que tocara el timbre se abrió suavemente la mampara y me recibió Anita con gesto de silencio. Me hizo entrar en una salita sin alumbrar y tomándome las manos me dijo con voz suavísima de ruego: ¡Que no me ve que estoy loca por Ud. desde que lo conocí!... ¿No le gusto? Dígamelo...

—Sí, Anita, me encanta Ud., pero...

—No hay pero que valga. Si le gusto aquí me tiene. Y se echó en mis brazos ofreciéndome su boca en un beso interminable.

—Ahora váyase y vuelva en cinco minutos mas, pero nada más que cinco.

Sali. El aire fresco me calmó un tanto y francamente pensé no volver, pero una fuerza superior a mi voluntad me llevó de nuevo allí.

—Creíamos que ya no vendría, que le había cansado esto de seguir la partida de juego.

—No, Anita, cada vez me interesa más y deseo aprenderlo, para cuando falte alguno de los de la partida poderle reemplazar.

—Muy bien, dijo el marido, así tendremos un compañero que no fallará.

Me dejaron a comer, y Anita estuvo encantadora, llena de tacto y discreción y más bella que nunca.

—¿Y qué piensa hacer mañana domingo? ¿Alguna excursión en auto?

—No, Anita; toda la mañana la ocuparé en casa, en ordenar un expediente que urge.

—Ah! sí, dijo el marido, el que veremos el lunes, la partición H.

—Sí, señor.

—Pero puede hacerlo a primera hora el lunes.

—Prefiero mañana, con más tiempo.

—¿Y en la tarde? dijo ella.

—Tal vez haga una excursión en auto.

—Puede ser que nos encontremos. Nosotros también iremos de paseo.

No hacía media hora, aquella mañana, que estaba

examinando mis papeles, cuando oí golpes discretos en la puerta de mi escritorio. Abrí, y mi sorpresa fué grande viendo que era Anita. Entró, cerrando ella misma.

Se quitó los guantes, el sombrero, el maletín y se echó en mis brazos murmurando:

—Ya no pude más, aquí me tiene, suya, suya...

Salió dos horas más tarde, dejándome sorprendido de su audacia y cierto de que todos mis buenos propósitos habían sido ahogados bajo la presión de sus lindas manos y de sus brazos hermosísimos, y todas mis protestas sorbidas por sus besos.

Desde aquel día mi vida fué una embriaguez deliciosa con malos momentos a veces, motivados por la vehemencia de Anita, que llegaba hasta la temeridad. Multiplicaba las ocasiones de juntarnos, con o sin conciencia del peligro, dándome inesperadas sorpresas, alarmas y temores. Pero, era tan encantadora e insaciable su sed de amor...

Si era conocida nuestra aventura en la ciudad o la sospechaba el marido, y al fin había de reventar en escándalo y tragedia, me tenía sin mayor cuidado: lo que fuera, lo que tenía que ser! El tiempo que estaba viviendo era tan embriagador que bien valía y compensaría todo el mal posible futuro. Había logrado que Anita disimulara y yo me había cambiado en un perfecto hipócrita, tanto que llegué hasta fingirme interesado por una graciosa joven de la sociedad, y con esta estratagema nos sentimos más seguros y confiados.

Una tarde después de largo y fatigoso comparendo judicial, salimos con el juez a tomar un poco de aire fresco. Empezaba a anochecer.

—¿Hasta dónde va Ud., secretario?

—Le acompañaré, señor.

—Vamos hasta su casa, le dejaré allí.

—No, señor, yo le dejaré en la suya.

—Gracias, otra vez será.

Seguimos. No sé qué extraño presentimiento me advertía que iba a ocurrir algo, y guardé silencio, en espera. No podía ver el rostro de mi jefe ni buscar en sus ojos, ni en su gesto alguna indicación de lo que presentía. El me hablaba como de costumbre: deferente, reposado y, poco a poco, se fué borrando en mí la impresión sospechosa.

Llegamos hasta mi casa.

—¿Quiere entrar, señor?

—Sí, voy a entrar, tengo que hablarle. . .

Una vibración corrió por mi cuerpo, no de miedo, por cierto: mi superioridad física no lo consentía.

Le ofrecí un blando sillón.

—Gracias.

Y sentándose, quedó en silencio algunos minutos, y luego empezó con acento grave, emocionado, sin la menor violencia:

—Ud. no podrá jamás darse cuenta de cuánto me ha costado llegar a esta resolución de hablar a Ud. . . . Cuánto he meditado y luchado contra mi razón y sen-

sibilidad antes de hacerlo. . . Sé que es Ud. inteligente, comprensivo y caballero, y esto me animó. ¿Cree Ud. que ignoro las relaciones de mi esposa y Ud? Las conocí antes que Ud., porque las presentí, las calculé, las esperé desde el momento que le vi llegar vigoroso y joven. Sé que existen, y hasta podría decirle cómo se han producido: fué mi esposa quien las provocó, la iniciadora en la tentación y en los primeros actos. Se ofreció y se dió sin que Ud. lo solicitara. Le obligó a tomarla, viniendo audazmente a buscarle aquí a su propia casa, y Ud., al fin hombre, aceptó a la mujer bella y apasionada. Fué así, tuvo que ser así, porque mi mujer es una pobrecita enferma que la hace insaciable e irresponsable de conciencia; y como yo estoy ya viejo. . . cansado. . . Yo era como Ud. apenas hace dos años, fuerte, viril. Soy, ahora una sombra. Debilitamiento, me ha dicho el doctor.

Esto que pasa con Ud. se habría producido con otro, fatalmente, y nada lo hubiera podido impedir; y yo, el marido ofendido, que lo sé todo, celebro que haya sido Ud. el elegido por mi esposa y le ruego que no la abandone y también que disimulen, para que no me entreguen a la befa ni al ridículo público que no merezco.

Y enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas. . .

Tan intensa fué la emoción que me produjo sus palabras y su actitud, que quedé como atontado, sin saber qué decir y hacer. Me hubiese echado a sus plantas como un esclavo. Poco a poco fué calmándose, se puso

de pie y me tendió la mano en ademán de despedida. No creo que volveré a vivir horas de más intensa emoción que aquéllas, ni a pasar una noche más larga de insomnio, de cavar y cavar más hondo en la enorme miseria de la vida, ni de repetir una pregunta más angustiosa: ¿Qué haré? ¿Qué debo hacer?

Esquema de la cultura indo-americana

DE acuerdo con las tendencias sociales y políticas, la cultura—y la literatura, una de sus manifestaciones señeras—tiende irresistiblemente a convertirse en ecuménica. Del provincialismo intransigente y sordo, se evoluciona a panorama abierto y luminoso.

Charles Lalo, esteta y conservador, afirma que las fronteras artísticas se derrumban sin remedio. No obstante, nunca se han erizado más de localismos y regionalismos el arte, la economía y la política. Lo ecuménico es el blanco, pero las trincheras varían. Se sabe donde será la cita final y para ello cada cruzor traza su propia pista. Si es verdad que el mundo tiende a ser uno, es una aspiración y un solo problema, cierto es también que los caminos se multiplican. Nunca ha sido más profunda la tendencia regionalista literaria, pero nunca surgió el hombre más íntegro, redonda y limpiamente al arte. Se sabe ya que el gran error de antaño residió en generalizar previamente, sin atender a

discrepancias reales y, concretas. Hoy vamos a la unificación, pero cuidando de dar a la disparidad el auténtico valor que le corresponde. De ahí que cuando se habla de una *Cultura Americana*, anticipadamente contamos con que hay, a modo de ingredientes, cultura saxoamericana, mexicana, cubana, colombiana, peruana, argentina, chilena, uruguaya, etc. Y la única forma de orquestar tan variados instrumentos consiste en respetar su individualidad, captando su coincidencia y su destino común. Un acento uniforme los une. Ello basta para darles relieve personal. Lo que da vida a la cultura europea es justamente la coexistencia de culturas dispares. Una sinfonía no nace de acordar una sola clase de instrumentos, sino, al revés, de su mayor disimilitud. Con sólo clarines se tendrá una banda de guerra y se podrá atacar los sones simples de la diana, el zafarrancho, y la «general». Requiere más instrumentos para sinfonizar. Nuestra sinfonía surge, así, de nuestras propias desarmonías. Son éstas más que nada, las que definen nuestra personalidad continental.

La crítica ochecentista pecó de simplismo exagerado. Vió en el idioma un nexo tal que hacía imposible la divergencia. Con aquel criterio lingüístico, la cultura inglesa no se diferenciaría nada de la saxoamericana, y, lógicamente, la cultura americana no es sino una provincia de la cultura española. Desde luego, ni siquiera repararon aquellos filólogos y gramáticos trocados en críticos literarios, que el idioma se iba encrespando y erizando de criollismos, indigenismos, barbarismos, en

nuestra América. Bajo un avatar inquisitoria y colonialesco, imaginaron que, por un mandato académico, los americanos íbamos a suprimir de nuestra sensibilidad—la palabra es concreción de sentimientos y sensaciones—expresiones cabales. Desde que sentíamos de diverso modo y en distinto grado a España, nuestra expresión debía ser otra. Pero Menéndez y Pelayo y, con él, don Juan Valera, y Rubio y Lluch, y toda la falange de faros de la España fin-de-siglo, imaginaron nuestra Literatura como un retazo de la española. De ahí que don Marcelino creyera posible escribir una «Historia de la Literatura Hispanoamericana» desde Madrid, sin haber aspirado el perfume de nuestras selvas, sin haber saboreado nuestras chirimoyas aromosas, nuestros aguacates succulentos, nuestros plátanos capitosos, nuestros lascivos mameyes; sin haber mecido la vista al compás ofidiano de una mulata, ni haberse encrespado al áspero y cálido olor de una negra antillana, ni olvidado la «soleá» y la «petenera» ante la rumba sensual, el danzón lánguido, el enroscante tango, la cueca viril o la repiqueteadora marinera; sin haber conocido nuestras selvas; sin haber entrevisto nuestro Caribe, nuestro Pacífico; sin sospechar el auténtico valor del indio, colorista experto y entristecido de todas las horas; sin haber espectado nuestras luchas políticas, nuestras discusiones bizantinas, ni conocer la grandilocuencia tropical de tanto papagayo humano. Tomaba don Marcelino la Literatura como un juego de ajedrez. Racionalista, gran memoria

razonadora, descartaba la vida en cuanto vida misma, considerándola tan sola como espejo intelectualista. Y de ahí que su tarea, en este aspecto, fué la misma que en todos los demás de su obra gigantesca y solemne: acopiar materiales. Su esfuerzo constituye un preámbulo gigantesco para arquitectos e intérpretes del futuro. Alalista eximio, sus síntesis carecieron de parquedad. Avaro del dato, jamás quiso sacrificar alguno, por eso no pudo ver la personalidad de nuestra cultura. Demasiado cercano al objeto, sólo alcanzó a distinguir los árboles, pero rara vez el bosque. Miopía de erudito heroico y sacrificando en una tarea ímproba que habremos de agradecer y admirar perennemente, pero de cuyas conclusiones no siempre es malo mostrarse desconfiado y a la ofensiva.

Las llamadas «historias» de la literatura, ideas y artes americanas han carecido, pues, hasta ahora, de sentido panorámico. El particularismo, el eruditismo, han sido los grandes males de los estudiosos indoamericanos. Sin el método saxoamericano, han rebelado, sin embargo, gran vocación a los catálogos. No han podido constituir un perfecto «Kardex» de nuestra cultura, pero, sí al menos, cierta clasificación doméstica, de orden alfabético, que ya es un indicio y un camino. Grandes colecciones de nombres, títulos de obras, fechas, biografías, comentarios parciales: ello no es historia. Para que esta palabra tenga sentido concreto, requiere ciertas coordenadas, ciertas relaciones, ciertas líneas paralelas y concéntricas; una geometría intelectual, vital. Marcos

nuestros, acaso, no; pero, sí, realidad nuestra. El gran error ha sido, frecuentemente, ingenua manera de dar paso a un contrabando absurdo. Los saxoamericanos nos dan ya, a pesar de haberse incorporado después que nosotros a la literatura, nos dan ya un ejemplo de sistematización y ciencia. La disciplina con que enfocan el fenómeno cultural, relacionándolo con todos los otros, es clara. Sin exclusivamente el método mesológico de Taine, ni exclusivamente el materialista de Plejanov y Marx, ni el meramente intelectual de Brunetière, ni el personalista de Carlyle y Emerson; los críticos saxoamericanos realizan obra de cooperación—primer dato nuevo—y enfocan el problema desde todos los ángulos. Como ejemplo podría citar la «*History of American Literature*» (4 volúmenes), editada por Putman's Sons, y de la que son autores, entre otros, Williams Trent, John Erskine, Miss Putman, etc.

Con la América Hispana ocurre algo distinto. Y hasta críticos extranjeros, como Max Daireaux, francés, en su «*Panorama de la Literatura Hispanoamericana*» y en el americano Coester en su «*Historia de la Literatura Hispanoamericana*», revelan ausencia de sentido globalista, ayunos de integralismo. Hacen desfilar muchas, muchísimas individualidades, dentro de una tabla de valores que tiene por común denominador la amistad personal o la información incompleta; y, claro, el «panorama» huye despavorido.

Por primera vez, dentro de un sentido amplio—y

conste que recuerdo a Vicente G. Quesada, eruditesco también—han tratado de interpretar nuestra cultura dos autores de hoy: Ricardo Rojas y José Vasconcelos. «Eurindia» e «Indología» constituyen, sin duda alguna, un intento de explicación sintética del fenómeno americano. Los dos pretenden rastrear los fundamentos de nuestra personalidad continental. Según Rojas, América es la coalición de dos elementos: europeo e indígena se explica la prescindencia del negro en un argentino, a pesar de que el tango evoca al Africa, pero ello implica condenar al olvido a todas las Antillas y aun más. Luego este concepto étnico no comprende el fenómeno africano que entraña en parte la influencia andaluza. Tampoco da beligerancia a otras modificaciones menos substantivas, pero evidentes. Sin llegar a las bárbaras denominaciones predilectas de Francisco García Calderón,—como llamar «indosfrosinoibero» al Perú—la de Rojas es demasiado simple. Vasconcelos mira el problema desde ángulo distinto. El mestizo de Rojas se convierte en el autóctono de Vasconcelos. Pero, indio no tiene para éste un puro significado racial. Así como para la gente nueva de América quiere decir «explotado», para Vasconcelos, indio es el criollo auténtico, por ejemplo, el Inca Garcilaso. Se trata de un concepto histórico, no migratorio, pero sí, social. Y bien: Rojas y Vasconcelos intentan ya una metafísica y una estética de lo americano; el segundo, coincidiendo con apreciaciones del primero, afirma, por ejemplo, que una de las características del indígena azteca—y hay que pro-

longarlo al maya y al quechua—es el decorativismo. Entramos con esa aseveración en el terreno de las explicaciones valederas.

Los indígenas, como todo pueblo primitivo de cierto refinamiento, fueron eminentemente decorativos. Los colonos americanos, también. Pero, el indígena tuvo un decorativismo plástico, en tanto que el colono lo tuvo conceptual. El indígena juega con los colores, las formas, los matices, en su inmensa alfarería y cerámica; el colono juega con los vocablos, los conceptos, retorciéndolos, haciendo de ellos jeroglíficos, charadas, acrósticos, logogrifos. La decoración indígena engendra un arte; la colonia un sofisma. Porque es decoración de verdad, o rebozo de ella la supuesta veraz premisa, y la escolástica significa lujo de revoque mentales. Considerar la forma de los objetos—morfología, color—o sólo la forma del pensamiento, son dos maneras de ser formalista, amanerado; mas, en la primera forma se produce un arte auténtico, mientras que, en la segunda una verdad adulterada.

Posteriormente, el romanticismo americano no avanzó ni varió mucho sobre el decorativismo indígena y colonial. A la fórmula plástica del aborigen—única bien adecuada, puesto que plástica y forma se combalidan—sucedió la fórmula retórica del Coloniaje, fórmula sofística, y a ésta la fórmula heroica o heroizante de los románticos. Engolaron la voz, combaron el pecho, trazaron majestuoso gesto con el brazo en alto, y, dentro de esta mímica de actor, el romántico fingió avideces

inacabables. Bolívar impreca a las fuerzas ocultas, con mesiánico gesto teatral en su «Delirio del Chimborazo», y Olmedo se encrespa o hincha para cantar «A la Victoria de Junín», en donde se inicia el romanticismo.

Con todo, antes de proseguir, es indispensable fijar ciertos alcances. El charadismo colonial suele ser motejado, irreverentemente, de «gongorismo». Nunca hubo mayor traición a don Luis que la cometida por sus pretensos discípulos hispanoamericanos. Del Góngora alquitarado y sutilísimo quedó, para tales imitadores, sólo lo más externo de su indumento. Tomaron excrecencia por esencia, y adjetivo por sustantivo: hipérbaton mental, carente de la elegancia y la intención del hipérbaton idiomático. En todo caso, un volatín, fórmula de la cabriola, Cabriola, o sea retozo natural; volatín, retozo circense adiestrado. América practicó el decorativismo. La fórmula se irguió, señera: batuta de una sinfonía tropical.


Enrique Azcoaga

ESE IR Y VOLVER. . .

(Arturo Serrano Plaja)

Enrique Azcoaga, director de «Hoja Literaria», revista de las más modernas de España, nos ha enviado esta colaboración sobre el poeta Serrano Plaja. Lo agradecemos. Nuestros lectores encontrarán en ella intención crítica, viveza de estilo, un don nuevo de comprender y realzar las corrientes de la nueva poesía española.—(N. de la D.)

I

 **T**ODOS los que se han esforzado por analizar las diferencias fundamentales que separan los grupos literarios, no han parado mientes en el modo de quedarse en los versos el poeta. No se han preocupado de la esencia entre líneas. Y en las líneas y fuera de las líneas. De lo que en unos poetas es esencia, en otros tránsito y en otros aire. No creyendo por eso que han diferenciado fundamentalmente las esenciales diferencias que han hecho ser, en España por ejemplo, los diferentes grupos de poetas.

Frente a un libro y frente a un poeta diferente, nos situamos hoy. Frente a «Sombra indecisa» y a Arturo Serrano Plaja. Dispuestos a subrayar bondades y virtudes, olvidos y defectos, de un poeta nuevo, auténticamente nuevo, nos encontramos. No representante, mas sí exponente de una generación que mina vivificando la esencialidad literaria española.

Con la poesía que este poeta da, logramos un tercer grupo. No podemos olvidarnos del que tras de los dos astros inolvidables, dió un acentuado sentido a la lírica en España. Tampoco del que siendo más aquéllos, que poetas de hoy, marcaron un grupo interesante y transitorio en la producción poética. Pero necesitamos una nueva medida para la esencia de esta agrupación. De la agrupación a que, sin duda, pertenece Arturo Serrano Plaja.

Los primeros, dieron todo entre líneas. Sin estar, estaban en sus versos. Sin hablar, en los silencios lineales hablaban. Fueron los que en mallas fundamentalmente metafóricas dejaron pendientes sus esenciales lágrimas. Los segundos, casi hablaban y casi vivían en los versos, plenos. Les faltaba muy poco para monologear y no mucho para verter en sus formas su apenado, incompleto y trágico monólogo. Hasta los terceros. Hasta los que dicen suyo a Arturo Serrano Plaja. Hasta los que en las líneas culminan. Sin hacer más que culminar. Sin hacer más que apuntarse. Apuntarse, los que apuntarse pueden, en este grupo tercero que hoy se encuentra en algo más que la adolescencia.

Los primeros y segundos, decreciendo hasta los segundos, de los primeros, se concretaban por su especial sentido de la metáfora. Analizando los defectos (así creemos medir los grupos) de aquéllos, observamos su esencial característica negativa: no partir el poeta de su sublimación.

Creyeron que la metáfora era sublimación. Que en la metáfora el poeta se sublimaba. Y muchas veces pudieron confundirse con algún que otro metafórico malabarista. Pues lo único que resolvían en su defecto eran problemas metafóricos, no poéticos problemas.

Es preciso la llegada de poetas como Arturo Serrano Plaja. De poetas nuevos, ante los que sin enmascararnos con la careta de «los mejores», sino tildándolos con la simpática bienvenida de aprendices, podemos observar defecto tan primordial. Para comprender—por comprenderlo ellos así—la metáfora de otro modo. Para empezar a estimar la forma, en una desestimación.

Así como los primeros quedaron virtualmente entre líneas, y los segundos medianamente en sus líneas se entregaron, Arturo Serrano Plaja, se da y conserva. Culmina en sus poéticos renglones y en su esencial desarrollo vital. La poesía en este poeta pasa a dar señal de una vida intensa. No es en ella la metáfora lo que sublima. Es la metáfora levemente, en su verdadero papel auxiliar, la que hace estancia sublime la sublimación. Permanente el éxtasis poético. Siendo la verdad en lugar, verdad poéticamente eterna.

En su poética, Arturo Serrano Plaja, ha podido

dejar de tender. Y a ascender ha empezado. Para ello no ha conseguido ni querido ascender en virtud de las metáforas. Se ha convencido que no en nuestra ascensión, sino de nuestra ascensión es la metáfora auxilio. Y ha acordado, mediante la metáfora, intuir su seguridad, en una escama coloreada. Decidiéndose a clavar con algunas metáforas su congoja en el cielo. Y no complementarla con metáforas joyantemente.

En sus mejores momentos dirá:

Presagio en flor,
segura y cálida promesa,
ten el heroico valor de no cumplirte.

Que tus versos sean, a lo sumo,
historia creadora,
imposibles datos verdaderos
de ti como su alma insospechada,
y su ingenuo brote
incierto, ya inefable,
marcará traslúcido su ritmo.

Tu obra está en ti,
puro regazo de bondad que da y mata,
generosa invención
que te impide ser un buen poeta.

Enseñándonos como en su congoja, ese ir y volver de palomas al cielo, existen los afluentes. Como el perfume de un astro y la luz de una flor hacen amplio su cauce.

Pero, como en su angustia, no hay derivaciones, por señalarse en escasas palabras. Por indicarse en el verso, en el hombre tan amplia.

Si las metáforas brillan en Plaja, brillan ordenadas. La angustia ha sabido para manifestarse en cada momento darlas puesto. Ordenarlas. Porque el poeta acongojado en el final de su congoja, sabe dónde clavar y hacer fluir la metáfora. Lo que no sabe, es cuándo. Ni la aportación que ellas harán al río poético.

Pero en Arturo Serrano Plaja, la forma, lo metafórico se olvida de adiccionar. La emoción no se diluye en sumandos metafóricos. La emoción en sus versos se perfila, se precisa. Quizá porque él ha visto en su grupo que la metáfora debe terminar de sumar. Y empezar a multiplicar la congoja intensamente.

II

Desde el momento que la poesía señala rigurosamente la evolución del poeta, intentemos poner, donde propósito, actitud. Situación, donde intención. Allí donde el deseo moldeaba unos versos, los versos modulando una inflexión poética. Cambiando el metro hecho para poetas, por el que para él mismo nos otorga Arturo Serrano Plaja.

¿Podemos, ante Plaja, plantear de igual modo que ante otros el comentario? ¿Podemos, frente a Plaja, sopesar deseo y realización? ¿Deducir como en tantos de un logro, la intención creadora?

En el poeta frecuente, el propósito se corona en una acción poética. Los versos en él hablan constantemente del propósito. Registrando sus etapas. Constatando sus desvelos. Mientras que en Arturo Serrano Plaja, la actitud se corona en la culminación de la actitud. Mientras que en Plaja, el propósito no existe. Pues no se propuso el autor de «Sombra indecisa» decirnos ésto o aquéllo. No se propuso decir nada. El tenía, para disminuir en sí y hacer fuera de sí su congoja, que subrayar, limitar, circunscribir su angustia. Resultando los guiones que en su libro nos muestra. Unos compactos. Otros deslabazados. Que así subrayó su afán incierto. Que así intencionadamente concretó su sombra indecisa.

No se propuso, Plaja, decir, porque Plaja no buscó. En cada verso se sabía poseedor de una potencialidad poética ignorada. Cada verso concretaba sus amplios contornos borrosos. Y lo que él pudo creer encuentro no lo fué. Allí estaba, más que para encontrarlo, para que el poeta en la sorpresa del encuentro, sin buscarlo, hiciera como que lo buscó.

Serrano Plaja, iba a encontrarse. Primeramente encontrado, pensó sublimemente en el verso encontrarse de nuevo: y surgió el poeta. El poeta que iba a encontrarse lleno de encuentro. Tan lleno de encuentro, que el encuentro lírico para Plaja es sólo confirmación de su seguridad encontrada.

Pero el poeta tenía en su incertidumbre que dar ejemplo de seguridad. El poeta había de marchar seguramente incierto. Necesitaba un ritmo más que un tono,

puesto que poseía un acento. Le urgía un lento y misterioso compás.

No iba a tardar en hallarlo. Porque como todo en Plaja es exposición de una seguridad, el ritmo no lo había de encontrar en el latir de una estrella, en el perfume de la flor o en la tibieza de un ave. En éstos, sólo se concretaba plenamente segura la seguridad de su reencuentro. Sino que su propia incertidumbre afanosa, se decidió ritmo periódico de su afán. Y todo, en Plaja, entonces se Hermanó en el misterio. En ese misterio limpio, culminar de Plaja. En esa tristeza cálida, que sin hacer fúnebre preocupa su realidad poética. En donde incertidumbre, temblor y latido se fundieron.

Entonces, Plaja, no había de apercibirse del asombro. El no podía asombrar a su angustia frente a sus problemas. El tenía que dignificar la sorpresa poética. Y en la segunda parte de su libro, principalmente, la ingenuidad misteriosa de este poeta, su blancura angustiada, llegar a asombrarse de su propio asombro.

Por eso en su plenitud, Plaja, llega a asombrarse de la luz de las flores y del aroma incierto de los astros. Porque en su plenitud que sin conocerse se reconoce, poesía es juego que aprecia las esencias con el sentido que menos corresponde. Y tan alta se eleva su congoja, que las estrellas advierten su alma. Que las metáforas que esta sublimación apuntan, saben su sitio y no saben su sino.

Como el poeta. Porque ¿sabe su sino el poeta? Por el contrario. Lo que sabe es que no sabe su sino, y lo

sabe tan fijo, tan seguro está en cada plenitud de no saber su próximo marchar, que la sombra adquiere luz en sus versos misteriosos, porque la congoja—lo incierto—adquiere, en Plaja, auténtica seguridad. Una seguridad no metafórica. Que la seguridad de Plaja, sólo la indica el verso y la metáfora, más que inseguros, incompletos, desde el momento que en su indicación, son complemento de una congoja no opaca. No opaca, por no metafórica. Pues una congoja metafórica es siempre opaca, Y sólo transparente cuando por todas las metáforas no es diferente, sino a sí. Como es.

Por lo dicho, cuando el poeta clava en el cielo su angustia, no ilustra el cielo como un nuevo color, no ilustra nuestro poético mundo visible. No hace que a su través nos resulte el cielo, sino que en la integración de su vértice esencial, se pliegue más azul. Puesto que Plaja sabe que toda poesía que descompone, que bifurca—aunque sea metafóricamente—no es «ir y volver». Que ir y volver es conjuntar. Y la que conjunta, la que la verdad sitúa exacta, es la poesía.

Que por eso los renglones de Plaja, son positivos poéticamente: porque están—indicándola viva en el poeta—hasta sobre la verdad.

III

Debajo de cada poema de este poeta, un profundo misterio, como hemos dicho, late. Indiscutiblemente. Componiendo acento y tono. Aunque leyendo el verso,

la indicación de su congoja, el misterio no veamos sin embargo. ¿Por qué hay algo impuesto entre el verso y su misterio?

Porqué está impuesto él. Entre Arturo Serrano Plaja en pregunta, en sombra indecisa y la dignificación de esa su acongojada pregunta eterna, está Arturo Serrano Plaja. Unas veces, eligiendo sus versos. Otras no sabiendo librarse en los versos de las preguntas que los versos indefectiblemente hacen. Siempre él, logrando allí e indeciso acá.

El imperfecto conjunto de sus versos, como corresponde a la imperfecta situación de Plaja, es por ello exposición fiel de leal congoja. Nada le hubiera costado a Plaja, decidirse por sus preguntas. Nada le hubiera costado a Plaja, decidirse por sus versos. Pero es que, Arturo Serrano Plaja diferenció. Y no supo—algunas veces fué su defecto—si caer en la verdad, o volar de esa verdad en la que previamente había de sentirse caído.

Una mínima cantidad en Plaja, decidió caer en la verdad. Marcan esta cantidad los versos más verdaderos del poeta. Aquellos en los que no hay apenas más que verdad. Aquellos en los que el verso casi no interesa.

Pero es en ésta donde el verso no cumple su principal papel y el poeta levemente—no gravemente a fuerza de ser poeta—falla. Es en ésta donde el verso no indica nada y da la verdad. Una verdad no madurada-

mente trágica todavía. Misteriosa. Y no resuelta misteriosamente. Con misterio y poesía.

En esta parte, Plaja casi no invita. Casi no comunica ni atrae. Y es que en ella adquirió para sí todos los lugares. En esta parte Plaja, no nos hace partícipes de su congoja. Hay más que buscarla, atraparla. Podemos saberla nosotros, pero no todos los que como nosotros por Plaja se interesen. Y es preciso que triunfe la otra, aquélla en que el poeta se siente con su verdad en el aire. Para que el libro marque su rumbo positivo. Aquella en la que claro el poeta ve. Y en la que redimirse es caer en la verdad, mientras que redimirse poéticamente es caer y volar con la verdad a nuestra alma afecta.

En esta parte del libro un misterio no misterioso nos llena. Por un ardid formal. Por un imaginativo tic. Por un profundo dolor, amplio de un atrio acongojado. Pero en ella el poeta es contagio. Al lado del misterio como siempre, el verso existe. No como entonces, que el verso huía. Sino con forma y volumen. Pero de puro cristal, transparente. A través del que tan claro el poeta, quiere siempre un cristal que no opacifica, que hace ser y que entinta en la luz de su angustiado preguntar.

El verso entonces es verso e historia de todo lo que hasta él llega, sin contarnos más que la llegada. El verso entonces confiesa una plenitud en virtud de misteriosos antecedentes. Culminando. Que es ser en virtud de algo, que llega a hacer substancial la representación.

En la parte abundante, positiva de su libro, el poeta, no sabe, hasta qué poeta no es, su historia. Hasta que sabiendo elegir, conjunta. Hasta que decidiendo, entre misterio y verso, hermana al misterioso poeta sin versos con el verso. Y sin tenerlos, el poeta es poeta de modo notable.

(1) Es esta parte aquélla en la que la poesía, en lo trágico silencioso, en una trágica indecisión agónica, se dignifica. La parte en que el poeta, paso eterno de la angustia a su verso, es puro candor. En la que se comprende que quizá la poesía lo único que hace es incrementar el candor de la verdad.

La verdad es la misma, pero es el vuelo, la supresión de todo paso verdadero en el poeta, el tener bastante más segura su verdad sin asegurarla, lo que hace al verso candorosa y duramente exacto. Candoroso en su planteamiento. Firme en su culminación. Todo latido. Todo afán incierto. En el que el poeta sabe medirse, pues en la medida que más espera, en su candor, sabe creer casi todo inesperado.

Por este tono nos atrevemos a afirmar únicos los poemas de Plaja. El misterio en ellos—su ardiente anhelar—se hace en esta parte caliente, más vivo, ¡y tan denso! ¡Tan verdadero! Que la verdad se hace más verdad en la medida, que en la ascensión candorosa se enaltece. Y todos sus problemas—que no es aquí falsa una poesía de verdaderos problemas—elevándose

(1) Es esta parte aquella en la que el poeta parece lubricante del verso y su dolor.

quedados, estremecidos, comunicativos, y aunque ásperos por profundos, cordiales, logrando que el poeta, en la angustia, crepúsculo de su mañana siempre en brote, reuna en supuesta lágrima toda su tristeza.

Toda su tristeza en lágrimas que dan calor y forma —no cursilería— a su verso, verdadera e inaprehensible, auténtica y sin afirmarse, en vuelo, rogando al poeta rinda culto a lo que en el candor llega hondamente a resultar más ingenuo que él.

Carlos Préndez Saldías

ALAMOS NUEVOS

Del libro en prensa «Alamos Nuevos».

Hrágiles, temerosos,
hay dos álamos nuevos.

*La brisa de los montes
canta y se queda en ellos.*

*Es un verde profundo,
de hierba del platero,
esa última rama,
la más cerca del cielo;*

*y en ella se recogen
el temblor del lucero
del alba y la agonía
de la luz en los cerros.*

*Luz tranquila de tarde.
El paisaje es silencio,
y cantan sin sentido
los dos álamos nuevos.*

VERANO

Florece el quisco de los cerros;
canta la lloica en el maitén.

Hay un verde puro en los berros
de hoja que tiñe si la ven.

Grana el maíz su fruto blanco;
el segador corta la miés,
y empieza el cardo en el barranco
su espina azul a florecer.

Manchan el monte los rebaños,
y lejanías y aledaños
en luz y verde y rosicler,

dan claridad desconocida
a este paisaje de mi vida
en que echa sombra una mujer.

CUARENTA AÑOS

Sin las mujeres que he besado
no se cumpliera mi destino.

A veces noble, otras malvado
en cuarenta años de camino.

Nobleza simple, de labriego.
Y una maldad de poseído
que hace arder una boca en fuego
y le da el fuego y el olvido.

*Males de amor fueron mis daños,
y no está mi alma arrepentida.
Perdón por esos desengaños,
tristes mujeres de mi vida.*

*Amor del Cristo iluminado
fué mi virtud adolescente.
Con la alegría del pecado
perdí mi angustia de creyente.*

*Horrible paz que sólo espera,
en mis otoños de hombre fuerte,
cantar un verso que no muera
para arrancarme de la muerte.*

*Cuidé el árbol y la maleza;
cumplí en amores mi destino,
y aquí aguardo, con la tristeza
de cuarenta años de camino.*

UN OLOR DE HIERBA BUENA

Un olor de hierba buena
y una convicción de paz.
El río con luna llena
agrandada la soledad.

*Mi vida dejó su huella
que no ha de borrarse más;
un amor por cada estrella,
y siempre un beso que dar.*

Quietud sin odio ni pena.
A veces, un recordar.
¡Qué linda la luna llena
se va en el río hacia el mar!

Historias para una tertulia de personas escépticas

Dos mujeres en una



El soñador me enseñó dos pequeños retratos y me dijo:

—Obsérvelos con detenimiento, porque encierran una incógnita y quiero ver si puede usted resolverla.

Miré el primer retrato, que representaba el rostro de una joven de no más de veinte años.

Era una cara bonita y delicada, cuya pálida tez hacía más notable la negrura de los ojos y de los cabellos; una cara que expresaba la prudencia y la bondad, y cuya mirada, tan suave, tan discreta, parecía no fijarse en nada terreno.

Miré en seguida el segundo retrato, que mostraba el rostro de una señora todavía joven.

Eran sus facciones más anchas y llenas, y su tez encendida e imperfecta; el negro de los ojos y de la cabellera, quizá por esto, pasaba casi desapercibido; y la mirada y el gesto todo, aparte de no revelar delica-

deza y sí un cierto cansancio y un muy variable humor, no agradaban, le dejaban a uno indiferente.

—¿En qué consiste la incógnita?—pregunté cuando hube acabado mi examen.

—Los dos retratos—dijo el soñador—pertenecen a una misma persona, y fueron hechos con seis años de intervalo, esto es, entre los veinte y los veintiséis. Conocí a la dama en la época del primero y, tras haberla mirado unos instantes y haberla dicho unas pocas palabras, hallé en ella cualidades angelicales y me prendé como un loco. Nos separamos, y seis años más tarde nos hemos vuelto a encontrar. Pues bien: esta vez no la he mirado ni nos hemos dicho más que la otra, y, sin embargo, nada angelical vi en ella, y la dejé ir con indiferencia. . . ¿Se lo explica usted?

—Perfectamente. La dama que hace seis años le volvió loco y ahora le deja frío, no ha hecho, de entonces acá, sino vivir, y si su alma, poco o nada ha cambiado, su cuerpo ha perdido su gracia. En el primer encuentro, usted ve en ella cualidades angelicales; en el segundo, ya no las ve. Y es porque el hombre, siempre seducido, idealiza y traduce en excelencias espirituales las meras excelencias materiales de la mujer.

El soñador inclinó la cabeza.

Tristes y alegres

El hombre flaco iba horriblemente triste porque su dama le había dado su negativa.

—No podré vivir—pensaba.

El hombre gordo iba alegre y feliz porque la suya acababa de acceder.

—Conquistaré el mundo—se decía.

Y como iban en sentido contrario, no tardaron el flaco y el gordo en encontrarse.

El flaco refirió al gordo la historia de su desdicha.

A su turno, el gordo contó al flaco la novela de su conquista.

Y se separaron.

El flaco, recordando la ventura del gordo, pensó que él podía también tener éxito un día mejor; y se puso feliz.

El gordo, evocando el fracaso del flaco, pensó que él podía, cuando menos, tener también un traspies; y se volvió un pozo de amargura.

Más tarde se encontraron de nuevo el flaco y el gordo.

El flaco, que estaba ahora como unas Pascuas, dijo:

—Soy invencible.

El gordo, que se parecía a un Viernes Santo, declaró:

—La vida es una penitencia.

Y se fueron.

No tardó el flaco en preguntarse:

—¿En qué consiste, Señor, la tristeza?

Y el gordo en cavilar:

—¿Qué es, Gran Dios, esto de la alegría?

La música

Me hallaba con mi bella amiga en el café nocturno.

La orquesta tocaba una melodía profundamente triste, evocadora de algo vago y lejano.

—La vida, a veces, se me figura un drama o un castigo—suspiró mi compañera.

Más tarde oímos una marcha extraña y enérgica, plena de triunfales resonancias.

—¿No piensas tú en grandes cosas, en viajes, en aventuras. . . en algo sonado? — me preguntó la joven.

Oímos, por último, una musiquilla de salón, chillona y disparatada, cuyas notas rebotaban por las paredes.

—Quién sabe si no será lo mejor divertirse de cualquier manera, gozar y reír como unos colegiales—dijo alegremente la muchacha.

...Tarde ya, caminando por las calles desiertas, la pregunté:

—¿Qué piensas ahora de la vida?

—Me ha dado sueño—dijo; y bostezó.

La estrella descendente

El viejo novelista se puso a observar el efecto que producía su último libro.

Sus amigos exclamaban:

—¡Nunca escribiste nada mejor!

Los literatos de la prensa opinaban:

—Es una obra magistral, inimitable, sin parangón.

Bellas mujeres lloraban al leer, encantadas y enternecidas.

Y la otra gente—el gran público—devoraba el

libro, comentábalo en los salones y tomaba nota de las cosas que en él se decían.

Viendo aquéllo, el viejo novelista suspiró y se dijo para sí:

Ha comenzado mi decadencia. ¡Sea! El talento no es un don eterno.

La mujer maravillosa

Una mujer encantadora se presentó de improviso y me dijo al oído:

—Quiero ser tuya, pero sólo tuya. Haré lo que me digas. No me opondré a tus deseos. Respetaré tus convicciones y tus hábitos. No te celaré. Te seré fiel hasta la muerte. Toma desde ahora mi belleza, que durará muchos, muchos años.

—¡Ea!—dije.—O eres loca de remate, o yo estoy soñando de espaldas.

Una voz demasiado conocida me interrumpió:

—¡Señor: las ocho, el desayuno!

El hombre maravilloso

Un venerable caballero vino precipitadamente a mi encuentro, hizome un profundo saludo y me dijo:

—Excúseme usted. No le conozco, ni siquiera sé su nombre; pero, a pesar de todo, quiero ofrecerle la oportunidad de hacer un negocio brillante.

—¿Por qué razón?—hube de preguntarle.

—Pues, por ésta: me parece usted simpático, sencillo, discreto.

—¿Es esto suficiente?

—¿Por qué no ha de serlo? . . . ¿Por qué un hombre no ha de confiar en otro hombre? ¿Por qué no ha de creer en su bondad, en su honradez, en su discreción? ¿Y por qué no ha de poder manifestárselo, ofreciéndole, además, la posibilidad de beneficiarse? . . . ¡Me resulta usted simpatiquísimo, y yo quiero que obtenga una pingüe ganancia!

Pero no tuvo tiempo de seguir ni yo de hacerle callar, pues una pareja de funcionarios que llegaban a la carrera, le sujetaron y le redujeron.

—Es un enfermo, y se había salido de la clínica X. . . — me dijo uno de los funcionarios al marcharse.

¡Ah! . . . entonces no importa

Viendo que una mujer pedía auxilio desde el mar, unos bañistas partieron a socorrerla.

Nadaban con inaudito vigor, en la esperanza de salvar la vida a una joven linda, amable, soñadora.

Lucharon, se esforzaron hasta el heroísmo; pero . . .

La infortunada sucumbió antes de que llegasen a ella.

Los bañistas cayeron en el espanto y la desesperación: uno se mesaba los cabellos, otro alzaba los puños; éste juraba, el de más allá se rompía el saco.

De pronto, aquél que había llegado más cerca de la mujer, dijo:

—¡Estuve a tres brazadas de la infeliz! Le vi la cara. ¡Era tuerta!

Los otros se serenaron al instante.

Palabras de un millonario

En mitad de la fiesta, entre el rumor de la música y el vapor del vino, el millonario me habló así:

—Ignoro ya a cuánto ascienden mis millones... En una ocasión, viajando en aeroplano, éste se vino a tierra envuelto en llamas, y yo escapé con ayuda de Dios y del paracaídas. Desde entonces, estas personas íntimas a quienes festejo esta noche en mi palacio, suelen decirme que los accidentes aéreos son en realidad muy escasos, y agregan que un hombre como yo, dueño de tan vastos negocios, debiera servirse con más frecuencia del aeroplano.

Mis compatriotas

Un día enseñé a un grupo de caballeros un cuadro que representaba un árbol solitario.

—Lo ha pintado un amigo, muchacho que es toda una promesa—les dije.

Los caballeros miraron fugazmente la tela y convinieron en que la obrita estaba bien, si se consideraba que era hecha por un novicio.

—¡Atención!—rectifiqué. —No hay tal muchacho. Vean, aquí, la firma del autor: ¡Corot, francés!

Los caballeros examinaron el árbol con gran detenimiento, y acabaron declarando que constituía un trabajo admirable.

Juan Uribe Echevarría

Política y filósofos



OSWALD Spengler es sin duda uno de los pensadores alemanes contemporáneos que más interés despierta en los públicos de habla española. Nadie le supera en esa línea del pensamiento paradójico y dogmático, pero agudo y apasionante, cuyo maestro fué Federico Nietzsche.

Spengler baja en su última obra (1) de ese magnífico sitio en que se había colocado para apreciar los hechos culturales del pasado y vaticinar los del porvenir, a un terreno más periodístico y vital, pero también más peligroso. Es la misma trayectoria que sigue Kayserling de su «Mundo que nace» a «Europa (Imagen espectral de un continente)» y «Meditaciones sudamericanas».

Ese continuo asomarse a todo—la filosofía y la historia, el arte y la política—y en este caso hasta de actuar directamente, tiene en José Ortega y Gasset un exponente bien conocido. También en el pensador español se puede apreciar una parecida evolución que va de «El tema de nuestro tiempo» a «La rebelión de las masas» y las cinco o seis obras que ha escrito últimamente sobre la política española y europea. Por

(1) «Años de Decisión», de Oswald Spengler. Traducción de Luisa Frey Gabler. Editorial Ercilla, 1934.

otra parte, «España invertebrada» y «Años de decisión», presentan la misma tendencia a corregir la marcha histórica de un pueblo. Sin embargo, Ortega y Gasset se permite decir lo siguiente:

«Para que la filosofía impere, basta con que la haya; es decir, con que los filósofos sean filósofos. Desde hace casi una centuria, los filósofos son todo, menos que eso—son políticos, son pedagogos, son literatos o son hombres de ciencia. «(La Rebelión de las masas», pág. 142).

Spengler escribe como siempre, en su último libro, sobre y para toda la humanidad, pero muy especialmente para Alemania. A su obra no le vendría mal el título de la de Fichte: «Discursos a la nación alemana».

Muchos sostienen que Spengler ha escrito este libro influenciado por los nazis y su movimiento; pero no es el duro pensador alemán de los que se dejan llevar, sino de los que pretenden influenciar directamente. En lo fundamental en que coinciden Spengler y los conductores del nacional socialismo, es en el ánimo de levantar a Alemania lo más alto que sea posible. Muchas de sus consideraciones actuales sólo son la continuación y la consecuencia de lo que ya había dicho en los últimos capítulos de su «Decadencia de Occidente». Sus opiniones actuales no son un cambio de frente. Spengler fué siempre reaccionario y quizá aún, retrógrado, como veremos más adelante, aunque muchos no lo quisieron ver así. En lo único en que ha variado, es en la alegría y temor al presentir el futuro de Alemania,

«Los acontecimientos de este año nos dan la esperanza de que podremos llegar a ser alguna vez de nuevo—como en el tiempo de Bismarck—sujeto, y

no sólo objeto de la historia. («Años de decisión», pág. 5), Alemania está en peligro. Mi temor por el destino de Alemania no ha disminuído. La victoria de Marzo fué demasiado fácil y no ha abierto los ojos de los vencedores para hacerlos apreciar las dimensiones del peligro, su origen y duración». Idem, pág. 9).

Todo el mundo blanco se derrumbará, pero por lo menos Alemania, al caer, tiene la probabilidad de cumplir el último gran rol histórico reservado a un país occidental; esta es su esperanza.

«¿Por qué es el pueblo alemán el menos gastado de todo el mundo blanco, y por qué es el que más promete para el futuro? Lo es porque su pasado político no le ha dado ocasión para despilfarrar su valiosa sangre y sus grandes condiciones. Esta es la única ventaja de nuestra miserable historia a partir de 1500. Ha economizado con nosotros». (Idem, página 152). «Alemania es el país decisivo para el mundo entero, no sólo por su situación en el límite con el Asia, que hoy día es el continente más importante para la política mundial, sino también porque los alemanes son todavía lo suficientemente jóvenes para vivir los problemas de la historia mundial, para formarlos y decidirlos; mientras que otros pueblos se han puesto demasiado viejos y rígidos y no podrán tomar otra actitud que la defensa». (Idem, pág. 9).

Pensando en Alemania, Spengler se vuelve a ratos optimista y hasta levanta a medias sus profecías funerarias sobre Europa.

«Alemania no es una isla, como creen los ideólogos políticos que ven en ella el objeto para realizar sus programas. Ella sólo es una pequeña mancha en un gran mundo efervescente; pero ocupa un lugar decisivo. Ella es la única que tiene dentro de sí el hecho

real, que es el «prusianismo». Con este tesoro de modalidad ejemplar de ser, puede llegar a convertirse en la educadora del mundo «blanco», y tal vez salvarlo». (Idem, pág. 138).

«¿Es que debemos ser devorados por los acontecimientos en nuestra calidad de soñadores, entusiastas y pendencieros, y no dejar nada que con alguna grandeza dé término a nuestra historia? El juego de dados por el dominio del mundo ha comenzado, y se acabará de jugarlo entre hombres fuertes. ¿No podrá haber alemanes entre ellos?».

Su exposición ante los nazis, más que la de un complaciente, es la de un severo crítico y corrector. El ideal de Spengler sería prusianizar y aristocratizar el movimiento alemán, que después de todo es un movimiento de masas.

«Es preciso que los que actúan en el movimiento nacional tengan una visión clara. Su victoria no ha sido una victoria, porque faltaban los opositores. Fué sólo la promesa de victorias futuras que deberán ser ganadas en difícil contienda». (Idem, pág. 6).

«Precisamente, en la raza germánica, la de más fuerte voluntad que haya existido nunca, duermen todavía grandes posibilidades.

«Pero, al hablar de raza, no está considerada en el sentido que está hoy día de moda entre los antisemitas de Europa y América, esto es, en el sentido darwinista y materialista. Quien habla demasiado de la raza, ya no la tiene. No es cuestión de la raza pura, sino de la raza fuerte que posea un pueblo». (Idem, página 149).

«La legítima fidelidad al jefe—legítimamente prusiana—es lo que más hace falta en el mundo en esta época de grandes catástrofes. El conductor sólo se

apoya en algo que opone resistencia. En esto se demuestra el verdadero conductor. El que sale de la masa, tiene que saber mejor aún que la masa, que la mayoría; los partidos no son un séquito. Sólo quieren ventaja. Abandonan al que va adelante tan pronto como éste pide sacrificios. Quien piensa y siente desde la masa, nunca legará a la historia otra fama que la de demagogo. El que ha nacido para dominar, puede usarla, pero la desprecia. La lucha más difícil no es la que se libra contra el enemigo, sino contra el enjambre de los amigos demasiado sumisos». (Idem, página 138).

«El puro demagogo—Cleón, a diferencia de Pericles—es el hombre de la vanidad y la retórica. No es el «conductor» sino el «conducido», es decir, que se coloca allí donde percibe una pseudo-dirección del partido o de la masa. Busca el poder sin responsabilidad ante la colectividad». (Max Scheler, «El Héroe,» Revista de Occidente, Junio de 1933).

En esta obra Spengler, al mismo tiempo que «jalea» a Alemania mira a Europa, y la mira como propia. Spengler no sólo piensa en Alemania, sino también en Europa, pero en una Europa muy restringida. Por Europa, entiende Spengler a Alemania e Inglaterra, y, en general, el norte; el sur románico pertenece, como Sur América, a las razas de color, al enemigo. En Francia y en España el elemento germánico se ha gastado y está por desaparecer; esta es la razón que alega Spengler para negarles porvenir histórico. Para el filósofo alemán los últimos restos «vivos» de Europa son Alemania, Inglaterra e Italia. Inglaterra vive sus últimos años de esplendor histórico, e Italia será grande mientras viva Mussolini. Aunque no lo diga, es fácil concluir, leyendo «Años de decisión», que

cuando Spengler dice Europa, sólo piensa en ella en la medida que pueda ser dócil a una disciplina impuesta por los alemanes. En todo lo que la presente obra trae de preocupación por Europa, es interesante compararla con «La Rebelión de las Masas», de Ortega y Gasset. Ambos son aristocráticos y, en lo profundo, ambos desprecian a las masas. Ortega y Gasset no encuentra en España un país capaz de imponérsele a Europa, y por eso es europeo. Spengler, cuando habla de Europa, pone todo su juego a una carta: Alemania. Su actitud se resume en la frase de Bismark: «Los alemanes no tenemos, salvo a Dios, a nadie en el Mundo».

¿Cuáles son para Spengler los grandes peligros en estos años decisivos? Uno que ya no es peligro, sino que está en la cumbre de su vigor destructivo: la Revolución Mundial Blanca. Pero el gran peligro, el que tomará el anterior sólo como plataforma, es la Revolución mundial de color.

Es al apreciar los peligros que amenazan a Alemania y al mundo blanco, cuando Spengler nos da su opinión sobre todas las corrientes políticas que tratan de imponerse en Europa. El pensador alemán busca atrás, en el liberalismo, la primera trizadura de la cultura política europea. El liberalismo, tan encomiado por Ortega y Gasset (1), es para Spengler el primer paso de la «cultura» a la «civilización» en la alta política europea, y de él hace nacer todas las corrientes de vanguardia de la actualidad.

«La democracia del siglo XIX es ya bolchevismo; aunque le falta todavía el valor para llegar a sus úl-

(1) "Ideas de los castillos: Democracia y Liberalismo" ("Notas del vago estío"). Espasa. Colección Universal.

timas consecuencias. Hay sólo un paso del asalto de la Bastilla y de la guillotina fomentadora de la igualdad general, a los ideales y luchas callejeras de 1848, —el año del Manifiesto Comunista— y sólo un segundo paso de ahí al derrocamiento del zarismo constituido a la manera occidental. El bolchevismo no sólo nos amenaza, sino que ya nos domina. Su igualdad consiste en la equivalencia de pueblo y plebe; su libertad, en liberarse de la cultura y de la sociedad», (Idem, pág: 71).

«El liberalismo activo avanza, consecuentemente, desde el jacobinismo hacia el bolchevismo. Entre ambos no hay oposición de pensamiento y voluntad. Es la forma temprana y la tardía, el principio y el fin de un solo desenvolvimiento». (Idem, pág. 79).

«La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. El liberalismo—conviene hoy recordar esto—es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías, y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta». («La rebelión de las Masas», pág. 123),

Para Spengler el comunismo es una doctrina absolutamente europea y extraña, en muchos de sus aspectos fundamentales, al alma rusa. Con el comunismo Rusia vuelve a ser, en su primera etapa—que ya está terminando—tan europea como lo fué en la época de Pedro el Grande: pero, debajo de toda la teoría y la técnica que han importado del Occidente, está germinando un nacionalismo tártaro que usa de la propaganda comunista, con el objeto de destruir más pronto al odiado enemigo.

«Es característico, para la superficialidad del pensamiento «blanco», el considerar el bolchevismo como

una creación rusa, que amenaza conquistar la Europa occidental. En realidad, él ha nacido en la Europa occidental, y como consecuencia necesaria y fase última de la democracia liberal de 1770, como último triunfo del racionalismo político, esto es, de la pretensión de dominar la historia viva con sistemas e ideales de papel.» (Idem, pág. 82).

«El bolchevismo «blanco» está en vías de desaparecer rápidamente. Se mantiene la cara marxista sólo hacia afuera, para desencadenar en el Asia del sur, en el Africa, en América, la sublevación contra las potencias «blancas» y poder dirigirlas. Una nueva capa de gobernantes más asiática, ha reemplazado la de origen semi-occidental». (Idem, pág. 144).

«También el marxismo es una religión, no es la intención de su autor, pero sí de aquellos en que la han convertido sus discípulos revolucionarios. Tiene sus santos, sus apóstoles, sus mártires, sus padres de la iglesia, su biblia y su misión; tiene sus dogmas, sus juicios de herejes, su ortodoxia y escolástica, y ante todo, una moral popular, o más bien dicho, dos—una frente a los creyentes y otra frente a los infieles—como cualquiera iglesia». (Idem, pág. 92).

«Que el marxismo haya triunfado en Rusia—donde no hay industria—sería la contradicción mayor que podría sobrevenir al marxismo. Pero no hay tal contradicción, porque no hay tal triunfo, Rusia es marxista, aproximadamente, como eran romanos los tudescos del Sacro Imperio Romano». «La rebelión de las Masas», pág. 231).

En todo hecho de camoufflage histórico hay dos realidades que se superponen: Una profunda, efectiva, substancial; otra, aparente, accidental y de superficie. Así, en Moscú hay una película de ideas europeas,

—el marxismo—pensadas en Europa en vista de realidades y problemas europeos. Debajo de ella hay un pueblo, no sólo distinto como materia étnica del europeo, sino —lo que importa mucho más— de una edad diferente de la nuestra», (*Rebelión de las masas*», pág. 231).

«Yo espero un libro en que el marxismo de Stalin aparezca traducido a la historia de Rusia. Porque esto, lo que tiene de ruso, es lo que tiene de fuerte, y no lo que tiene de comunista. Rusia, porque carece aún de mandamientos, ha necesitado fingir su adhesión al principio europeo de Marx. Porque le sobra juventud, le bastó con esa ficción. El joven no necesita de razones para vivir; sólo necesita pretextos». (*«La rebelión de las masas»*, pág. 233).

«El régimen de los bolcheviques consta, como Kiptschak—el imperio de la «horda de oro» del tiempo de los mongoles—de una horda dominante, llamada el partido comunista—con jefes y una Klan omnipotente, y de una masa cien veces más numerosa, subyugada e incapaz de defenderse. De un verdadero marxismo se encuentra ahí muy poco: fuera de los nombres y de los programas. (*«Años de Decisión»*, página 48).

«Todo socialismo, que pasa de la teoría a la práctica, se ahoga muy pronto en la burocracia». (*Idem*, pág. 144).

«El marxismo, que en teoría es una negación de la burguesía, es hasta la médula burgués en su actitud y conducta como partido». (*«Decadencia de Occidente»*, Tomo IV, pág. 275).

Como se ve, Ortega y Gasset y Spengler, coinciden en muchos puntos frente al fenómeno ruso. Sin embargo, no está para Ortega en lo ruso-asiático el gran

peligro. La causa del desconcierto que estremece a Europa en la actualidad, la cree encontrar el pensador español, en la falta de espíritu de empresa, de la alta empresa cultural; y en su incapacidad para mandar, para ser la primera en el mundo. Para Spengler, que Europa ya no mande, y que haya sobrevivido la revolución mundial blanca, y esté a punto de estallar la revolución mundial de color, todo ello se debe—volviendo a su tesis fundamental—a que Europa está en decadencia. Pero aquí se hace evidente la contradicción en su última obra. A pesar de repetir y demostrar una y otra vez que Europa está en decadencia, su optimismo sale a la superficie en lo que respecta a Alemania y también con respecto a Europa, como continente destinado a ser dirigido por los alemanes.

«Después de la guerra, el europeo se ha encerrado en su interior, se ha quedado sin empresa para sí y para los demás. Por eso seguimos históricamente como hace diez años». («La Rebelión de las masas», página 239).

«Europa no está segura de mandar, ni el resto del mundo de ser mandado. La soberanía histórica se haya en dispersión». («Reb. de las masas», pág. 307).

«Yo iba a decir sencillamente que lo que ahora pasa en el mundo—se entiende el histórico—es exclusivamente esto: durante tres siglos, Europa ha mandado en el mundo, y ahora no está segura de mandar ni de seguir mandando». («Reb. de las masas», pág. 221).

«No es ya posible soportar ese «estar en forma» de la nación, porque el individuo, por dentro, ya no está en forma. Esto es cierto en las costumbres como en las artes y la ideología: es cierto, sobre todo, en la

política». («Decadencia de Occidente», tomo IV, página 203).

«Los pueblos blancos de amos han descendido de su rango anterior y hoy tratan con los pueblos que ayer recibían sus órdenes, y mañana tendrán que halagarlos para que les permitan tratar con ellos. Por primera vez, después del sitio de Viena por los turcos, los pueblos blancos han sido obligados a tomar la defensiva y necesitarán de grandes fuerzas, tanto anímicas como militares, concentradas en la mano de un hombre muy grande, si pretenden soportar la inmensa tormenta que ya no se hará esperar mucho tiempo». («Años de Decisión», pág. 143).

Para Ortega y Gasset, Europa podría salvarse buscándose una nueva moral y una nueva empresa, y esta última sería la unificación política de Europa:

«Yo veo en la construcción de Europa, como gran Estado nacional, la única empresa que pudiera contraponerse a la victoria del «plan de cinco años». («La Rebelión de las masas», pág. 315).

«La política de halago a las masas, a cualquier masa, está terminando en el mundo. El facismo y el nacional socialismo son su última manifestación, y a la par, el tránsito a otro estilo de organización popular. Hay que ir más allá de ellos y evitar a todo trance su imitación». (Discurso político).

«El nacionalismo moderno, reemplaza al pueblo por la masa. Es revolucionario y ciudadano hasta la médula». («Años de Decisión», pág. 33).

Spengler es más amigo del diagnóstico y la profecía que de proponer medidas saludables, que muchas veces le merecen desprecio. Sin embargo, en su última obra también esboza programas para el futuro. Una de las causas decisivas de la decadencia política

de Europa, cree encontrarla en el predominio de la economía en la política.

«Como un signo grave de la disolución de la soberanía del Estado, hay que considerar el hecho de que en el siglo XIX se hizo general la impresión de que la economía era más importante que la política». («Años de Decisión», pág. 35).

«Cuando la historia ha transcurrido «en forma», y no tumultuosa ni revolucionaria, no han sido los jefes de la economía los amos de la decisión». («Años de Decisión», pág. 35).

Algo de esto ya lo había dicho Max Scheler:

«No es posible superar la lucha de clases más que por mediación de estadistas que no sean conductores de la economía».

«Es absurdo que el estadista haya de preocuparse por el bien del mundo. Esto no es «ético», altruista, sino ambición pretenciosa o frase vacía. El bien del mundo es cosa de Dios, del santo, de la Iglesia. Ni siquiera es cosa del genio que piensa en su obra». (Max Scheler, «El Héroe», Revista de Occidente).

Waldo Frank dijo a raíz de la aparición de «La Decadencia de Occidente», que Spengler era un romántico y que su obra era un poema. Spengler es la historia como espectáculo. Nadie logra darle un tan alto interés.

Sobre ese flanco romántico de su personalidad es sobre el cual la crítica alemana ha agudizado su ataque. No aceptan los hitleristas que Spengler clame como un «führer» europeo, ni aceptan tampoco sus ideas con respecto a las masas. Spengler ama lo popular, y sobre todo al campesino. En muchos pasajes de su obra habla de «la sabiduría de las viejas familias campesinas». Sabiduría de sangre y no de tinta.

En cambio odia profundamente a los pobladores de las grandes urbes, a los proletarios, y a sus conductores, formados en el submundo literario de las grandes ciudades.

«El escenario de esta revolución de la vida, su razón de ser, y al mismo tiempo su expresión, es la gran urbe, que se forma en las épocas tardías de todas las culturas. En este mundo pétreo y petrificado se reúne día a día un pueblo desarraigado, substraído a los campos, «masa» en un sentido espantoso, arena humana amorfa, con la que se puede modelar estructuras artificiosas y por eso mismo pasajeras; partidos, organizaciones planeadas, según programas e ideales, en los que ya han perecido las fuerzas del crecimiento natural en la sucesión de las generaciones hartas de tradición». («Años de Decisión», pág. 65).

Ernst Wilhelm Eschmann (1), uno de los críticos empapados del nuevo espíritu alemán, ha hecho los más serios reparos al autor de «Años de Decisión».

«El profeta se lanza apasionadamente contra su tiempo. Es su negación absoluta. Cuando la época termina en un hecho imprevisto, el profeta se desentiende de ella y se niega a considerarla. Spengler se resiste a tomar en cuenta ciertos acontecimientos que no caben en «su» cuadro de la historia. El hombre que salió a conquistar la realidad, invadida por ideologías pacifistas, liberales y optimistas, el hombre que condujo a centenares de miles hacia la realidad, termina por esconder a ésta bajo construcciones intelectuales que son más destructivas aun que las primeras... Es nuestro deber separarnos de este espíritu romántico

(1) «Spengler und die Wirklichkeit» (Spengler y la Realidad). Revista «Die Tat». Diciembre de 1933.

en la misma forma que nos hemos separado del materialismo intelectual de la época pasada».

«Spengler tomó partido por el socialismo, frente a un mundo totalmente capitalista y liberal. Fué una acción heroica del pensamiento romántico, defender la posibilidad totalmente opuesta: el socialismo prusiano. Pero ahora, cuando la posibilidad se convierte ineludiblemente en realidad, el mundo náufrago del liberalismo y del capitalismo aparece ante su espíritu romántico como transfigurado por el brillo de la historia, y es declarado ciudadela de la libertad y de las grandes cosas» (?).

«No existe una comunidad de pueblos blancos cuyo defensor sea Alemania, ni existe tampoco una comunidad de los pueblos «de color» contra los que Alemania sea una valla. Sólo existe una sociedad de pueblos, sí, una sociedad, pero no una unión ni una familia».

«Si Spengler pide para sí el derecho de determinar el desarrollo venidero y la acción política de nuestro pueblo, e insiste en llevarnos por el camino de la «irrealidad», es nuestro deber separarnos de este espíritu romántico, del mismo modo que lo hicimos con las construcciones futuristas y no menos fantásticas del marxismo».

Hemos querido exponer y confrontar, en el presente artículo, el pensamiento político de dos filósofos europeos, que tienen gran autoridad en sus respectivos países y fuera de ellos. Sería tarea mucho más difícil intentar una crítica profunda. Ambos pensadores quieren ser ante todo eficientes, uno con respecto a Alemania y otro con respecto a una futura Europa.

Spengler escribe para la burguesía—elemento social que tiende a desaparecer en una proletarización económica y cultural cada vez más acentuada—y para

una aristocracia en formación. Ortega proyecta su pensamiento hacia una realidad, y una nueva aristocracia que aun no se vislumbra. Los dos son pensadores del siglo, no de la filosofía del siglo, sino de todas sus manifestaciones. Tanto el uno como el otro condenan el presente. Spengler elogia el pasado y se apresta para un futuro triste, violento y sólo interesante como espectáculo. Ortega se decide por un gran porvenir. Para Spengler, en la actualidad, sólo vale Alemania, y de la raza europea, la más blanca. Ortega es un europeo, siempre ha querido serlo.

¿Quiere usted ser escritor?

El día que ustedes gusten, revisando los anaqueles de una librería, (¿anaqueles?... eso suena mal. Huele mal. A farmacia)... inspeccionando los plúteos de una librería, (ya quedó bien) encontré una serie de folletos con títulos interrogatorios... (Cómo diría yo... Interrogatorio es una serie de preguntas; sabe a judicial, a rábula y tinterillo. Mejor sería decir: con títulos preguntones... Oh, feísimo mucho peor. Los críticos no me van a perdonar esto... bueno, adelante). Con títulos entre signos de interrogación... La verdad es que el idioma es sumamente imperfecto, sumamente imperfecto de subjuntivo. O pluscuamperfecto, que viene a ser lo mismo. Y de paso, que noten los críticos que yo sé gramática. La suficiente para escribir. Pero, ¿sirve la gramática para escribir?... No. La grafía es lo que sirve para eso. A ver, recordemos: «Gramática es el arte... (¡Estamos frescos, el arte!) de hablar y escribir correctamente, (correctamente, no: rectamente, porque correcto indica una intención posterior) un idioma». Total, que la definición de gramática no es gramatical. Ah, dia-

blos; y ¿qué será eso de gramatical si yo no sé lo que es gramática? Desesperación, angustia, rabia, hay que mesarse los cabellos. Mesarse los cabellos o mecerse los caballos? ¿Hay diferencia? Si yo me meso los cabellos... (Otro atajo. No se puede decir *m e m e s o*, hay hiato. Horror: *H a y h i a t o*. Es decir, el hiato existe en su propia definición: hay hiato en la sola expresión de la palabra). Ay, críticos, ¿cómo arreglaría yo esto? Aunque, pensándolo bien, no era hiato, sino cacofonía. (Cacofonía: enfermedad que suelen tener los niños de pocos meses).

Bueno; vamos al grano. (Otra enfermedad, grano, divieso. Le diviso un divieso, dice el doctor... cacofonía, cacofonía...) Vamos al asunto: Un día, ese día que ustedes gusten, encontré... (Gusten, presente de subjuntivo. Encontré, futuro. No concuerdan, que diga, no concordan. ¿Concorda o con cuerda? Con cuerda, como los relojes). Encontré unos folletos en los que se acumulaban los titulares con interrogación. Uno decía (el folleto no decía nada, por supuesto, señor crítico, porque los folletos no dicen). Al decir que decía, (redundancia, epaminondas. ¿Por qué no voy yo a inventar una figura o error gramatical que se llame «epaminondas». Sería tan sonoro para usted, señor crítico poder escribir: El autor Tal abusa del epaminondas). Y muchos escritores después, se estarían corrigiendo los epaminondas de sus libros. ¡Atiza! ¡He distribuído mal los paréntesis de arriba! Procuraré no meterme en hon-

duras. «Llaneza, muchacho, no te encumbres», etc., que decía don Quijote.

Entre aquellos folletos, había varios (preferiría escribir habían varios por hacer las cosas a derechas, y no concordar una persona del singular con un vocablo en plural, pero hay que ceder ante ciertas insinuaciones y...) que rezaban: (sin ponerse de rodillas, claro está):

¿Quiere usted aprender inglés?

¿Quiere usted ser robusto?

¿Quiere usted saber comercio?

¿Quiere usted callar?...

El caso fué, que, dominado yo por aquellas interrogaciones, tuve la feliz ocurrencia (como si una ocurrencia pudiera disfrutar de la felicidad) de ponerme a escribir un tratado por el estilo. Fijaos bien; no un tratado sobre el estilo, o con el estilo, o tras el estilo, sino un tratado por el estilo de aquellos. Y puse manos a la obra. Y salió esto. Yo no soy orador. (¿Han oído ustedes esto al final de un banquete? ¿Que no? Entonces ustedes no han ido a ningún banquete). Yo no soy orador y por lo tanto, no debo hablar. Debo escribir, puesto que no soy orador. No voy a proceder como esos que, al final de los banquetes, dicen: yo no soy orador. Y enjaretan un discurso. No, no, de ninguna manera. Pasemos al tratado.

Caballero: ¿Quiere usted ser escritor? Nota: Donde pone «caballero», léase «rufián» cuando así sea más sincero y veraz para el lector.

Pues si quiere ser escritor, siga nuestras normas,

utilice nuestros consejos, (suponiendo que los consejos puedan ser utilizables), aprenda nuestros procedimientos. Todo ello breve, sencillo, rápido, fácil, pedagógico y piedrático. (Yo sabía que alguna palabreja metería la pata, pero que le vamos a hacer. Un momento: a h a c e r, formidable epaminondas gramatical). Piedrático, no de pediatria, sino de piedra, Pedro, base angular. ¿Angular? Paralelepipedica. ¡Olé! Precioso, precioso. Ya marcha la cosa. La cosa, por supuesto, no es la cosa esa, lo que se llama la cosa. (Medias de Toluca, que llegan hasta la cosa). No. La cosa es lo otro, el caso. Ya marcha el caso.

¡Favor!... ¡Help! ¡Que la gramática me ahoga!... ¡Help! (En inglés, como lo haría Chesterling, que diga Kayserton, que diga Kayserling; no, Chesterton. Ya salió aquello).

Primera parte: Para ser buen novelista. Lo primero que se requiere, es tener una pluma bien cortada. O bien fundida. (Para el uso de la pluma y el portaidem, véase nuestro folleto: «¿Desea usted aprender caligrafía?»). Después, tenga usted en cuenta las siguientes reglas:

Primera: Para obtener lo que se llama color local, bastará con una esquemática frase que permita situar al lector en un ambiente. Ejemplos: Si se trata de París, dirá usted: «La catedral de Notre-Dame, se alzaba a lo lejos», o bien: «Salí de un cabaret de Montmartre, donde los lánguidos violines»... Esto da mucha categoría. Si se refiere a Barcelona, sobraré con lo siguiente:

«El puerto, lleno de transeuntes nocturnos, que iban y venían misteriosamente»... Si quiere usted hacer algo de Santiago, dirá: «En la esquina de Huérfanos y Ahumada»... Por último, si se trata de algo verdaderamente criollo y del terruño, de algo radicalmente propio, comience la novela con un diálogo que diga, poco más o menos: «Por la chupaya!...—¿Que pasa, pús, On Roberto?...—Que estaba ahí no más y me han botao la basura...— ¡Chitas!, ¡su mercé está curao!...» Y ponga usted, como decoración de fondo, un copihue, dos raulíes y una china escuchando la voz fatídica del chuncho. Resultado seguro. Exito sin precedentes. Si no da buen resultado, se devuelve el dinero del folleto. Sí, señor, usando esto, a los dos meses tendrá usted unos robustos y atrayentes senos... (Perdón; tenía delante una revista y he copiado el final de un anuncio de píldoras. Excúseme).

Segunda: Cuando quiera usted presentar un personaje indirectamente, lo hace llamar por otro, de manera que se le conozca sólo en la llamada. Verbi gratia: Un personaje conocido llama al que pasa por la calle: «Eh, tú, Ramón, hijo de Pedro, el zapatero de la esquina, natural de Lyon... acércate»... Con esta sola frase, tan corriente, tan sencilla, tenemos presentado a Ramón. Hay otro sistema, pero es un poco más peliagudo. Consiste en insinuar levemente las características del nuevo personaje, ante una mirada del conocido. Veamos: «Fulano dirigió una profunda mirada a Zutano. Le vió en los ojos un brillo extraño. Adivinó que allí se encerraba

el alma de un viejo cardador de Santo Domingo, que había sido maestro de escuela dos años antes en un pueblo de Venezuela». Los efectos son maravillosos.

Tercera: No vacile en los diálogos. Cuando se dialoga en una novela, no debe usted recordar que la vida es algo sumamente interesante. Si se trata de una modista desengañada, hará usted que cuente su caso, a una planchadora y amiga, de la manera siguiente: «Yo estaba triste, sin saber por qué. Byron lo ha dicho. Estaba desengañada, hierática, como una efinge. Llena de eso que Goethe llama «desafinaciones electivas». Angustiada. Y un día huí con mi amor». A lo que responderá la planchadora, que es española: «Asaz menguado fué quien tal hizo. Mas, si vuesamerced me lo permite, magüer sus malandanzas, he de atravesar con un estilete las malhadadas entrañas del bravonel». Con este lenguaje, se neutraliza en mucho la deslabazada expresión criollista y se obtienen premios de la academia. Hay un caballero por ahí, nombrado Ricardo León, que con estas cosas ha emocionado a todas las porteras de Logroño.

Cuarta: Tenga cuidado con la ortografía. No escriba «paveza» sino pavesa. Paveza es una estupidez, una pavada, una salida de tono, pazguata y boba. No escriba «Frambueza». Es con ese también. Hay por ahí (epaminondas formidable, eso de ha y por ahí), unos críticos sagaces que lo joroban a uno en menos que canta un gallo. Cogen el libro y no se preocupan del asunto. Son malvados, malintencionados, maleados,

malquistados, malcriados y os dejan malparados. Capaces de condenar esta repetición sin notar que lo hice adrede. En último caso, si desea renovar la ortografía, hágalo con discreción y confesando que la establecida le molesta por su dificultad. Eso fué todo. «Yo fui un soldado que durmió en lecho de Cleopatra» . . . (Estaba recitando, por gusto. No vayan a imaginarse . . .)

Segunda parte; Para ser buen poeta. También es necesario tener la pluma bien fundida. Fundida, regalona. Dejarla ir. Mojarla en sangre, agua de mar, semen, lágrimas y jugo de zanahoria. Y escribir, escribir, sujetándose a los preceptos que prosiguen:

Primero: Si no consigue usted hacer versos, haga unos renglones que se parezcan un poco. Corte por donde guste, como las arropías; y véndalos al editor, así: «Traigo un retazo de cuarenta y cinco metros de poemas. Se lo dejo a buen precio. Una ocasión». Y si, por el contrario, tiene usted facilidad para rimar, haga redondillas y octavas sin control, sin meterse en profundidades. Aproveche las ocasiones: Inauguración de monumentos, banquetes, recitales de señoritas panameñas, finales de comedia, proclamación de candidatos a senadores y diputados, etc. Y junte, al final de cada renglón, equidistante, labios rojos y bellos ojos; tengo tristeza y soy una pavezita; tengo una herida y me duele la vida; me acuerdo de ella y era muy bella. O en otros casos, hazaña y España; América y homérica; batalla y metralla; caudillaje y homenaje; y civi-

lidad, libertad, igualdad y fraternidad. (Atronadores aplausos. La estatua del caudillo conmueve la cola de su caballo).

Segundo: Escriba unas poesías (o lo que sean), donde se manifieste fuertemente su pasión. Si no, le van a decir que es frío, tempánico, estepario y antártico, más allá del círculo polar. Muerda, raje, pinche, desgarré; deje a la pobre mujer hecha una lástima. Así, así hay que tratarlas; la poesía tiene que ser humana; de vez en cuando, una bofetada sonora, que grite la amada. Pasión, vitalidad, poesía...

Tercero: Si eres mujer, es decir, poetisa, procura sobre todo decir en tus versos cosas como ésta: «Me retorcí el bigote... Fumándome un habano estaba... Te poseí, bien mío...» Da mucho carácter. Si eres soltera, empieza un poema diciendo: «Esposo mío, que has llegado»... Si no tienes hijos, debes iniciar el soneto: «Feliz y rodeada de mi prole»... Si vives en el octavo piso de un rascacielo, expón en un alejandrino inicial: «Al romper la mañana, mi jardín se despierta»... Y sobre todo, si tienes un marido, haz algún verso que diga: «Mis veinte amantes llegan a mi alcoba»... ¿Comprendes? Perdón, por haberte tuteado. Es la costumbre, muchacha.

Cuarto: Voy a terminar, no tcmáis. Un postrer consejo para el cultivo del verso. No hay que tomarlo a mal, porque brilla de sincero. Procurad, por todos los medios a vuestro alcance, que el libro de poesías lleve

prólogo de un señor dedicado a la exportación de arvejas. Aumenta la posibilidad de una segunda edición.

Estoy maravillado. Desde que me puse a dar consejos, desde que entré de lleno en el estado de la cuestión (¿verdad, señores escolásticos?) desde que no hice peticiones de principio, ni círculos viciosos, desde que abandoné las categorías y los universales, todo salió tan fácil, tan suave, tan resbaladizo. Antes, al comenzar, me atarugó la gramática. Tenía miedo a los críticos... A propósito. Queda una receta. Para ser buen crítico. Vamos a copiarla.

Para ser buen crítico, lo primero que se necesita es no ser otra cosa. Elemental base, sin contradicción posible. Después, tolerar que los escritores se permitan criticar la crítica. Es decir, criticar para ser criticados. Aguantar los dicterios del que no haya suscitado una incondicional admiración. Estas son las cualidades negativas. Las positivas, más necesarias, si cabe, estriban, conviene a saber: En ciertos casos, atisbar dónde se ha deslizado un error de construcción, dónde se han reunido dos adverbios o dónde se ha utilizado mal un artículo determinante. Para exponer ésto, no es necesario tener cuidado de no hacer lo mismo. Basta con decirlo, aunque en la misma exposición se repitan adverbios, se usen mal los artículos determinantes. La cuestión es que lo del otro está mal. Después, no permitir que se salga de dicha norma, ninguno de los libros que lleguen a las manos del censor. Un día cualquiera, se le lleva una novela de Mateo Alemán o un estudio de Saavedra

Fajardo, copiado al pie de la letra, con nombre de un escritor actual. En seguida encontrará ciertas *cosillas* que hacen el estilo un poco incorrecto. ¿Cuánto apostamos, si hacemos la prueba?

En otros casos, cuando no se desea tener estas preocupaciones, lo importante debe ser, (*debe de ser*, según algún *dómine cabra*), tolerar, mirar con buenos ojos las peores *barrabasadas*; *Laissez faire*, *laissez passer*, (como dirían nuestros camaradas *Lalou*, *Bidou*, *Jaloux*, *Giraudoux*, *Arnoux* y *Petitchou*), y decir que, si allí no hay una madurez *pletórica* (¡qué sonoro!) al menos se vislumbra un escritor en *cierne*. (*Cierne*, para el singular; *ciernes*, para el plural). De ambos modos se consigue una vara decisiva en su golpe.

Hay otro medio de ser escritor. Que es el único que da resultado. Pero éste, a lo mejor, ni yo lo sé. Y si lo supiera no lo daría a luz por el módico precio a que se vende mi pequeño folleto y utilísimo fascículo popularizador, de gran necesidad para la humanidad... (*Consonancia*, *cacofonía*, *epaminondas*... Horror!) Se acabó. Fuera!

NOTAS Y DOCUMENTOS

Memoria del Director del Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción por el año 1933

I. PERSONAL DEL INSTITUTO DE FISILOGIA

No hubo cambios de importancia en el personal del Instituto. En reemplazo del señor H. Vega se nombró como ayudante al estudiante de medicina del tercer año, señor Eduardo Morales, anteriormente ayudante ad honorem del mismo Instituto,

Colaboraron en el Instituto el señor H. Jara y la señorita Teresa Vivaldi, efectuando trabajos relacionados con sus memorias de grado.

Con gran satisfacción el Director puede declarar que el personal del Instituto ha cumplido con sus deberes de modo muy satisfactorio, a pesar del trabajo muy pesado que hubo en el año 1933 debido al gran desarrollo que tomó el Instituto en la enseñanza, la investigación y la divulgación científica.

También se complace el Director en dejar constancia de que el Honorable Directorio de la Universidad aprobó la solicitud del Director en orden a aumentar desde el año 1934 el personal del Instituto, poniendo a dis-

posición de éste, los fondos para un nuevo ayudante profesional y un mozo auxiliar.

El personal del Instituto a fines del año 1933 se componía de las siguientes personas:

Dr. Alejandro Lipschütz, Profesor ordinario y Director. Académico C. E. de la Nac. de Med. de Madrid; M. C. de la Acad. Real de Cienc. de Turín, etc.

Dr. Eduardo Viñals, Jefe de Trabajos Prácticos.

Emilio Poch, Jefe de Trabajos Técnicos.

Gertrud Hempel, Laboratorista.

Dagmar Staden, Secretaria.

Humberto Jara y Teresa Vivaldi, colaboradores en investigaciones, ad honorem.

Guillermo Reyes, Ayudante.

Eduardo Morales, Ayudante.

Remigio Henríquez, Mayordomo.

Pedro Campos, Auxiliar.

Guillermo Castillo, Auxiliar.

II. ENSEÑANZA

Siguiendo los rumbos indicados en las Memorias por los años 1931 y 1932, se llegó a establecer un enlace muy estrecho del Curso Práctico y de las Conferencias, como también una íntima conexión entre la Fisiología y la Medicina. El alumno ha acogido este rumbo de la enseñanza con verdadero entusiasmo y, lo que es de sumo interés, reaccionando inconscientemente frente a estas innovaciones.

La fiscalización de los trabajos prácticos llevada a cabo por los señores Jefes de trabajos, se realizó en forma estricta, sirviéndose por primera

vez de libretas impresas, como indicamos en la Memoria precedente.

La asistencia fué tal que gran número de alumnos reveló 100% de trabajos prácticos cumplidos.

En cuanto al éxito de la nueva forma de enseñanza que exige del alumnado mayor independencia y personalidad, hicimos varias observaciones de gran interés y de aplicación práctica inmediata. Así se reveló que existe un grupo de estudiantes relativamente pequeño el cual acoge con verdadera sed científica y con aptitud científica digna de consideración, todo lo que se les ofrece en los cursos, y que rinde también exámenes brillantes, dando prueba de gran penetración y pensamiento maduro. Otro grupo mucho mayor, no se reveló apto para seguir de modo satisfactorio la enseñanza moderna, sin que esto signifique que se trate de alumnos incapaces de estudiar Medicina; pero sí de elementos, no maduros todavía, en relación con las exigencias del estudio de la Medicina Clínica, para el cual la Fisiología está empeñada en prepararlos. El Director del Instituto, después de deliberar detenidamente sobre esta cuestión con sus colaboradores y el profesorado universitario nacional, llegó a la conclusión de que en las condiciones actuales es necesario combinar el estudio práctico y científico con el sistema de repasos, dando a estos últimos un carácter de instrucción inmediata e individual. Se tomó la decisión de organizar desde el año 1934 repasos de Fisiología sistemáticos y obligatorios.

En vista del crecido número de estudiantes de Medicina y en vista también de la necesidad de dar en el mismo Instituto la enseñanza del ramo correspondiente a los estudiantes de Dentística, se ha hecho sentir cada vez con mayor fuerza la falta de una sala más

grande para los cursos prácticos, siendo el número de estudiantes de Medicina casi el doble del de plazas que hay en la sala de cursos prácticos. También son de urgente necesidad un gran auditorio y un auditorio especial pequeño, que facilitaría los preparativos y el aseo en la sala del curso práctico y en el gran auditorio.

Mucho se hizo sentir asimismo la falta de calefacción central.

III. INVESTIGACION CIENTIFICA

Los trabajos de investigación científica fueron orientados alrededor de varios problemas referentes a la Fisiología Sexual, dándose en estos estudios gran importancia a problemas relacionados con la acción gonadótropa de la orina, en vista de su interés clínico.

Sirviéndose del método que anteriormente había elaborado el Director de este Instituto (véase Memoria 1932), para la determinación del cociente de luteinización del lóbulo anterior de la hipófisis (prehipófisis), se aplicó esta misma técnica, también, al estudio cuantitativo de la capacidad luteinizadora de la orina. Siendo el cociente de luteinización de la prehipófisis de la rata macho, titulada en la rata infantil, $Q_{lut} = 0,5$ a $1,5$ la capacidad luteinizadora de un litro de orina de preñez del 5º ó 6º mes se reveló unas 10 mil veces mayor, es decir, con un litro de orina de la preñez se produce una luteinización igual a la que producen 10 mil miligramos de prehipófisis de rata macho.

Se demostró que también la orina climatérica contrariamente a lo que antes se pensaba, tiene ca-

pacidad luteinizadora. Se determinó, por titulación en la rata infantil, el coeficiente de luteinización de la orina climatérica que se reveló en la rata infantil hasta miles de veces menor que la de la orina de la preñez.

En colaboración con el señor Humberto Jara se ha estudiado la acción gonodótropa de la orina climatérica en la coneja, relacionando estos estudios con la cuestión de la sensibilidad de la coneja adulta y rata infantil para la orina y prehipófisis, cuestión que ha llegado a ser en los últimos tiempos de gran importancia.

En colaboración con la señorita Teresa Vivaldi se hizo un estudio sobre la permanencia del Prolan en la sangre de la coneja, de conformidad con las líneas siguientes. Se introdujo por inyección intravenosa cierta cantidad de Prolan obtenida de la orina de la mujer preñada, para transfundir, varias horas después de la inyección, una prueba de la sangre a otro animal, dilucidando de tal modo la cuestión de si estaba todavía presente y en qué proporción el Prolan inyectado en el primer animal. Los resultados, que fueron de gran interés, revelaron que al inyectar 100 unidades de coneja, aun pasadas 10 horas después de la inyección, está todavía presente el Prolan en la sangre, pero la cantidad presente es menos del 10% de la cantidad inyectada, habiendo así desaparecido durante 10 horas, más del 90%. El Prolan comienza a desaparecer de la sangre mucho antes de las 10 horas, de modo que ya de 6 a 8 horas después de la inyección, puede haber desaparecido más del 80% de la cantidad inyectada. Se continuarán estos estudios.

En todos estos estudios con extractos de orina climatérica y de preñez participó el señor Emilio Poch.

El señor Ernesto Oliver Schneider terminó

sus estudios sobre la frecuencia del tipo feminoide en la distribución del pelo entre hombres normales de raza chilena, en los hospitales, cuartel y cárcel de Concepción.

En colaboración con el señor Eduardo Morales se ha continuado el estudio sobre la acción pigmentadora de la Foliculina, en el territorio mamario de la piel del cuy.

El Doctor Eduardo Viñals emprendió un estudio sobre la participación de la epífisis en el complejo sexual endocrino, sirviéndose del método de combinación de orina con otro material de supuesta acción gonadótropa (veáse más adelante). Los hallazgos están en favor del concepto de que la inyección de la epífisis acentúa la acción gonadótropa de la orina de la preñez, observándose al inyectar la mezcla, folículos hemorrágicos de un diámetro tan considerable como hasta ahora no se habia visto con la inyección de orina sola. La epífisis inyectada sin orina no produjo ninguna acción sobre el ovario. Continuarán estos estudios en el año de 1934.

Después de haberse dilucidado en los años 1931 a 1933 que la prehipófisis del cuy determina el celo en la rata infantil, sin determinar fenómenos ováricos visibles con la técnica microscópica corriente, se ha estudiado en colaboración con el señor E. Viñals, la cuestión de si se trata de una acción estrógena de la prehipófisis directa sobre el útero y la vagina, o si se trata de una acción gonadótropa sin que ésta repercuta en el aparato folicular. Se hicieron experimentos comparativos inyectando prehipófisis del cuy en ratas infantiles normales y en ratas infantiles castradas, revelándose el celo vaginal y la transformación del ú-

tero sólo en los animales con ovarios intactos y no en los castrados.

En relación con este mismo problema se hicieron también algunos experimentos con inyección de prehipófisis del cuy, previa extracción con éter; si la acción estrógena fuera directa, debida a la presencia de foliculina, la extracción con éter debería disminuir la acción estrógena de la prehipófisis. Se reveló que la extracción con éter no disminuye de modo alguno la acción estrógena de la prehipófisis del cuy, comprobándose así el concepto de que esta última tiene una acción gonadótropa estrógena que parece independiente del desarrollo folicular.

Mucha atención se dió por el Director en los estudios experimentales del año 1933, a la cuestión de cuáles son las partes constituyentes del complejo gonadótropa prehipofisario. Fundándose en el hecho de que la prehipófisis del cuy, que no produce luteinización sino solamente el estro en la rata infantil, determina en la coneja adulta la luteinización (véase Memoria por el año 1932), se hizo la suposición de que la hormona luteinizante está presente también en la prehipófisis del cuy, que no actúa en la rata infantil por faltar en la prehipófisis del cuy un eslabón hormonal hasta ahora desconocido entre la hormona estrógena y la hormona luteinizante, eslabón hormonal que atacaría el folículo. Si este concepto fuera exacto, la prehipófisis del cuy no luteinizante, al mezclarse con otro material tampoco luteinizante, en cantidades no excesivas, p. ej. orina climatérica que tiene acción estrógena y folicular, debería determinar la luteinización en la rata infantil. Esta hipótesis se ha verificado: la mezcla indicada produjo al servirse de prehipófisis del cuy macho adulto y de orina climatérica, la lutei-

nización en la rata infantil, en todos los casos, sin excepción, con un coeficiente de luteinización a veces aun igual a la prehipófisis de la rata macho adulto. Así, se llega a la conclusión de que en el complejo gonadótropa de la prehipófisis existen a lo menos tres hormonas: la hormona estrógena, la hormona del desarrollo folicular y la hormona de la luteinización, en correspondencia con los signos $O+A+B$, en vez de la fórmula antigua de Zondek que es $A+B$. Aun mejor sería servirse de los signos $Oe+F+L$, es decir, hormona estrógena, hormona de sensibilización folicular y hormona de luteinización. Probablemente el número de las partes constituyentes hormonales en el complejo prehipofisario gonadótropa es aún mayor que tres.

En estos estudios prestaron valiosa ayuda técnica el Sr. Emilio Poch (preparación de los extractos) y la señorita Gertrud Hempel (preparaciones microscópicas y determinación de Qlut).

Se hizo en colaboración con el señor Emilio Poch la tentativa de separar la hormona de crecimiento de las hormonas gonadótropas de la prehipófisis. Estos estudios están todavía en comienzo.

Después de haberse demostrado en este Instituto en los años 1932 y 1933 que la prehipófisis de la rata macho y hembra se distinguen por su capacidad luteinizante siendo el coeficiente de luteinización de la del macho mucho mayor que la de la hembra, se hizo la tentativa de influenciar la prehipófisis de la rata macho normal, con inyecciones de foliculina para estudiar en seguida el poder gonadótropa de la prehipófisis. Se consiguió disminuir considerablemente su capacidad luteinizadora. Al mismo tiempo se presentó otro hecho sumamente interesante: junto con la disminución de la capacidad luteinizadora se produce un aumento

de la capacidad estrógena de la prehipófisis de la rata macho bajo la influencia de la foliculina. Se trata evidentemente de un cambio de equilibrio entre las distintas hormonas gonadótropas, bajo una intervención experimental. Probablemente no es una acción directa de la foliculina, sino una acción de sustancias autolíticas engendradas en los tubos seminíferos en los cuales se produce un trastorno espermatogénico por la acción de la foliculina. Sumamente interesante fué también el hecho de que el peso de la hipófisis en los animales tratados con foliculina se reveló mayor que en animales normales.

IV. TESIS

Trabajaron en la confección de tesis los señores E. Oliver Schneider, H. Jara, J. Mena y la señorita T. Vivaldi.

Se presentaron las Tesis siguientes:

J. Mena: Comportamiento del ciclo sexual de la rata joven después de la fragmentación ovárica. Aprobada con distinción máxima.

H. Jara: Estudio experimental sobre la acción luteinizante de la orina climatérica. Aprobada con distinción máxima.

Gracias a una subvención del Honorable Directorio, fué posible para el Instituto adquirir cierto número de ejemplares de estas tesis que se imprimieron en Concepción mismo y bajo el control del Instituto, de acuerdo con todas las reglas modernas de publicación científica.

El Director espera que se podrá hacer lo mismo con todas las tesis confeccionadas en el Instituto.

V. EXTENSION UNIVERSITARIA

A. Fueron dictadas por el Director fuera del Instituto las siguientes conferencias:

1) En el Hospital Naval de Talcahuano: «Los adelantos en el conocimiento del complejo sexual endocrino».

2) En la Sociedad de Cirugía de Valparaíso: «La noción del complejo endocrino» (con proyecciones).

3) En la Sociedad de Biología de Santiago: «Nuevos estudios experimentales sobre las hormonas gonadótropas de la prehipófisis» (con proyecciones).

4) En los laboratorios de Química Fisiológica y Patológica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile (Santiago): «La función específica de los aminoácidos».

5) En el Instituto de Educación Física en Santiago (bajo los auspicios de la Universidad de Chile): «La distribución de la sangre en el organismo» (con proyecciones).

6) En el salón de conferencias de la Universidad de Chile (Santiago): «El metabolismo del sistema nervioso» (con proyecciones).

7) En la Escuela Dental de la Universidad de Chile (Santiago): «Algunos rasgos de la Fisiología moderna».

8) En los Laboratorios de Fisiología experimental de la Universidad Católica (Santiago): «Los reflejos de posición» (clase, con proyecciones y experimentos).

9) En la «Quinta Reunión anual de Medicina en Santiago, dedicada al Centenario de la Medicina Chilena»: «Sinergias endocrinas y glucemia» (con proyecciones).

10) En el Salón de Conferencias de la Universidad de Chile (Santiago): «¿Por qué hacemos investigación científica?»

11) En el Salón de Conferencias de la Universidad de Concepción (bajo los auspicios del Centro de los Estudiantes de Medicina): Repetición de la conferencia anterior.

12) En el Salón de Conferencias de la Universidad de Concepción (bajo los auspicios de la Extensión Universitaria de la Universidad de Concepción): «Fisiología moderna de la digestión» (con proyecciones).

B) Fueron dictadas por el personal científico del Instituto las siguientes conferencias;

1) En la Sociedad de Biología de Concepción: por el Dr. Manuel Sanhuesa, «El fragmento testicular como método de experimentación sobre la función endocrina del testículo» (con proyecciones).

2) En la Sociedad de Biología de Concepción: por el Dr. E. Viñals, «Trastornos experimentales del ciclo sexual» (con proyecciones).

C) Se dictaron en el Instituto mismo cuatro conferencias para los profesores primarios:

1-2) Por el Director: «Fisiología de la digestión» (con proyecciones y experimentos).

3) Por el señor E. Poch: «La composición química de los alimentos» (con proyecciones).

4) Por el Dr. E. Viñals: «Las vitaminas y sus acciones fisiológicas» (con demostración por medio de películas).

VI. LABOR SOCIAL

Como en los años anteriores el Instituto fué consultado por médicos prácticos en varias cuestiones relacionadas con la endocrinopatología.

Se hizo varias veces la reacción de embarazo (método de Friedman), con fines clínicos. Se adoptó el procedimiento de inyectar en dos animales, abriéndose el primero 24 horas después de la inyección, y el segundo 48 horas después de la inyección, ya que se había revelado que tal procedimiento da mayor seguridad.

VII. RELACIONES NACIONALES E INTERNACIONALES

El Instituto ha continuado su colaboración con distintas instituciones nacionales y extranjeras. El Director se complace en expresar su gratitud, especialmente, por la ayuda que le prestaron en varias ocasiones el Instituto Bacteriológico de Chile, el Instituto Biológico de la Sociedad Nacional de Agricultura y los Laboratorios del Instituto M. T. Sanitas.

Entre los visitantes extranjeros mencionamos en primer lugar al señor Embajador de España, Don Ricardo Baeza, que hizo una visita detenida al Instituto, acompañado por el señor Canciller de la Embajada y el señor Cónsul de España, en Concepción.

El Instituto fué honrado también con la visita del Profesor Dr. Ludwig Fraenkel, Director de la Clínica de Mujeres de la Universidad de Breslau, Alemania.

Entre los distinguidos visitantes de nuestro país mencionamos en primer lugar al Vicerrector de la Universidad Católica, Señor Don Francisco Vives, y al Presidente de la Asociación Nacional de Periodistas, Señor Don Carlos Silva Vildósola.

El profesor Dr. Eduardo Cruz Coke dictó en el Instituto una conferencia sobre «Los equilibrios sanguíneos», con una concurrencia inusitada.

El profesor Dr. P. G. Rahm permaneció como huésped del Instituto durante dos semanas.

El Doctor Eduardo Bunster de la Clínica Ginecológica de la Universidad de Chile (Santiago) y de la Asistencia Pública de Santiago, visitó el Instituto después de su vuelta de los Estados Unidos en donde ha realizado una serie de estudios experimentales de gran importancia.

Fueron también nuestros huéspedes el profesor de Fisiología de la Universidad Católica, Dr. Ignacio Matte y los ayudantes de los Laboratorios de Fisiología Experimental de la Universidad Católica, el Dr. Arturo Larraín, y el señor Joaquín Luco.

VIII. LA BIBLIOTECA DEL INSTITUTO

En vista de las condiciones del control de cambio, el Instituto se vió en la dura necesidad de suspender casi completamente toda compra de libros y de revistas en el año 1933.

Para mantener la enseñanza y la investigación científica, el Director hubo de adquirir cierto número de revistas indispensables para el funcionamiento del Instituto, por su cuenta particular.

La situación de la Biblioteca del Instituto fué alarmante, faltando las principales revistas fisiológicas, alemanas, francesas, inglesas, italianas y norteamericanas, sin las cuales ningún trabajo serio de enseñanza y de investigación es posible, faltando también por completo las nuevas monografías y tratados fisiológicos. Es absolutamente necesario que se pongan a disposición del Instituto de 5,000 a 6,000 pesos oro anualmente, a fin de atender a los gastos de Biblioteca.

XI. PUBLICACIONES

- A. Lipschütz, 1933. Über Hodenverpflanzung auf die Niere der Maus. *Zbl. f. Chirurgie*, 60 1705.
- 1933. Über den Luteinisierungskoeffizienten des Vorderlappens der Hypophyse. 13, 90.
- 1933. Nouvelles recherches sur le coefficient de lutéinization de la préhypophyse. *C. R. Soc. Biol. (Paris)* 112, 1145.
- 1933. Masculinización par résection partielle de l'ovaire chez le Cobaye. *C. R. Soc. Biol. (Paris)* 112, 1272.
- 1933. Sur un nouveau facteur gonadotrope dans l'urine de la Femme en ménopause. *C. R. Soc. Biol. (Paris)* 114, 340.
- 1933. El problema de localización de la hormona testicular. *Rev. Méd. de Barcelona*. 19, 518.
- 1933. La Ciencia de la Alimentación. *Rev. de Med. y Aliment. (Santiago de Chile)* 1, 3.
- 1933. La distribución de la sangre en el organismo. *Rev. Méd. de Chile*. 61, 677.
- 1933. ¿Por qué hacemos investigación científica? *Atenea*. 25, 302.
- 1933. Porque morremos. *Comp. Edit. Nacional, Sao Paulo (Brasil)*. 239 pp.
- A, Lipschütz, y E. Cruz Coke. 1934. La foliulina desde un punto de vista experimental y clínico. *Rev. de Med. y Aliment.* 1, 57. (Santiago de Chile).
- A. Lipschütz, Th. Martins y E. Viñals. 1933. Über das Verhalten des Eierstocks vom Meerschweinchen bei Transplantation in verschiedene Cavia-Rassen. *Arch. f. Entw.-Mech.* 128, 249.

- R. Cadiz y A. Lipschütz, 1933. Uber einen Fall von Pseudohermaphroditismus masculinus. Arch. f. Gynakol, 153, 593.
- J. Pi-Suñer y G. Reyes, 1933. La repartición del pelo en los indios mapuches de la Araucanía. Rev. Med. de Barcelona. Abril.
- H. Jara, 1933. Estudio experimental sobre la acción luteinizante de la orina climatérica. Tesis Inst. Fisiol. Univ. Concepción (Chile), N.º 7.
- Juan Mena, 1933. Comportamiento del ciclo sexual de la rata joven después de la fragmentación ovárica Tes. Inst. Fisiol. Cone. (Chile), N.º 6.
- M. Sanhueza, 1934. El fragmento testicular como método de experimentación sobre la función endocrina del testículo. Rev. Méd. de Chile. 62, 109.
- E. Viñals, 1934. Trastornos Experimentales del ciclo sexual. Rev. Méd. de Chile. 62, 31.

Premios Literarios

VERA RÚSTICA, por Jorge González Bastías.

El premio literario de Poesía, instituido por la Municipalidad de Santiago, fué acordado al poeta Jorge González Bastías, por su libro *Vera Rústica*. Lo más inesperado y lo más natural. El poeta Jorge González ha hecho vida de silencio. Sin círculos, sin capillas. Recluido en la soledad rumorosa del Maule, en un rincón montañés de agreste belleza, plácido y limpio de diafanidad, han corrido allí las horas emocionadas de este poeta que es a la vez un hombre del mundo. Como Francis Jammes vive lejos del bullicio e hila al amor de la naturaleza sus vellones líricos. Claros, dulces, elegíacos, sutiles y grávidos de amor. El poeta de *Misas de Primavera*, primer libro, es el mismo de *Vera Rústica*, selección última de sus últimas poesías. El mismo, porque el espíritu poético continúa en su adoración de las cosas y de los pensamientos ennoblecidos. Cuando alguna vez el poeta se decide a cantar males del mundo ajenos a su predilección íntima y fervorosa, todo ello brota impregnado de la misma melancolía sincera. Así su *Poema de las Tierras Pobres*, en que canta la miseria de los hombres abandonados en las tierras pobres que son sus tierras costeñas, sus tierras de viñedos partidas por la lámina del río de las nieblas.



Porque el poeta es además un hombre. Las tierras pobres son las regiones invadidas por el cuatreroismo, por la mala justicia que encarnan malos hombres. Son las tierras abandonadas por el hombre de trabajo, pues el trabajo no tiene recompensa cuando no hay quien lo ampare. Mientras la tierra da de sí, entrega su riqueza a los que la trabajan, su dolor a los que saben sentirla, su amargura a los pobres, su piedad inmensa a las bestias, la maldad se ceba también sobre ella y no deja que fructifiquen los árboles, ni que crezcan las ovejas, ni que madure el trigo. Una síntesis de los dolores que sufren los humildes, es este poema que tiene a raso el acento de una dolorida condenación.

Pero la obra general de González es obra de emoción y de poesía pura. No ha hecho el poeta concesión alguna a las modas estéticas del último tiempo. Ha mantenido su línea diáfana y transparente. Ha sido él, su corazón, el que ha rezumado con la noble entonación de un elegíaco, las amarguras que todo espíritu fraternal siente palpitar.

El premio Municipal para el mejor libro de poesía de 1933, es pues un reconocimiento muy natural de la bella y sencilla obra lírica realizada por Jorge González Bastías.

LOS LIBROS

UNA NOVELA ALEMANA

La Editorial Cenit es una de las escasas editoriales españolas que procede con cierta orientación ideológica y artística determinada en la publicación de sus obras. A pesar de esto o tal vez por esto mismo—como quiera interpretarse—la casi totalidad de los libros publicados por ella se mantienen siempre dentro de un círculo más o menos homogéneo, en cuanto al valor intrínseco de los volúmenes, editando también a veces obras notablemente sobresalientes como «*El Cemento*» de Fedor Gladkov, «*Sobre el Don Apacible*» de Miguel Cholokhov o «*Los Hermanos*» de Constantino Fedín.

Casi todas las obras de Cenit vienen precedidas de palabras liminares escritas por los propios editores: discretas, justas, honradas. Casi nunca, en ellas, parece el elogio desmesurado, sin relación con el volumen entregado al público.

Estas cualidades que reconocemos desde hace tiempo a la Editorial Cenit nos hicieron entrar en la lectura de «*Hotel América*» con cierta confianza aunque desconocíamos a su autora completamente; además, una nota prologal la acrecentaba:

«Se habla mucho de literatura *documental*. Entre esos libros que son *documentos*, que no aspiran a poner una careta a la vida ni a levantar una mentira más o menos bella delante de la realidad, sino a presentar la realidad tal cual ella es, en proyección viva, se cuenta el presente. Con él revelamos a los lectores de habla española a una nueva escritora proletaria y enriquece-

mos nuestra colección con un nuevo trozo palpitante de experiencia social».

Tenemos el deber de manifestar que por esta vez los editores no han acertado. No suponemos en ellos que el propósito de lucro haya provocado las palabras anteriores, sus antecedentes invalidan tal suposición. Creemos más bien que se han equivocado sinceramente al apreciar en esta forma «*Hotel América*».

La autora de esta novela, María Leitner, es alemana. Sin embargo «*Hotel América*» parece escrita por esos simplotes novelistas yanquis, que alcanzan grandes tirajes con sus novelones y que son primeramente publicados por los numerosos magazines norteamericanos. Es verdad que a esta novela la recorre cierto aliento manifiesto de protesta social, pero él no es suficiente para que su autora sea llamada escritora proletaria. Entendemos que para merecer tal calificativo no basta solamente mirar la realidad desde un punto de vista determinado, atacar la organización presente de la sociedad, sino también es necesario poseer cualidades primordiales para poder embellecer y hacer resaltar por este medio las injusticias que se desean expresar.

María Leitner nos presenta en «*Hotel América*» la vida de un gran hotel norteamericano en sus dos aspectos, es decir, en el de los huéspedes y en el de la servidumbre. La boda de los primeros, fastuosa, llena de todas las comodidades que ha creado la civilización para los que poseen capacidad económica suficiente para aprovecharlas; la de los segundos, miserable, zarrapastrosa, repleta de humillaciones y amarguras, como la de todos los que luchan cotidiana y desesperadamente por el pan, en condiciones desfavorables. Una intriga elemental y folletinesca, más bien, de mala película norteamericana, sirve de eje para mostrar la vida dual del Hotel, algunas de cuyas escenas están pintadas más o menos con acierto. Pero no existe profundidad en el análisis de los caracteres, pasa por la superficie de estos y como tal, no se detiene a estudiar con amplitud el porqué de los resortes psicológicos, de las reacciones interiores que agitan a los mismos.

El hecho exterior, directo, o sea, el estado de vida deplorable de la servidumbre está definido con precisión, pero sin grandeza. Se explica, se justifica la rebelión de ésta ante sus amos y la solidaridad de los demás empleados del Hotel, que poseen mejor situación, por ese instinto que en ciertos momentos hace unirse a las masas. Se explica, se justifica, pero María Leitner no ha sabido sacar de estos hechos consecuencias artísticas estimables ni siquiera mediocres. Ni aun humanas. Porque careciendo de vigor analítico y expresivo todos los personajes aparecen desdibujados, torpemente incompletos y no logran producir en el lector ese sentido de identificación solidaria, de comprensión penetrante, vital. Parecen títeres movidos sin habilidad. Además la excesividad de diálogos—es una verdadera novela dialogada, si así pudiera llamarse—daña considerablemente el desarrollo de la misma pues impide la concentración de la autora y el desenvolvimiento, en superficie y en profundidad, sobre todo, de algunos problemas que apenas se insinúan en el sentido psicológico.

Por otra parte, existe falsedad en el estudio de algunos de los protagonistas. Uno de ellos, por ejemplo,—el de Shirley, muchacha sirviente del establecimiento—es manifiesta. Shirley está aburrida de la vida de trabajo agotador que hace en el Hotel. Tiene sus cálculos, sus proyectos que realizará al otro día ayudada por un huésped que se ha hecho su amigo y al cual cree ella interesar, aun más, supone que la ame. Porque Shirley es ambiciosa y siempre ha pretendido vivir la vida de esos seres distinguidos y ricos que habitan en hotel como parroquianos y no la que sufre en la actualidad. Ella misma piensa que al otro día se encontrara entre los huéspedes y no en la servidumbre, a la cual mira con indiferencia. Nunca los problemas colectivos de esta le han preocupado, sólo la solución de su problema personal que espera alcanzar individualmente. Ha vivido todo el último tiempo desligada de las aspiraciones que aquella sustenta.

Pero resulta que ese mismo día la servidumbre se rebela, de-

clarándose en huelga por la pésima alimentación que recibe y entonces es Shirley la que sale a la defensa de sus compañeros de trabajo, en actitud de leader. Perora, grita, acciona, se sitúa frente al jefe, enrostrándole de frente las condiciones tristes en que viven. Esta actitud de Shirley, la autora de «*Hotel América*» la explica simplemente con la seguridad que tiene la muchacha de abandonar el trabajo del hotel al otro día. Pero no hay nada que deje ver el proceso, la metamorfosis interior que ha debido sufrir la sirvienta para llegar a semejante posición, suponiendo que la causa señalada por la autora fuera la determinante. Tampoco existe ningún antecedente, de orden externo ni interno, que así lo haga esperar. A una mujer ambiciosa, arribista, que sabe que pronto ha de abandonar a los que son sus compañeros de trabajo y que se situara, precisamente, en el plano opuesto, poco le puede importar lo que estos hagan, ansíen o esperen. Su vida, desde ya, nada de común tiene con ellos.

En cuanto a que este libro sea un documento, como dicen los editores, es otra afirmación inconsistente. El no nos muestra la vida que ha pretendido presentar tal cual es, sino más bien es una caricatura de esa vida. Sin duda hay algunos aspectos estudiados con certeza, pero son fugaces y no impiden que el tono general de «*Hotel América*» se mantenga en su pareja posición de desvalorización estética.

En lo referente al estilo, esta obra carece de él. Está escrita en un lenguaje sencillamente periodístico.

A. T.



LA JEUNE PEINTURE BELGE, por André de Ridder.

André de Ridder, uno de los críticos europeos más enjundiosos y acertados en materias artísticas, es autor de esta obra sobre la actual pintura belga, pintura que es considerada por el excelente crítico de arte, el catalán Sebastiá Gasch, como la ma-

nifestación pictórica más importante de Europa en la hora presente.

André de Ridder empieza su libro (1) con un estudio verdaderamente agudo, sobre el expresionismo en los jóvenes pintores belgas; sobre el expresionismo, pero considerado este no como se acostumbra, sino en forma totalmente amplia, es decir, sin circunscribirlo a un determinado límite, sin localizarlo en determinada geografía—expresionismo alemán, por ejemplo. Por lo demás, la pintura belga expresionista que estudia André de Ridder nada tiene que ver con el expresionismo teutón.

Por otra parte, para de Ridder, el expresionismo—que el poeta André Salmon llamara «art vivant»—envuelve todas las tendencias nacidas después del impresionismo, tendencias que considera contradictorias sólo en apariencia, pero profundamente unidas por un esencial punto de contacto: la necesidad perentoria de fugarse de la exacta «natural» reproducción de la naturaleza y el Hombre. Además, para de Ridder, el expresionismo es el primer movimiento pictórico antinaturalista surgido después del Renacimiento.

La pintura expresionista belga, comparada con la expresionista alemana, «es más pictórica, mucho más plástica, menos fantástica, mucho menos mórbida, infinitamente menos macabra. Los pintores belgas arrancan constantemente de la naturaleza, que colocan bajo el signo de su sentimiento y de su pensamiento Corazón y cerebro. La pintura belga no es una pintura del objeto, como la francesa, sino del «sujeto», del asunto. Asunto, costumbres populares muchas veces, que es eficazmente ceñido por los límites precisos de una sobria plasticidad, gracias a la cual es evitado el escollo de la literatura y es controlada la predilección por lo humano con una exacta cualidad pictórica».

En Bélgica, la primera oposición contra el impresionismo fué empezada por la Escuela de Laethem, siendo sus impulsores

(1) Ed. «Selection». Amberes.

Saedeleer, van de Woestyne, van de Abeele, Praeter y el escultor Minne. Pero los expresionistas verdaderamente tales, los que dieron una contextura orgánica al movimiento expresionista belga, liquidando definitivamente al impresionismo, son los pintores de la segunda generación de la Escuela de Laethem: Consta de Permeke, Van den Berghe, Gustave de Smet, Jespers, van de Wolstyne y Titgat. «Emoción y estilo, lirismo y construcción, son las características esenciales del arte de esos seis infatigables luchadores. Seis hombres intrépidos, aparentemente diferentes pero unidos por el afán de organizar la realidad en cuadros, por medio de corazón y cerebro», como apunta Gash.

Termina «*La Jeune Peinture Belge*» con el análisis de las obras de los más jóvenes pintores belgas, entre los cuales sobresalen los superrealistas Magritte y Mambours y los neoplasticistas Flouquet y Serbranskx.

A. T.



LES FEMMES PEINTRES DU DI-XHUITIEME SIECLE, por Ch. Oulmont

Es una bella obra esta de monsieur Oulmont a pesar que las sesenta reproducciones en heliograbado que la ilustran carecen en general y aun en particular de contenido artístico seguro, estimable; pero son en su mayoría tan graciosamente amaneradas, tan deliciosamente ingenuas! Algunas, como demoiselle Gerard, les colocan a sus cuadros títulos tan dulces y románticos como «*joven deshojando una margarita*» o «*hidalgo joven declarando su amor a una dama en su salón*». Además, monsieur Oulmont demuestra un gran conocimiento de la época dieciochesca, estudia con fina amenidad a las *femmes peintres*, amenidad que unida a la erudición empleada siempre con innegable gusto y al estilo suave, distinguido, irónico amenudo, sirve para contribuir a

dar belleza al volumen que, en la presentación material, la posee en forma sobresaliente (1).

Desde luego y como se comprenderá fácilmente, las *Femmes peintres* estudiadas representan un papel sólo secundario en el panorama universal de la pintura. Por eso, monsieur Oulmont no intenta destacar el valor intrínseco de sus obras, dándonos a entender la falta de trascendencia de las mismas. Presenta antes que nada, a las pintoras, como ejemplos de inteligencia y espiritualidad femeninas en el siglo de las galanterías permanentes, dándole mayor importancia en su estudio al sentido anecdótico que a la valoración mismas de las obras, porque el libro de monsieur Oulmont es más bien una evocación amable y gentil—antes que un análisis técnico de sus cuadros—de las mujeres que en el siglo dieciocho no sólo se preocuparon del baile y la intriga, de los amores fáciles o penetrantes, de la frivolidad distinguida de los salones, sino que también dejaron horas para el cultivo del arte pictórico.

Es interesante observar que ninguna de estas pintoras haya recogido en sus cuadros algunos aspectos de la revolución francesa a pesar que la mayoría de ellas fueron contemporáneas de ese hecho político, social y económico. Cuando más, una, madame Labille-Guyard se dedicó a pintar retratos de diputados de la Convención. Un periódico revolucionario de la época le decía que sus retratos parecían pintados al pastel. Por lo menos le pedían: «*Ah, peignez nous Robespierre a l'huile*».

Casi todas las pintoras que aparecen en «*Les femmes peintres du dix-huitième siècle*» están influenciadas por los artistas entonces triunfantes en los salones parisienses, como Vattier, Proudhon, Fragonard, Creuze. Acaso solamente una, madame Isabel Vigee Le Brum se encuentre distante de esa zona de influencia. Por lo demás, es la única pintora de condiciones verdaderamente meritorias de todas las que vienen en la obra de monsieur Oul-

(1) Editions Redier, París.

mont. A través de sus retratos de personajes destacados de la época, es fácil descubrir rasgos psicológicos importantes, como de la célebre condesa de Du Barry, favorita de Luis XV, de la Polignac, del duque de Berry. Producida la revolución francesa huye a Italia donde conoce y traslada al lienzo a lady Hamilton, la amante de Nelson, extraña mujer que quedó en los cuadros de Isabel Vigee Le Brum, como bacnate, como Sibila. En seguida parte a Rusia donde pinta sujetos de la Corte, empezando por la Emperatriz y su familia. Aquí contrae matrimonio con un noble ruso (1) estableciéndose con él en París, donde siguen desfilando por sus telas aristocráticos personajes, entre ellos Carolina Bonaparte. También la famosa Madame Stael es fijada por sus pinceles en uno de sus retratos finos, discretos, seguros, donde la influencia de los pintores flamencos e italianos aparece proficuamente asimilada por La Vigee.

Isabel Vigee murió en París a la edad de ochenta y siete años, en 1842.

A. T.

■

UN CHILENO TRADUCE CUENTOS NORTEAMERICANOS

EL HOMBRE QUE CORROMPIÓ A HADLEYBURGO Y OTROS CUENTOS NORTEAMERICANOS, *por Ernesto Montenegro.*

Este volumen contiene la traducción española de siete cuentos de otros tantos autores norteamericanos, con una nota crítico-biográfica como introducción a cada historia y un prólogo en que se señalan el desarrollo y las actuales tendencias del cuento norteamericano. El compilador, Ernesto Montenegro, un autor

(1) Había enviudado de su primer marido, Le Brum, comerciante en cuadros.

chileno bien conocido, crítico y periodista además, demuestra una profunda comprensión y conocimiento de la literatura norteamericana y especialmente del cuento.

Los trabajos contenidos en esta colección (1) son: «El Hombre que corrompió a Hadleyburgo» (The Man that corrupted Hadleyburg) por Mark Twain, que da nombre al volumen: «Lo que pasó en el puente de Owl Creek» (An Occurrence at Owl Creek Bridge) por Ambrosio Bierce; «Soy un Animal» (I am a Fool) por Sherwood Anderson; «Asunto de Negocio» (A Matter of Business) por Sinclair Lewis; «En Conferencia» (In Conference) por Ring Lardner; «Un Ciclo de Manhattan» (A Cycle of Manhattan) por Thyra Santer Winalow, y «Por Cincuenta Mil» (Fifty Grand) por Ernesto Hemingway.

Estos representan siete distintos tipos, que abarcan de lo humorístico a lo trágico y de lo satírico a lo psicológico, todos traducidos en forma escueta y rotunda, con lo que logran transvasar al español el ambiente creado por cada autor en el original.

El señor Montenegro explica la razón de haber escogido dichas historias en los párrafos finales de su prólogo, al decir que lo hizo «para dar representación a los diversos períodos y tendencias divergentes» de la literatura norteamericana.

Los comentarios iniciales son significativos no solamente en cuanto expresan la opinión de un crítico competente, sino también porque provienen de un crítico extranjero, mostrándonos nuestra literatura «tal como la ven los extraños».

«Las dos tendencias dominantes en la moderna literatura norteamericana—y por supuesto del cuento—son la recia sinceridad y el abandono de los convencionalismos del pasado».

Mark Twain, añade el señor Montenegro, «personifica la generación que invadió las praderas allende el Misisipí,—la descendencia de una raza atrevida, petulante, infatigable».

Editorial Nascimento, Santiago de Chile.

En las creaciones de Ambrosio Bierce observa «una imaginación audaz y un riguroso trabajo de estilo».

A Sherwood Anderson lo llama «un narrador por temperamento, que enfoca un trozo de vida con tal intensidad, que basta para darnos la visión de una vida entera».

Con referencia a Sinclair Lewis, declara que en el título de «Main Street» (Vida de Poblacho) ha acuñado una frase tan indeleble como la que descubrió Thackeray en su «Libro de los Snobs».

Las historias de Ring Lardner «conservan la apariencia de una inocente objetividad; pero entre líneas descubrirá quien quiera que sea capaz de entender, una formidable intención satírica».

La señora Winslow, a quien llama el traductor «una paciente, puntual observadora de la clase media norteamericana», prueba su cualidad artística en «Un Ciclo de Manhattan».

«Fifty Grand» le parece la historia más característica de la «manera» de Hemingway. A éste le observa que sigue hasta cierto punto los métodos de Ring Lardner, «al descubrir lo complejo dentro de lo trivial».

Este libro ofrece lectura amena para quien sea capaz de apreciar el buen estilo español, sea que haya leído o no las historias en el original inglés. El prólogo combina la concisión del buen periodista con una deliciosa fineza literaria, que resulta en un estilo claro y rápido, que es característico del señor Montenegro.

Los norteamericanos debemos sentirnos halagados de este esfuerzo del señor Montenegro para darles a los hispanoamericanos una muestra de nuestra literatura. Por más que se trate de poca cantidad, servirá para mostrar que tenemos algo propio nuestro con el carácter de una literatura de interés mundial, por encima de las obras de Edgard Rice Burroughs y de Elinor Glyn, cuyas traducciones tanto abundan en Sudamérica.

Montenegro, ahora uno de los redactores de «La Nación», de Santiago, fué por algunos años redactor de «La Prensa» de Nueva York y colaborador de la prensa norteamericana.—

Lola Anderson, Universidad de Missouri, Columbia, EE. UU. de A.



DOS NUEVOS ENVÍOS DE ALFONSO REYES

Cuando trascurre mucho tiempo sin recibir desde Río de Janeiro un paquete postal, piensa uno: ¿Qué será de Alfonso Reyes? Tal vez los deberes diplomáticos... O quizá, por desgracia, se ha olvidado de mí...

Pero, de pronto, aparece un gran sobre por la rendija de la puerta. Un sobre o un envoltorio más cuidado que los otros que se reciben, sin roturas, anunciando intacto el contenido. Y se abre éste como hace muchos años, al levantarnos el día de los Reyes Magos, mirábamos a la ventana. Con regocijo temeroso, con ganas de retrasar la apertura, procurando ir despacio, refocilándonos en la promesa que ya está realizándose, junto a nosotros. Y al salir el libro, qué grato consuelo para los ojos, aquella limpieza tipográfica, aquella delicadeza de visión primitiva, antes de penetrar en la lectura.

Hace poco tiempo llegaron dos de éstos envíos apetecibles. Seguridad de un día, (un día no más, porque el autor es avaro de los deleites que regala, en dosis cortas, aptas para la delectación lenta y seguras de su valor apiñado, concentrado hasta la esencia, como esos perfumes que, con una gota, llenan por semanas el ambiente de la habitación), seguridad de un día de fruición en la lectura.

El mayor de ellos, entrega una resurrección llena de actualidad. «Si el Hombre puede artificialmente volar», se titula. Más abajo, la fecha recuperada: 1676. Antonio de Fuente la Peña, autor de este ensayo, (no; ensayo, no: discurso, aunque después se haya pervertido la palabra), un fraile español, capuchino, pretende sacar en claro de sus sentencias la posibilidad

de vuelo en el hombre. Primero, trata de acumular los argumentos favorables al vuelo. Después, reniega de ellos, y admite que todo no fué más que una complacencia de caprichos filosóficos. Porque en Fuente la Peña, al mismo tiempo que hay un hombre avizor y atento a lo que pueda ser, hay un escolástico cerrado ante lo que es, y prefiere, por temor a volar demasiado alto quedarse a ras de la tierra (1).

Para no dejarle ahí, está preparado Alfonso Reyes. En la introducción, larga como un torso, importante como una cabeza, el comentarista de Fuente la Peña nos hace volar a los lectores y al propio capuchino zamorano. Hay un aire limpio en todo el libro. Es un regalo que nos hace ir, desde el principio al fin, volando por unos espacios deliciosos, amenos, distraídos. Distraído el espacio y distraído de sí mismo el volador. Es agradable caminar por esas alturas, acompañados por tanta gente que conoce ya, de antemano (*de antea*, sería mejor), los lugares sin límites por donde hemos de correr, sin trabajo, llevados por un viento inaprensible. Sidar, Santos Dumont, Latham, Bleriot, Cyrano, Leonardo, el pájaro Rock, la golondrina, la «Demoiselle», «Zeppelin», el jilguero, el águila, la mosca, Clavileño, Farman, el turco que se despanzurró, Wright... Un enjambre que nos obliga irremediabilmente y a gusto, a volar. Parece que las páginas del libro se pasan solas, oreadas por una brisa impalpable que va de un lado a otro de las letras, que conmueve la cortina de nuestro cuarto y alza un poco entre un ruido de motores lejanos, la caída de la corbata. ¡Y suenan tan bien los motores! A veces, tanto mejor que los violines. Yo, desde luego, prefiero el ruido de un auto bien construído, en el que voy deslizándome por una carretera nivelada, al que producen en los intermedios cinematográficos los compases del «Vals de las olas». Quizá lo

(1) Antonio de Fuente la Peña.—«Si el hombre puede artificialmente volar.—(1676), Con cuatro grabados de Marguerite Barciano.—Río de Janeiro.—Edición de Alfonso Reyes.—(1933,

uno sea música y lo otro no. Pero sé perfectamente lo que más me gusta.

Y, a parte de todo ésto, tiene la introducción que Alfonso Reyes pone al discurso de Fuente la Peña, una calidad envidiable y de profunda enseñanza. (Esto de *profunda enseñanza*, se me antoja un tanto docente, pero pasémoslo). Quiero decir, que hay en estas páginas una erudición estupenda y que la tragamos como un vaso de agua fresca después de una caminata al sol. Otros comentarios, quizá con menos erudición que éste, tenemos que tragarlos a fuerza de empujones, arcadas y fechas que se atascan. Nos producen al cabo de un rato, una indigestión de cultura que sólo se quita purgándonos con una buena cantidad de organillo callejero. En este caso, la erudición entra como Pedro por su casa. Es amena, divertida y liviana. Y se ansía conocer lo que viene por la satisfacción que nos ha producido lo ya visto. Erudición de profundo conocimiento unas veces, pero llena de atractivo. Y otras veces, erudición que algunos despreciarán, pero que es la más bella de las erudiciones: saber, por ejemplo, que antes de que Josefina Baker cantara en el Casino, con los pechos afuera, aquello de

J'ai deux amours—mon pays et Paris...

lo había dicho Santos Dumont en un champagne de honor, en Armenonville. ¡Cuánto más interesante para nosotros, de verdad, que saber si hubo dos hermanos Van Eyck, o uno solo; que saber si Pedro de Oña llevaba camiseta verde cuando se puso a escribir la primera vez!

Devorado el prólogo, que resume una historia de la aviación maravillosamente clara y precisa, pasamos al tratado final del *Ente Dilucidado*. Y nos complace saber, asimismo, que en 1676, un fraile español, se estuvo preocupando, frente al paisaje castellano, sin colinas y apenas sin verde para caer un poco en blando, de ese vuelo sin motor que hoy se intenta en muchos

campos más aptos para probarlo, frente a las chimeneas de una fábrica, o a la vista de unos postes de T. S. H.

El otro envío está constituido por un fascículo de versos que tienen todo el sabor de aquellos de Maeso Gonzalvo de Berceo, mezclados con un olor a pampa extensa. Una pampa donde podrían aparecer, por espejismo, los molinos de viento del Campo de Criptana y donde si nos equivocamos un poco, vemos pasar a don Segundo de la Mancha, conversando con don Quijote de la Pampa al compás de las pisadas de sus caballos (1).

Versos largos, con serenidad de llanura y de crepúsculo, que forman una ofrenda «A la memoria de Ricardo Güiraldes». Recuerdo admirable al que se fué. Con todo el sabor romántico de una alianza huída antes de tiempo:

«Llegaste cuando yo no estaba y yo vine cuando habías partido, y nuestra alianza queda encinta de todo lo que pudo haber sido»...

Desde la posada vecina, donde espera, Ricardo Güiraldes, hidalgo de la llanura, a lomos del pingo todavía, habrá sonreído con satisfacción de verse tan bien recordado.

Y a este poeta (que Dios conserve muchos años todavía en esta posada donde estamos), a Alfonso Reyes, le habrá agradecido la sombra de don Segundo el homenaje claro de estos versos sencillos y cuajados de verdad poética.

JOSÉ MARÍA SOUVIRON.



PORTALES, por *Francisco A. Encina*.

Portales de nuevo a la moda. Lo ha exhumado el señor Francisco Antonio Encina en dos macizos volúmenes, fruto de larga

(1) Alfonso Reyes.—A la memoria de Ricardo Güiraldes.—Río de Janeiro.—(1934).

y paciente investigación. Es un libro que impone su corpulencia, que hace dudar de que haya sido escrito por un habitante de Chile. Sin embargo, está escrito por el señor Encina, autor de un ensayo sobre nuestra inferioridad económica que dió mucho que hablar. Este de Portales (1), dará también mucho que hablar. Condición de los libros que aspiran a remover todo un período histórico, y a trastornar los fundamentos mismos de la historiografía. A pesar de todo, la última palabra no está dicha sobre Portales. No se podrá aún decir, Por más que se crea que esto agota la materia, no la agota de ninguna manera. Aquel hombre de Estado, comerciante, mujeriego, místico, organizador, que anduvo a empellones con los pipiolos, hasta borrarlos, según él creyó, de la superficie del suelo chileno, guarda entre sus pliegues algunos secretos que otros biógrafos irán sacando a luz. Es, sin embargo, el libro del señor Encina una contribución formidable al estudio del célebre hombre público. Aun cuando su tesis no agradará a todos, es la tesis de un convencido, de uno que ha estudiado, de su particular punto de vista, claro está, la génesis y el desarrollo de la fuerza, que llama portaliana.

El señor Encina siente, y no lo disimula, un desdén profundo por los «intelectuales» del tipo de Lastarria y Vicuña Mackenna, que contribuyeron a crear lo que se denomina la leyenda del odio a Portales. El señor Encina no concede nada a la mentalidad pipiola. La excluye, como Portales en su reinado, del dominio de la historia. Apenas si la toma para clavar en ella sus dardos. La fuente de información pipiola tampoco le sirve. Es para él sospechosa. Es falsa. Portales está para él por encima de las divergencias políticas, entre pipiolos y pelucones. Portales es un místico de la fuerza, un místico de la idea de organización. Un intuitivo. De tal modo, el señor Encina pasa por encima de los defectos del hombre, que se inclina a perdonarlo to-

(1) *Portales* (2 tomos) Editorial Nascimento.—Santiago de Chile (1934).

do y justificarlo todo en el campo de la admiración hacia el hombre prematuramente sacrificado por Vidaurre, representante, en cierto modo, del pipiolismo, de la idea democrática.

Pero el gran pozo de la Colonia, de donde surge Portales, nada significa para el señor Encina. Nada es posible en la interpretación histórica de ciertos personajes chilenos de actuación posterior a la independencia, si no se va a bucear en ese mar espeso y sordo que forma y robustece la mentalidad de este país por espacio de siglos, aun a despecho del arribo de la mentalidad vasca en el siglo XVIII. Portales sintetiza bien todo ese dominio instaurado por el coloniaje sobre la efervescencia del hombre liberal que se forma en Chile, luego de independizarse el país de los españoles. La independencia rompe el vínculo político, pero deja el vínculo y la raíz viva de la dominación de una casta sobre otra. Eso que Portales llama «el peso de la noche», y que a él le sirve para enderezar y robustecer toda su concepción de gobierno, es precisamente la atmósfera densa y aterrante de la Colonia sobre la política y sobre la sociedad chilenas.

Es probable que el hombre en sí mismo sintiera desprecio tanto por unos como por otros. Tanto por los pelucones como por los pipiolos. Pero llevaba en su sombra, en su espíritu, en su sangre, en la subconsciencia, la palpitación de aquellos dominadores coloniales que gobernaron sin contrapeso sobre un país de sumisos. El señor Encina considera que no debe llamarse sanguinario a Portales. Que es esta una acusación falsa, puesto que durante su corta gestión fueron pocos los que cayeron bajo las balas del fusilamiento. Todo eso es posible. Pero no es solamente el mayor o menor derramamiento de sangre lo único que debe tenerse en cuenta para juzgar la conducta de un hombre de la estirpe de Portales. El no dió cuartel a los vencidos. Los persiguió hasta donde las fuerzas humanas le llevaron. Impuso a despecho de todo su razón personal. Tenía, evidentemente, la concepción del Estado fuerte e implacable. Consideraba como bri-

bones despreciables a todos los pipiolos del tiempo, y su único anhelo era borrarlos de sobre el haz del territorio.

Era, según el señor Encina, de la estirpe de los genios. Construyó una República en forma. Veinte años más tarde sus discípulos, Montt y Varas, hubieron de sofocar nuevamente sangrientas revoluciones de carácter pipiolo. El país siguió su curso en una especie de caudal lento y sereno hasta despeñarse en la torrentera del 91, en la que el señor Encina supone que terminó la era portaliana. Pero, ¿hay acaso un instante de la historia de Chile en que las luchas entre pipiolos y pelucones no extiendan su vehemencia por todo el campo de la vida chilena? ¿Hay algo que determine una verdadera justicia tal como la soñó el denominado mártir del Barón?

Es natural que Portales haya encendido siempre la admiración de los historiadores, y también de los que no lo son. Fué el hombre decisivo para una época en que se necesitaban hombres decididos. Tuvo, según el señor Encina, la intuición, por medio de la cual un hombre de Gobierno se anticipa a los sucesos, y establece, en el presente, los lineamientos de una organización que servirá para encauzar en el futuro la vida de la nación. Tenía la mística del orden. Y para usarla con éxito, una voluntad poderosa. No había grandes problemas económicos, sino los elementales en un país que recién nacía a la vida independiente. Chile había vivido tres siglos bajo la dictadura colonial. Nada había prosperado en el orden espiritual, y sólo, con escasas excepciones, las ideas encontraban asilo en los cerebros de los hombres de ese tiempo. Los ensayos de constitución marcaban la pauta del ritmo nacional. Se buscaba la fórmula que permitiera encerrar en doctrinas constitucionales, la existencia entera del país. El solo hecho de romper con la servidumbre colonial, imponía ya un criterio diametralmente opuesto al que habían usa-

do los grandes señores de la tierra, y se anticipaban las luchas feroces en que participarían los partidarios del antiguo orden y los admiradores del nuevo. La masa permaneció indiferente. Pero, ¿existía, acaso, la masa? Resultaba cosa fácil para ese genio imponer el orden sobre las dos facciones aristocráticas que aspiraban a apoderarse del gobierno.

Santiago era la cúspide del país, y en la capital se definía tanto el destino de las gentes como los rumbos que debían marcarse a la nacionalidad. Sólo la fuerza, es decir el ejército, que había hecho la independencia, podía decirse que tenía una conciencia, en oposición a la conciencia de los gobernantes. La iglesia era todopoderosa, y la magistratura, tal como en la Colonia, imponía también sus decisiones. ¿A quienes estaba encomendado el gobierno del país? Sólo a los poseedores de la tierra, a los terratenientes. La Colonia pasó íntegra en la voluntad de los señores santiaguinos, al país nuevo, que la independencia había creado. De este modo la única masa, con sentido democrático, que estuvo en contacto con la tierra misma, que sintió de cerca el hervor de una conciencia distinta a la que existía, fué el ejército. Pero el ejército se desgastó más tarde en los motines y en los cuarte-lazos, porque la ambición o la intromisión de los elementos civiles, lo buscaron para emplearlo como elemento de lucha interna.

El país, a la aparición de Portales, era presa del bandidaje en los campos. La independencia había dejado un rastro que es fatal, o que fué fatal en todos los países hispanoamericanos al terminarse la guerra. Bandas armadas, que obedecían a caudillejos, asolaban las tierras, y se disputaban el dominio de ellas. Había que poner orden en ese torbellino desencadenado. Portales lo puso, indudablemente.

Puso también orden en la capital. El, como comerciante, comprendía que nada podía prosperar en materias de negocios, si no se sometía en el marco de una autoridad implacable, a los que querían perturbar, con asonadas, el desenvolvimiento de

la nueva política. Y fué, en ésto, un hombre de acero. Su correspondencia es bien clara en lo que se refiere a su concepto de gobierno. Es la correspondencia de un hombre de negocios. No creía en la democracia, tal como la entendían aquí. Era partidario del gobierno fuerte, centralizado. Los ideólogos de la revolución, según el señor Encina, carecían de sentido práctico. Preconizaban una constitución liberal imposible. Querían poner al país una faja movediza con la cual nada se podría encauzar. Lo que el país exigía era una constitución que permitiera la exaltación de un Ejecutivo todopoderoso. En buenas cuentas, un dictador. La del 33, nacida después de la destrucción sangrienta de la del 28, logró dar este desiderátum a los partidarios de ella.

Portales llenó, con su voluntad, esta creación jurídica, Pero todos olvidaron, o no quisieron verlas, las condiciones históricas del país. Nadie pensó en la tierra y lo que ella significaba como elemento de perturbación futura. Nadie paró mientes en la "encomienda", fuente de casi todos los males posteriores que ha padecido Chile. Los hombres liberales, de ese tiempo, cayeron sometidos por una fuerza superior, que les impuso silencio. Este silencio duró muchos años. La tragedia del Barón, representa, en cierto modo, la ruptura primera de ese silencio. Vidaurre, el nervioso conspirador de Quillota, amigo y protegido de Portales, quizo tomar en su mano la fuerza dispersa del liberalismo, nacida en los campos de batalla. La historia, con ser tan minuciosa y con haber acumulado tantos documentos, aun no ha trazado el cuadro comprensivo y completo de esa jornada triste que tantas proyecciones tuvo en el desarrollo de la vida política chilena, y que tanta importancia alcanzó para la génesis de las ideas democráticas.



El señor Encina siente una admiración incondicional por el Ministro Portales, y se la hace sentir a los demás. Por lo menos

a muchos de los que lo leen. La construcción del libro y el desarrollo de su tesis son indudablemente dignos de elogio, y arrastran fácilmente por un camino en que resplandecen instantes magníficos de luz. No todo, sin embargo, sugiere la misma impresión. Es de suponer que les será permitido a otros lectores tener otros puntos de vista, puesto que la historia chilena no es cuestión tan hermética como para que sólo unos cuantos elegidos se sientan en condiciones de entenderla. Insisto en que el tópicó Portales dista mucho aún de estar agotado. Con ser, más o menos, abundante su bibliografía, queda aún mucho por estudiar, y la época, que es cosa fundamental para el conocimiento de esa extraordinaria figura, permanece en la penumbra, por lo menos en lo que se refiere a la influencia de las tribus aristocráticas que de un modo tan profundo modificaron el curso de la historia política chilena.

No hay manera de eludir la sugestión colonial en la entonación del carácter portaliano. Comienza defendiendo sus negocios del desquiciamiento ocasionado en el país por la independencia, y se convierte en un organizador del orden. Por muy elemental que fuera entonces esta faja de tierra, latían allí a pocas leguas, por decirlo así, de la emancipación, unas pasiones primarias y a menudo terribles entre bandos que simbolizaban órdenes diversas de supremacía social y política. Los elementos aristocráticos del pipiolismo sentían la libertad con mayor generosidad que los pelucones, los monarquistas, los estanqueros y los afectos a la Iglesia. Estos eran encarnación viva de la colonia, cuyas leyes y costumbres no querían abandonar, y se consideraban herederos directos de aquel tronco enrededor del cual habían trenzado sus brazos y su voluntad, los admiradores de la autoridad real omnipotente. En estas aristocracias sudamericanas han existido, indudablemente, miembros que despreciaban ese servilismo tan frecuente en castas formadas por miembros heterogéneos que han salido del comercio, de la agricultura, de los ejércitos, de la vida aventurera. Durante las tiranías, unos son incondicionales

del dictador, por egoísmo, por instinto de conservación, por defensa de intereses amenazados por la revuelta, y otros se yerguen para combatir la omnipotencia por tradición, por espontáneo impulso de sus naturalezas gallardas. Tal ocurrió en Chile en la época de Portales con los pipiolo aristocráticos, y tal ha ocurrido más tarde, en tiempos muy cercanos a los nuestros. Unos aristócratas repudiaron y combatieron la dictadura y otros se entregaron a ella. Los tiempos cambian sólo en la decoración externa y en la mayor o menor importancia de los hombres que actúan.

Al advenimiento de Portales, según todos los historiadores,—y el señor Encina no escapa a la regla—Chile gemía bajo el azote de los motines y de la debilidad de los Gobiernos, más o menos, liberales. Los revoltosos eran indultados, y los cabecillas perdonados porque, según se ha dicho y se repite, la benignidad y la suavidad persuasiva formaban parte del espíritu del liberalismo pipiolo. Vale la pena leer en la página 75 de la edición de 1861 de la memoria histórica de Federico Errázuriz, «Chile, bajo el imperio de la Constitución de 1828», que los portalianos de ley, a cuyo frente camina el señor Encina, miran con desdén lo siguiente, entre otras cosas muy sugestivas, que el autor del libro que comentamos no toma en cuenta: «Bien triste y digna de lástima era la situación del Gobierno. Cuando una imprudente lenidad se proponía extirpar la honda raíz del desorden y de la anarquía que diariamente hacían explosión, con el remedio de los perdones y de los indultos, entonces era acusado de mantener vivo el germen de las revoluciones que esa misma indulgencia provocaba. Cuando convencido, tal vez de esta verdad, y alarmado por la frecuente repetición de los motines y de las revueltas se resolvía a poner freno a sus perpetradores, por medio de castigos pronto y ejemplares, entonces le salieron al encuentro los tribunales de justicia procurando a toda costa trabar su marcha, y suscitándole todo género de obstáculos. Así sucedió con la causa seguida contra Silverio Gutiérrez y

co-reos a quienes un Consejo de Guerra había condenado a muerte por el delito de sedición. La Corte de Apelaciones en Sala Marcial, a consecuencia de un reclamo interpuesto por la defensa de aquel reo, mandó con fecha 8 de Julio suspender la ejecución de la sentencia».

No hay que olvidar que los Tribunales de Justicia de aquel tiempo eran todos de extracción pelucona, y estaban sostenidos por el poderoso partido que maniobraba e intrigaba en la sombra y que de un modo indirecto, subterráneo, sostenía a Portales. Alberto Edwards ha dicho en alguna parte de su *Fronda Aristocrática* que las revoluciones santiaguinas se fraguaban en el interior de los palacios aristocráticos, sin que sus miembros aparecieran nunca comprometidos en la revuelta. Muchos creen que la mentalidad de un país cambia con el correr de los años. Eso acontecería si las revoluciones en verdad hubieran arrancado de cuajo las viejas organizaciones jurídicas y los instrumentos del funcionamiento del estado, para con instituciones e instrumentos nuevos, haber moldeado un alma y una mentalidad nuevas. Pero las revoluciones americanas, salvo excepciones, han sido revueltas de tribus que se quitaban el mando unas a otras y se desprestigiaban unas a otras, como en el caso citado por Errázuriz, haciendo ineficaz el instrumento jurídico encargado de aplicar sanciones. De estas luchas estaban ausentes el pueblo y la incipiente clase media que nunca intervinieron sino en las procesiones o en las fiestas con que los vencedores celebraban la victoria. El pueblo gemía como bajo la encomienda. La tribu pelucona era más fuerte que la tribu pipiola. Sólo que esta última, como se ha dicho, sentía con mayor grandeza el clima de la libertad, y se había puesto frente a la que encarnaba la omnipotencia de un régimen que se había trasladado casi íntegro desde la colonia a la vida independiente.

Lo que había que sepultar, según se pensaba, y no se decía era la petulancia pipiolesca de algunas fracciones aristocráticas. El ambiente de Chile por aquellos días estaba formado por los

grandes señores de la tierra, por los estanqueros que habían sido desposeídos de sus monopolios con los cuales mucho tenía que ver Portales, y por la Iglesia, cuyas raíces absorbían ávidamente el jugo colonial. Era difícil, por no decir imposible, que el pipiolismo liberal pudiera gobernar en paz. Con todo, durante el Gobierno de Pinto se avanzó bastante, y su huella honda impidió que el peluconismo desvirtuara el sentido que las precarias ideas liberales, tan duramente combatidas y perseguidas, habían impreso en la mentalidad de los habitantes de este país. Con él comienzan el pueblo y la clase media a constituir algo en la vida chilena. Portales, con todo su impersonalismo, estuvo más cerca del peluconismo que de la conciencia liberal. El orden lo impuso por encima de todos, pero algo había en esa organización jurídica del 33, algo duro y violento que señalaba como una palpitación lenta y sorda, el triunfo y la fuerza de la sugestión colonial.

El libro del señor Encina es, y me complazco en reconocerlo, un documento de primer orden para entender una faz del problema político y social de Chile, a través de un temperamento determinado. Pero es un libro en que el autor por poner demasiada luz sobre la figura psicológica del hombre, como gobernante y como «genio», ha dejado en la penumbra o en la sombra completa, hechos y fenómenos fundamentales para apreciar el carácter de la obra portaliana. Hasta este momento, nadie en Chile, que se sepa, ha estudiado el régimen de la encomienda a la luz de la filosofía. Ese régimen determina odiosas extorsiones y brutales desigualdades que prolongan su acción más allá de la emancipación. Portales recogió sin él quererlo, mucho de esa atmósfera y si es cierto que se dispuso a poner orden en el caos pequeño de las familias aristocráticas, divididas entre peluconas y pipiolas, nada le importó la condición en que se encontraba la tierra ni la suerte de los que en ella debían recibir su influencia. A Portales la tierra le importaba poco, como elemento generador de un orden social futuro a cubierto de luchas dolorosas. El problema de la encomienda es más importante de lo que

se cree para el estudio de esta figura, que puso toda su fuerza al servicio de un orden de encomenderos y no al servicio de un orden general.

D. MELFI.

■

LAS LETRAS CHILENAS, por *Domingo Amunátegui Solar*.

A los incontables estudios que se han hecho sobre la literatura chilena hay que agregar ahora el que D. Domingo Amunátegui acaba de publicar, en segunda edición, con el título de «Las Letras Chilenas». Es curioso que en la primera edición no reparase nadie, y que sólo haya tenido comentarista la impreza por Nascimento.

En cuatro partes divide su libro el señor Amunátegui. De todas ellas, las que se refieren a la colonia y a los primeros tiempos republicanos son las que tienen errores de menos bulto. Ambos períodos han sido estudiados ya prolijamente, y puede afirmarse que sobre ellos está dicha la última palabra, tal vez un poco antes de estas que dice ahora el señor Amunátegui. No nos detendremos, pues, en esos capítulos.

De casi todos los escritores que estudia, hace el autor una pequeña biografía, y no nos explicamos por qué nos da incompleta la de D. Miguel Luis y D. Gregorio Víctor Amunátegui, callando quienes fueron sus padres. ¿Piensa don Domingo que el origen humilde de esos escritores empañaría un poco el brillo aristocrático que el monumento ha dado a su apellido? Como el libro está destinado a los estudiantes de segunda enseñanza, creemos que el autor no debió silenciar el triunfo social que significó para sus descendientes el impulso que esos dos grandes espíritus dieron a la enseñanza y a las letras de su patria.

Como nos interesan, más que otras páginas del libro, las que el señor Amunátegui dedica a la poesía, haremos algunos rápidos comentarios.

Dice en la página 131, que «Matta es el primero entre los poetas chilenos». (Citamos la página en que esto se afirma porque algún lector malicioso podría dudar de nuestra buena fe). No sabemos si clasifica a Matta en tal forma considerando el orden cronológico. Si tal fué su intención, debemos recordarle que Oña y Blest Gana escribieron antes que él. ¡Y vaya si el autor del soneto «A la muerte» vale más que el lírico radical! Pero si hubiese tomado en cuenta el mérito artístico para colocarle sobre todos los poetas chilenos, ya la cosa sería más seria, y acusaría en el señor Amunátegui un exquisito mal gusto que pocos le envidiarán.

Considera poetas a Domingo Arteaga Alemparte, Adolfo Valderrama y Martín José Lira, y el capítulo en que estudia su obra comienza con las palabras que Menéndez Pelayo dedicara a la poesía chilena en su «Historia de la poesía hispanoamericana». Es evidente, que si el señor Amunátegui hubiese incluido también entre los líricos chilenos a O'Higgins y Carrera, el aserto del gran español hallaría su más rotunda justificación en estas «Letras Chilenas».

Comete el señor Amunátegui otros sacrilegios literarios que debemos señalar.

Hermana a Juan Rafael Allende y a Pezoa Véliz, desconociendo con ello que mientras el primero fué un versificador satírico, está el segundo entre los grandes poetas que han nacido en Chile, y que tiene el mérito no discutido de haber cantado antes que nadie el paisaje y las vidas humildes de esta tierra.

Hablando del poeta Mondaca hace resaltar, como uno de sus grandes méritos, «que era el encargado de redactar las actas del Consejo de Instrucción Pública, y que se distinguió por su estilo elegante y correcto y por la exactitud y veracidad con que reproducía las discusiones».

Estudia a la Mistral en la página 301; copia los «Sonetos a la muerte», y dice: «La lectura de estas «brillantes» estrofas revela la indudable influencia de Darío, quien precisamente aca-

baba de morir en el año en que ellas salieron a la luz». Como es seguro que algún lector sonreirá leyendo esta afirmación, hemos citado también el número de la página para que sea mayor el regocijo leyendo el original.

Cuando el señor Amunátegui habla del autor de «Las dos hermanas», tiene este acierto magnífico: «Don José Antonio Soffia era hijo de un comerciante español de apellido Soffia».

Es evidente, por lo citado, la insignificancia del estudio que don Domingo Amunátegui Solar ha hecho de las letras chilenas. Y es evidente, también, que sus escarseos en la crítica literaria no habrán de conseguirle los aplausos que le dieran alguna vez sus investigaciones históricas.

C. P. S.

ANTOLOGIA DE POETAS ESPAÑOLES (1900-1933)

Prólogo y notas de José María Souviron

José María Souviron es un joven y laborioso poeta andaluz. Lleva poco más de un año en Chile y ya tiene publicadas entre nosotros novelas largas y cortas, versos y ensayos. Su labor como periodista puede encontrarse en casi todos los diarios y revistas de la capital y en algunos de provincia. Como conferencista ha ocupado las tribunas de todas las universidades chilenas. Es un buen ejemplo de actividad.

Souviron pertenece al novísimo tipo de hombre de letras español. Cara internacional, sudamericanizándose o cinematizándose—estampa deportiva, dinamismo horizontal y gran conocimiento de lo español antiguo y de lo europeo nuevo. Souviron posee varias condiciones para hacer una buena antología de la poesía española actual. Es andaluz y poeta, y conoce personalmente a casi todos los colegas que incluye en el volumen.

Es interesante comparar la presente antología con la magnífica que publicó Gerardo Diego en Madrid.

Souviron sólo pretende: «Poner en las manos, ante la vista de los que gusten de la poesía en estas tierras americanas de idioma español, el panorama reciente de los poetas de España». «No hay en la presente antología un sistema lateral que excluya programas, por diferentes que éstos sean. Responde a un panorama de la poesía española contemporánea, merecedora de este nombre».

Gerardo Diego, por el contrario, si es parcial, es porque quie-

re serlo. En el prólogo de su obra, nos anuncia: «No pretende ser este libro una antología total de la poesía española, sino precisamente una antología parcial. Parcial en todo el sentido de la palabra.» Gerardo Diego declara abiertamente, que su antología no está hecha sólo por él, sino por un grupo de poetas, que de común acuerdo escogieron los nombres y las producciones que debían aparecer.

Antonio Marichalar, el ágil ensayista español, reclamó de la ausencia de Antonio Espina y Ramón Gómez de la Serna, e hizo una curiosa semblanza de Gerardo Diego, cuando éste publicó su antología: «Diego es el novio de la Poesía. Como anda tan enamorado, lleva años y años enteramente dedicado a ella. Se eriza, cuando cree que alguien la hace de menos. Y será agrio, y torpe y atrabiliario. Pero nadie con más derecho para sacar por ella la cara. ¿Qué se va del seguro? No sería un auténtico poeta si no le subiera el alma a la cabeza».

En otras páginas de su ensayo, Marichalar acierta flechas precisas sobre el momento poético español:

«En España, las últimas generaciones han hecho de la poesía tema tan esencial, que hoy se hace preciso hablar de ella».

«La lírica ha determinado, tanto como el deporte, a una generación, y está condicionando en bien y en mal, a la próxima».

Esto de las antologías debe traer seguramente varias indecisiones. ¿Qué poetas deben aparecer? ¿Qué debe reproducirse de cada cual? ¿Lo más nuevo, lo más reciente, lo inédito o lo «representativo».

Souviron presenta en su antología a 22 poetas: Alberti, Alexandre, Altolaguirre, Bacarisse, Buendía, Cernuda, Diego, Domenchina, Espina, García Lorca, Guillén, Hinojosa, Juan Ramón Jiménez, Larrea, Josefina de La Torre, Antonio y Manuel Machado, Enrique de Mesa, Moreno Villa, Prados, Salinas y Souviron.

Gerardo Diego presenta menos poetas, pero con mayor extensión. Lo que le da una gran atracción a su libro son las «poé-

«ticas», o sea las opiniones que sobre poesía y arte en general suscribe cada poeta.

No aparecen en su libro ni Buendía, ni Domenchina, ni Espina, ni Hinojosa, ni Josefina de La Torre, ni Bacarisse, ni Enrique de Mesa, ni Souviron. Extraña la ausencia de Mauricio Bacarisse y de Ramón Bastera, al cual tampoco incluye Souviron.

Gerardo Diego da las razones de la no inclusión de Bastera y Bacarisse. Los encuentra excesivamente literarios, especialmente a Bastera. Diego hace una separación estricta entre literatura y poesía.

Sorprende en la antología de Souviron la prescindencia de Dámaso Alonso. También anotamos, sin comentario, que Souviron coloca en su apología otras composiciones de Gerardo Diego que las que éste colocó en la suya propia. La poesía «creacionista» de Diego aparece escasamente representada, siendo de lamentar la no inclusión de la «Fábula de Equis y Zeda».

Como dato curioso cabría señalar, que de los 22 poetas presentados por Souviron, más de la mitad, y entre ellos algunos de los mejores, son andaluces, música y poesía española actual, es, sobre todo, Andalucía. En la antología de Diego esta proporción es aún más subida. De 17 poetas, 11 son andaluces, figurando entre ellos, hasta un ganadero de reses bravas, Fernando Villalón, poeta que alternó el cultivo de la poesía folklórica y superrealista, con la selección de toros de lidia, y que trataba de conseguir como ganadero «un cierto tipo de toro de lidia con los ojos verdes».

Casi todos los nuevos poetas españoles son licenciados en Letras, y muchos de ellos, ex lectores de español en Universidades extranjeras, y actuales catedráticos en universidades españolas. La huella de Ortega y Gasset...

Avanzando en la confrontación y hojeando ambas antologías nos encontramos con que Souviron o la imprenta, quita versos a algunas composiciones, y no versos finales... Por ejemplo, en

el «Gráfico de la Petenera» de Federico García Lorca, omite lo versos siguientes:

«Sus puñales sonoros
que hieren la distancia.
y se estremecen como
senos de muchachas».

Un verso de Rafael Alberti aparece citado por los dos antologistas en forma distinta.

En la antología de Gerardo Diego aparece:

«ni decretado el rey que la violeta se enterara en un lirio».

En la de Souviron:

«Ni decretado el rey que la violeta se enterrara en un libro».

El verso, tal como lo reproduce Souviron, parece más lógico y como lo reproduce Diego, posiblemente más poético. En todo caso Alberti debe haber escrito sólo una de las dos palabras, o lirio o libro.

La presente obra de Souviron sirve de complemento y documento al ensayo que publicó sobre la poesía española actual, el año pasado. Su labor como crítico era ya conocida por los lectores de la «Revista de Occidente», donde se había ocupado, en una nota, sobre poetas andaluces, y entre ellos, sobre Joaquín Romero Murube.

El libro de que hablamos, cumple ampliamente sus fines de divulgación, y es una buena ayuda para profesores, estudiantes de español y también para los poetas. Si pudo ser más rico en datos personales y en notas críticas, buena culpa de ellos debe corresponder a la distancia que separa Santiago de Madrid.

Esperamos que algún día, el autor nos sorprenda con una antología de los nuevos prosistas españoles.

JUAN URIBE ECHEVARRIA.



HIJUNA..., por *Carlos Sepúlveda Leyton*

No escasean en nuestra literatura las novelas que tratan de interpretar el ambiente en que vive nuestro pueblo y de pintar la existencia misérrima que lleva el «roto», ya sea en la ciudad o en el campo. Hay hasta novela que se llama «El roto», considerada, no sin una justicia, como la mejor pintura de esa vida sórdida en que se arrastran los que han quedado a la vera de la civilización. Numerosos son los cuentos en que se pinta al campesino, detallándose el paisaje costeño y cordillerano con fidelidad fotográfica. No obstante el alto valor literario de toda esa literatura nutrida de savia popular, creemos que el alma de nuestro pueblo no había sido, hasta la fecha, afluída en obra literaria. Nuestros escritores han descendido hasta los bajos fondos sociales en un afán literario de buscar temas trágicos y truculentos para escribir sus obras. La influencia de los escritores rusos ha sido poderosa en nuestro ambiente literario; y acaso sean muy pocos los escritores que no hayan encontrado en Gorky, Checoj o Andreiev el modelo a seguir. Pero no bastan la intención ni el esfuerzo para dar la sensación de que lo que se escribe es la emoción sincera y sentida de la propia experiencia humana del novelista. Sólo escribiendo con sangre, para usar la conocida frase de Nietzsche, es como se hace arte sincero, y todo lo demás es pura retórica... Baldomero Lillo, en «Subterra»; González Vera, en «Vidas Mínimas», y Santiván en algunas de sus mejores páginas, han entintado en su propio corazón la pluma con que escribieron. De ahí, que sean los menos «literatos» de nuestros escritores. Debemos, ahora, agregar otro nombre a los ya

citados. Carlos Sepúlveda Leyton, con su novela «Hijuna»... (1) se coloca como un escritor que se ha identificado con el espíritu de nuestro pueblo, que sabe de su vida angustiada, de sus alegrías ingenuas y de sus esperanzas limitadas; y nos lo dice todo ello al contarnos su propia vida en ese mismo lenguaje humilde y elemental que él oyó desde niño, sin artificios ni estilizaciones folklóricas, como la de cierto erudito trasnochado que se despertó sediento de una gloria literaria que nunca había pretendido.

Sepúlveda Leyton, a manera de autobiografía, recuerda su existencia que se remonta a los primeros años del siglo en que estamos, cuando él vivía en el barrio Matadero, uno de los barrios más característicos que han existido en Santiago; recuerda a la mujer que él llamaba «madre»; pinta en un estilo coloreado y movido la vida del conventillo arrabalero; sus compañeros de correrías aparecen evocados vívidamente, para su perro «Lucifer» distiende la emoción que ya el correr de los años había recogido; sus juegos, sus juegos especialmente, nos los pinta con singular maestría (hay unas páginas dedicadas a sus juegos al volantín que deben seleccionarse como trozos de antología); su vida en la escuela; la huelga trágica del año 1905 y sus primeros amores constituyen la trama de esta novela. Es decir, carece de argumento en el sentido tradicional, como en el folletín donde hay numerosos incidentes unidos por una acción común que conduce fatalmente al desenlace. Aquí no hay nada de eso; sólo asistimos al paso inexorable de una vida que se nos pierde en los umbrales de la juventud.

Algunos críticos han querido encontrar en esta novela una finalidad doctrinaria—el arte con un fin circuns-

(1) Editorial Ciencias y Artes.—Linares. (Chile).

tancial es menguado—y sería ella la de poner de relieve las injusticias sociales, la forma cómo es explotado el obrero por la burguesía, los errores del capitalismo internacional, etc., etc., y otros lugares comunes de la demagogia revolucionaria. La verdad es que nosotros no advertimos ninguna intención partidista en esta novela. Claro es que de la pintura escueta de la vida del pueblo, se desprende una profunda simpatía por él, y que, según como sea la reacción del lector, puede convertirse en pasión revolucionaria. Pero en la obra de Sepúlveda no hay declamación doctrinaria; tiene demasiado buen gusto para caer en el discurso, que le sirve para ironizar cuando recuerda la inauguración de una escuela, donde habló campanudamente un diputado «hijo del pueblo»... Sin duda, «Hijuna»... es una novela proletaria, como alguien ha querido encasillarla, por ser la que más sinceramente y con menos sacrificio pinta la vida de nuestra gente desamparada.

Coloreado, llameante como luces de bengala el estilo, lleno de figuras novedosas y sugerentes, Sepúlveda, mantiene siempre un tono discreto hasta en las descripciones más descarnadas, valiéndose para ello de originales metáforas: «Frente al conventillo, en la tierra caliente, dos trapitos sucios juegan un extraño juego: el chiquitín galopa en el estómago de la pequeña... galopa el galope que ha entrevisto correr en los jergones»...

Venida de provincia, donde el autor consume su espíritu en la misión dadivosa de plasmar el alma del niño, esta novela debe señalarse como una de las más sentidas y hermosas que se han escrito últimamente en nuestro país.

MILTON ROSSEL.

Alberto Rojas Giménez

No sabemos si él tenía un falso concepto de la vida, o la vida tenía un falso concepto de él.

Joven fué siempre y joven ha muerto. Juventud americana, llena de promesas en un paisaje demasiado potente, y por lo mismo casi inútil.

Rojas Giménez, fundador de «Claridad»—cuna de una falange literaria y política que hoy va en plena ascensión—representaba a toda una generación, y dentro de ella poseía tanta individualidad como para no parecerse a ninguno.

Fué a Europa... A su regreso publicó «Chilenos en París», libro que hacía recordar a un Gómez Carrillo, quizás más ágil y nuevo. También Alberto Rojas hizo por allá bellos alardes americanos: mujeres, amigos y algún hijo.

Desde París enviaba artículos sobre arte nuevo a la «Nación» (la famosa página Montparnasse, en la que colaboraban también Vargas Rosas y Jean Emar), al «Mercurio» y a muchas revistas.



Su primera labor como poeta la había recogido en un libro—«Solney»—que conocieron algunos amigos y que nunca hizo imprimir.

En la revista «Educación» se reveló como un buen crítico de artes plásticas y «Atenea» recibió desde temprano parte de su labor como poeta y fino conocedor del arte moderno («Crepúsculo en el mar», «Dos poemas», «Elementos del Teatro Nuevo», «Siete capítulos para una novela», y diversas traducciones). La revista «Letras» lo tuvo entre sus mejores poetas y dibujantes.

Hace algún tiempo había entregado un libro de crónicas, «Color de París», a la editorial Ercilla; un libro de poemas, «Carta-Océano», a la editorial Walton, y la traducción de «Le Negre» de Souppault, en colaboración con Tomás Lago, a la editorial Zig-Zag.

Sin embargo toda su última labor la realizaba empujado por los amigos. «¿Triunfar? ¡Para qué!». Viajaba por los pueblos del sur dando conferencias, y contándoles a huasos estupefactos la estética de Picasso, o las aventuras de «Petit Louis», el terrible apache parisino. Después quiso irse al Chaco, y en Antofagasta no lo dejaron subir. La aventura por la aventura, o por el recuerdo que deja. Se conformaba con muy poco, un gesto leal, una sonrisa amable: «Mozo, dos copas. Una noche en Hamburgo...». Bebía, sí, bebía. Bebía para estar más agudo y recordar mejor, y hacía beber a los demás para ponerlos más humanos y más amables, para que olvidaran un momento la calle y la obligación.


Rojas fué siempre el niño que no cree en los juegos de los mayores. Le faltó egoísmo para triunfar. Nunca se supo tomar en serio, y eso no se lo perdonaron.

Desde hace algún tiempo, y a pesar de su dinamismo habitual, recordaba cada vez con más frecuencia a los amigos muertos: Al pintor Meza, al poeta Egaña, a Joaquín Cifuentes Sepúlveda, a Domingo Gómez Rojas... La vida se hacía cada vez más dura y agria. Todos corrían tras el éxito, y la juventud se iba. «Vivimos días terribles», decía con fino humorismo. Lo llamaban,

Alberto, Luis, Federico, Sergio, y cada nombre era una ciudad lejana, un amor, o una bella fantasía.

Se murió y los ríos se despertaron y el agua se hizo violencia. Alberto Rojas Giménez, pese a su cara de perpetuo adolescente y a su sonrisa traída de Europa, era una fuerza americana, que para desgracia de todos se desvió sin encontrar cauce.

JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



Jurado Literario del Premio Atenea

En nuestro número anterior, omitimos involuntariamente, al referirnos a los premios literarios de la Revista *Atenea*, el nombre del señor Hernán Díaz Arrieta (Alone) que forma parte del Jurado nombrado por la Universidad de Concepción junto con los señores Enrique Molina, Luis David Cruz, Félix Armando Núñez y Domingo Melfi. Hacemos ahora la debida rectificación.

Libros recibidos

CIPRIANO SANTIAGO VITUREIRA.—*Libros de Pausas*.—Biblioteca Alfar.—Montevideo, 1934.

VICENTE DE PAULA DE AZEVEDO.—*Alvarez de Acevedo*.—Empresa Gráfica da «Revista dos Tribunaes».—Sao Paulo, Brasil, 1934.

JULIO AQUILES MUNGUÍA.—*El Progresismo*.—Editorial América.—La Paz, Bolivia.

S. A. RADAELLI Y CARLOS MOUCHAT.—*La Nueva Ley de Propiedad Intelectual*.—Colección Claridad. Biblioteca Jurídica, Buenos Aires.

ETTORE DE ZUANI.—*Prosa Italiana*. (Moderna y contemporánea). Ediciones del Instituto de Cultura Italiana, Santiago de Chile, 1934.

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR.—*Las Letras Chilenas*.—Editorial Nascimento, 1934.